

# REVISTA CONTEMPORÁNEA

MADRID, 1883

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo

# REVISTA CONTEMPORÁNEA

AÑO IX—TOMO XLVIII

NOVIEMBRE — DICIEMBRE 1883



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
CALLE DE PIZARRO, NUM. 17, TERCERO, MADRID

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO

*J. F. Parres y Comp.<sup>a</sup>*

VENEZUELA

*E. Fombona*

BRASIL

*Bellarmino Carneiro*

Pernambuco

BUENOS AIRES

*Manuel Reñe*

DERECHOS RESERVADOS





## ALFABETOS DE ESPAÑA EN LA EDAD ANTIGUA

### PRÓLOGO.



ESPUES de publicado mi libro: DATOS EPIGRÁFICOS Y NUMISMÁTICOS DE ESPAÑA, debo ahora presentar los alfabetos de nuestros monumentos, de una manera clara y sencilla.

La razón del orden allí se encuentra, y en especialidad en la sección de numismática, en la cual aparecen todas las clases de letras que constituyen las leyendas de nuestros monumentos escritos, denominados impropiaamente celtibéricos.

Así el epigrafista y numismático de la sección á que me refiero, podrá desde luego conocer el valor de las letras, y echar de ver qué inscripción sea, aunque por desconocer el griego no alcance el valor de las ideas encerradas bajo tan especiales caracteres.

No dudo que de semejante modo se facilita el estudio de la epigrafía y de la numismática.

#### Escritura egipcia.

No debemos hacer un nuevo estudio, pues los sabios extranjeros han llevado la materia á un estado de perfección increíble. Por lo tanto, basta el conocimiento de sus obras, que todo egiptólogo debe tener en su biblioteca, y en espe-

cial las de Maspero, Rougé, Mariette, Brugsch, Deveria, Chavas, Dümichen y Lenormant.

Los apéndices de la Gramática jeroglífica escrita por Brugsch tienen suma importancia, porque con ellos solamente pueden resolverse cuantas inscripciones egipcias se hallen en nuestras investigaciones epigráficas. Con un conocimiento regular de la escritura hierática y demótica, no habrá nunca inseguridad en las interpretaciones.

### Escritura griega.

Entiendo por escritura griega la de los pueblos que de una manera inmediata constituyeron aquella célebre nacionalidad. Su existencia en España no puede negarse, una vez conocidos los datos que ya publicamos con anterioridad, y en los cuales hanse visto minuciosamente las traducciones de centenares de inscripciones.

### ALFABETO DE VELÁZQUEZ.

ALPHA = A

Hay diez signos y solamente corresponden con propiedad el primero, cuarto y quinto.

GAMMA = G.

El segundo, en cuanto puede suceder que sea K por las reglas de *eufonía*, equivaldrá á G, pero por sí solo, no es cierto. Los restantes signos están bien clasificados, pero es necesario tener mucho cuidado, pues en distintas localidades pueden ser P ó L.

DELTA = D.

El primero no ofrece duda. Los segundos como valor general darán lugar á errores. Las monedas de Sagunto lo prueban.

EPSILON = E (*breve*).

Excepto el cuarto, que le considero en general una K vocalizada, tienen el valor asignado.

ZETA = Z.

No está en lo cierto Velazquez.

ETA = E (*larga*).

El primer signo muy bien: el segundo por equivalencia eufónica: el tercero á veces es una consonante (th), y el cuarto en una época ya relativamente cercana.

THETA = TH.

Aquí Velázquez está muy acertado. Téngase, no obstante, en cuenta, que el primer signo y el último pueden ser O.

Se conocerá esto cuando en una misma inscripción aparezca dicho signo en formas variadas: por ejemplo, en la lámina metálica de Huerta-Hernando (Sigüenza) (1). A tenerse esto en cuenta, las monedas de *Divo* hubieran sido antes rectamente interpretadas.

IOTA = I.

Hallo dos caracteres. El último no conviene.

KAPPA = K.

Hay tres. El segundo no debe admitirse. A lo más en algún caso raro.

LAMBDA = L.

El tercero y cuarto no tienen razón de ser, según la posición que presentan.

MY = M.

Le cuadra perfectamente al solo signo que encuentro.

NY = N.

Debe decirse lo mismo que del anterior.

---

(1) *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Tomo II. Cuaderno 1.º. pág. 35. Enero 1882.

$$XI = CS.$$

Está perfectamente clasificado. Algunas veces S.

$$OMICRON = O \text{ (breve)}.$$

También acepto la trascripción. Pero tenga el lector cuidado, porque á veces falta un trazo inferior y entonces es *ph*, como se verá luego.

$$PI = P.$$

Los cuatro signos tienen su valor. No obstante los tres primeros pueden aceptar el valor de L y G, según lo indicará el contenido.

$$RHO = R.$$

Aparecen nueve variaciones. Aquí el lector puede convenirse de lo dicho al tratar de la D, pues el séptimo, octavo y noveno los incluye entre los signos de aquella letra, lo que rechazamos. Puede también haber confusión con la P: en una misma leyenda no pueden valer lo mismo teniendo diferente posición.

$$SIGMA = S.$$

Nada advierto, pues me hallo conforme con su valor.

$$TAU = T.$$

Unico signo el que aparece puede valer K vocalizada cuando el brazo superior no está unido al vertical, y es lo general. Por lo tanto, precísase mucho cuidado para no confundirse.

$$YPSILON = Y.$$

Sólo hay que advertir que á causa del modo de escribir, aparece frecuentemente la K con esa forma, y en especial según los tres últimos signos.

$$PHI = PH = F.$$

Extraño es que cuando Velázquez dió el verdadero valor á

estos signos, los autores modernos aún crean que son R. Muy cerca anduvo el célebre Marqués de la verdad paleográfica de los signos, y si se empeñara, conseguido hubiera descifrar la dificultad en las inscripciones desconocidas.

$$\text{CHI} = \text{CH (I)}.$$

Respecto de los tres primeros caracteres, no hay duda. Los restantes no convienen.

$$\text{PSI} = \text{PS}.$$

Cinco signos hay y acepto su equivalencia.

$$\text{OMEGA} = \text{O (larga)}.$$

También estoy conforme con los tres primeros. Los restantes pueden ser Psi modificado ó deficiente. Util es, apesar de todo, decir que aun los tres primeros cambian de valor *vocal*, según los cambios ó según las variaciones dialectales.

$$\text{TSADE} = \text{DS} = \text{TS}.$$

La forma corresponde á la E.

#### DIGAMMA.

Los tres últimos signos son generalmente K. Los primeros pueden confundirse también con la E. Claro es que para apreciar estas diferencias basta el estudio del griego.

#### LETRAS LIGADAS.

Por lo que atañe á la primera y segunda, debo advertir que una es *sigma* vocalizada, y la otra *lambda* de la misma clase.

El tercer signo no es *iota* y *omega*, sino Psi = Ps. Respecto del cuarto, estuvo acertadísimo, pues ya es Y, ya también N con vocal. A su vez, también el quinto está muy bien explicado.

---

(1) L'aspirazione toscana del *ε*.

## ALFABETO DEL DR. PUERTAS.

## ALFA (I).

De los nueve signos que da, acéptense el primero, segundo, quinto, sexto y séptimo. El cuarto, octavo y noveno, de ninguna manera.

## BETA = B.

Hay dos caracteres. El segundo no es B, sino en algún caso; podrá ser P ó R, según su posición, y también D. El primero equivale igualmente á P.

## GAMMA.

Aquí el Dr. Puertas no acierta en signo alguno.

## DELTA.

El primer signo está bien clasificado. ¿Por qué le pondrá por A? Los otros dos exigen mucho cuidado.

## EPSILON.

Excepto el quinto, no debe dudarse en admitirlos según están clasificados los signos.

## ETA.

El segundo no puede tener lugar, pues generalmente es N. El tercero y cuarto, lo mismo que el segundo de Velázquez, exigen mucha cautela: pueden ser á veces X vocalizada.

## THETA.

Aquí el autor está acertadísimo. Vuelvo á advertir que cuando el círculo con el punto central y el círculo con los diámetros se hallan en una misma inscripción, entonces, el primero es O y el segundo T H. Tal sucede en la inscripción de la placa citada arriba.

---

(1) Las equivalencias al castellano ya se han dado.

## IOTA.

El segundo signo es más bien Y.

## KAPPA.

Fuera del cuarto signo, la equivalencia es cierta.

## LAMBDA.

Sólo debo advertir que se tenga cuidado con el texto de la inscripción, para echar de ver si en vez de L pueden ser A, K ó P.

## MY.

Solamente vale el primero.

## NY.

Su equivalencia es cierta.

## XI.

No ofrece duda su admisión.

## OMICRON.

Fuera de lo dicho para el círculo con el punto central, y lo tocante al rombo, nada hay que advertir en contrario.

## Pi.

No hay que motive duda.

## RHO.

De los once signos que encuentro, solos el primero, segundo, tercero, octavo, décimo y undécimo, son equivalentes. Los restantes no deben admitirse.

## SIGMA.

El cuarto signo aparece no muy frecuentemente. El texto quitará las dudas.

## TAU.

El segundo es cierto. Respecto del primero ya se ha tratado antes.

## IPSILON.

Cuídese de no confundir el primero y aun el tercero, con la N.

## PHÍ.

Lo mismo que se ha dicho con relación al Marqués de Valdeflores, Sr. Velázquez, y también respecto de la X, PS y O.

## GROTEFEND.

ALEHP = A.

Este autor se aparta de los demás y para el valor de A pone los correspondientes á E.

BHETH = BH.

El primer signo y el tercero convienen con el del alfabeto del Dr. Puertas. El segundo es como el de las monedas *bilibitanas*.

GHIMEL = GH.

Aquí Grotfend no debe ser imitado. Los signos corresponden á zeta.

THAN = TH.

El desacierto es mayor, pues los caracteres que encuentro pertenecen á PSI.

DÁLETH = DH.

Véase lo dicho respecto de la *tau* de Velazquez y de Puertas. Aquí el trazo superior está unido á la línea vertical.

$$\text{TET} = \text{T.}$$

Aparecen aquí los caracteres propios de *th* ó *theta*. El cuarto es *eta* (E larga).

$$\text{WAN} = \text{W.}$$

El primer signo es como el octavo de la A en el alfabeto de Velázquez. El segundo generalmente es N (1), y el tercero es una variación del primero.

$$\text{CHAP} = \text{CH.} = (\text{K.})$$

Ahora es cuando está más acertado el autor.

$$\text{LAMED} = \text{L.}$$

No hay dificultad en admitir el valor dado, teniendo cuenta de lo dicho anteriormente con relación á los mismos signos en los alfabetos del Marqués y del Dr. Puertas.

$$\text{PHI} = \text{PH (P).}$$

Téngase presente lo dicho antes respecto de estos caracteres.

$$\text{HHÁYIN} = \text{I (muy fuerte) aspiración muy fuerte.}$$

Ninguno de los signos que nos ofrece valen para lo que intenta.

$$\text{RESCH} = \text{R.}$$

El último podrá admitirse en alguna ocasión, los demás no es posible. Aquí se advierte ya el error de considerar la PH como RHO.

Los restantes, colocándolos como inciertos, no hay por qué nos detengamos.

---

(1) Véase N Velázquez,

## ALFABETO DE MR. DE SAULCY.

*A inclinada á la O.*

Los valores de los signos dados están bien comprendidos, aunque en los signos cuarto, quinto, sexto y séptimo no puede creerse en modo absoluto. El octavo es más propio de la E.

*B y P.*

Sin decir Saulcy cuáles sean de la primera y cuáles de la segunda, juzgo que ha procedido acertadamente, aunque respecto de algunos, véase lo dicho anteriormente. Digo que ha procedido acertadamente porque, según las reglas eufónicas, las *labiales* cámbianse frecuentemente entre sí.

*C fuerte y K.*

Los mismos cambios se verifican con las guturales. Los signos están bien apropiados.

*S fuerte.*

No siempre tiene el signo ofrecido.

*D inclinada á T.*

Como en griego se clasifican de una manera los consonantes en *labiales*, *dentales* y *guturales*, no es de extrañar que la D se incline á T, puesto que las segundas se sustituyen á menudo entre sí como las *guturales* y *labiales*. El valor de los caracteres es admisible (1).

*E.*

Fuera del último signo, ninguno debe aceptarse. El primero, quizás alguna vez, teniendo presente que puede cambiarle de posición el que haya escrito.

---

(1) Para evitar repeticiones cuando aparezcan signos iguales á los de los alfabetos anteriores, allí encontrarán los lectores las correspondientes advertencias.

*E aguda (1).*

Los signos todos corresponden á la letra, supone Saulcy.

*I análoga á la ETA.*

Los caracteres primero, segundo, tercero, cuarto, undécimo, duodécimo y décimotercero, pueden admitirse como tales. Respecto de los otros, véase lo dicho en los anteriores alfabetos.

*G dulce inclinada á Z.*

El signo corresponde á S y á veces á Z. La razón en las reglas eufónicas se encuentra.

*G fuerte y aspirada.*

No es el signo lo que desea Saulcy. Los autores modernos siguen en esto al dicho autor, y por eso creo que se equivocan.

## I, Y.

Dadas las advertencias de los anteriores alfabetos, pueden admitirse los caracteres de Saulcy para las dos letras de arriba.

## L.

Solamente el segundo y el tercero pueden ser admitidos, aunque en ocasiones pueden tener otra equivalencia.

## M.

Nada hay que decir en contra.

## N.

Lo mismo que de la anterior.

O — *breve.*

Para mí no hay dificultad en su admisión.

---

(1) ¿Qué razón habrá para ser aguda?

O — *larga*.

Conforme en esto, dado lo dicho antes con motivo de los mismos caracteres en los anteriores alfabetos.

R.

Hay diez y nueve signos. Los diez primeros de valor dudoso para Saulcy. Ya he dicho antes que no son R en el alfabeto de Grotefend. Los demás no tienen dificultad.

S.

Solamente el tercero puede ser á veces K.

T.

Son en calidad de duda los que presenta. El segundo, tercero y décimocuarto, como deficientes. El décimotercero ya se ha dicho antes que pueda ser, y el duodécimo, podrá ser en verdad T y no PH, si se considera el trazo inferior como prolongación de la diagonal del rombo.

*V análoga á la Ipsilon.*

Pueden admitirse los cuatro signos.

*K aspirada (X griego) X español.*

El primero y el segundo. El tercero ya se ha dicho que sea.

#### ALFABETO DEL SR. DELGADO.

Me consta por noticias posteriores á la publicación de LOS DATOS EPIGRÁFICOS Y NUMISMÁTICOS DE ESPAÑA, que el señor Delgado no poseía las lenguas *siro-árabes*. Es verdaderamente muy notable lo que hizo, á pesar de faltarle tan poderoso elemento, y creo que si hubiera llegado á dominarlas, antes la dificultad desapareciera.

Es, pues, dignísimo de respeto y consideración, aun cuan-

do ahora me vea precisado á rectificar en él lo que no juzgo acertado (1).

## A.

Cinco signos nos presenta. El primero, á lo más, puede admitirse. Los cuatro restantes no es posible sino comparativamente, porque no encierran siempre el valor que nuestro autor deseaba.

El que coloca en la página CXIV (Prolegómenos, segundo en la lámina es una consonante P ó R.

## B.

Esta letra es clarísima.

## G.

Tan sólo el tercero puede aceptarse.

## D.

Este signo no ofrece duda.

## E.

Todos son admisibles.

## V.

Entre los correspondientes á la presente letra, ninguno vale.

## Z.

Considerando el signo invertido, cabe la interpretacion.

## H.

Según la explicacion dada en la página CXIX, no hay dificultad en sus valores.

---

(1) No se incomoden algunos señores académicos por esto: la verdad se impone contra viento y marea.

TH.

Todos los signos corresponden á lo que deseaba el Sr. Delgado.

I (1.<sup>a</sup>)

Lo mismo.

I (2.<sup>a</sup>)

Lo mismo.

K C.

El primero y segundo, en cuanto pueden equivaler á X, que se cambia eufónicamente en K. De otro modo no son aceptables. Los siguientes, hasta el antepenúltimo, están entendidos; el penúltimo es A clarísima: y los restantes varían en A y K vocalizada y L.

L.

Está bien (1).

M.

No corresponde al signo. Es P S.

N.

Está bien.

S (1.<sup>a</sup>)

Los valores valen por sus signos.

S (2.<sup>a</sup>)

No es cierto. Los caracteres equivalen á M. Que alguna vez la S cambie de posición, nada tiene de particular. Mas no por eso se ha de creer un signo general.

---

(1) No se olviden las advertencias de los alfabetos anteriores.

O.

Conforme con los signos, hechas las salvedades anteriores respecto de algunos de ellos.

P.

Lo mismo que para la O digo para la P.

R.

Conforme con los tres últimos. Los primeros equivalen á P H.

Esto ha sido la causa de muchos errores.

Tz.

Aquí estuvo muy acertado el Sr. Delgado.

Q.

No pueden admitirse los dos signos que ofrece.

T.

La primera letra bien puede ser T.

IPSILON.

No debe haber escrúpulo en conformarse con las letras que hallamos.

*O larga.*

Admito las transcripciones, dicho lo anterior apropósito de tales signos.

Las letras dudosas equivalen á A, ó á sus variaciones eufónicas y dialectales.

## ALFABETO TURDETANO.

Hasta ahora he tratado de los alfabetos llamados ibéricos. Paso á los que tienen otras denominaciones. Delgado coloca el turdetano en la página CXXXIV.—*Prolegómenos.*—F.º I.º

—MEDALLAS AUTÓNOMAS DE ESPAÑA. Todos los signos aparecen idénticos (y lo son en realidad) á los anteriores. Advertido, no obstante, una diferencia digna de tenerse en cuenta, y es que el signo colocado dudosamente como propio para la *omega*, es el mismo que presenta antes para la K (Coph) en posición vertical. Ya he dicho que como K ó Q no es aceptable, y sí como *omega*, ú otra vocal equivalente eufónica y dialectalmente. Véase en la lámina el signo que Delgado juzga correspondiente á *Samech*, único que se coloca por ser diferente.

### ALFABETO LIBIO FÉNICE.

Puédesele considerar bajo un aspecto doble, ó con referencia al dado por Zobel y al que presenta Heiss. Me parece que Heiss procede con más acierto que el primero, al menos los signos *Beth*, *Ghimiel* y *Caph* pueden ser admitidos; pero en general ambos autores caminan por incierto derrotero.

### LOS PP. MAURINOS.

El lector debe estudiar la obra *Nouveau traité de Diplomatique*, de los sapientísimos benedictinos, desde la página 625 hasta el fin, del tomo primero. Ya con sólo observar las inscripciones de sus láminas, no podrá menos de admirarse al echar de ver la gran semejanza de los caracteres allí estampados, con los de nuestras monedas y lápidas denominadas celtibéricas.

No puedo presentar todas las láminas, pues sería de un excesivo coste la impresión, y luego se hace caro el coste del libro al que tiene la costumbre de tasar las obras por el número de páginas, lo cual da por desgracia una idea pobre, muy pobre, del que así juzga los escritos, pues desconoce el célebre *non multa sed multum*.

Analizando la lámina octava de la citada obra, encuentro primero un alfabeto *Tirio* ó *púnico*, con el cual no puedo conformarme en manera alguna, pues hallo para la V signos

como los que se encuentran duplicados en las monedas gáditanas, que yo rechazo sean fenicias, y además colocan para la K signos que en el alfabeto fenicio primitivo pertenecen á la A.

Más luz ofrece el alfabeto *Etrusco*, cuyos caracteres en general convienen con los valores dados por mí á los signos de nuestras monedas, aunque con algunos correspondientes á R, SCH y V ha de procederse con mucho tino.

Tampoco es cierto el alfabeto Sirio, que ofrecen como de Fourmont en la misma lámina. Más propios aparecen el Pelásgico, el Arcadio y el Griego. Por lo tocante al último, los signos correspondientes á la A parecidos á puestra *p*, téngase mucho cuidado, pues no tienen siempre el valor de A, y ellos mismos lo dan ya á entender cuando los colocan también en el valor de R.

Pero donde los ilustres Benedictinos están verdaderamente admirables, es en la lámina X, correspondiente á la página 679 (1). Tanto en los caracteres correspondientes á los años 1200 hasta 400 antes de Jesucristo, como los que pertenecen á esta última fecha, hasta el siglo cuarto, despues de Jesucristo, son en realidad los que tocan á los caracteres ó á las letras de nuestras lápidas y monedas. Estoy seguro que si alguno se hubiera detenido en el estudio de cuadros tan notables, hubiera dado con la dificultad. Remito al inteligente lector á semejantes cuadros, y allí encontrará cuanto dèsee.

Alguno quizás llegue á extrañarse haga yo tan ingenuas confesiones, pues en cierto modo, vienen á quitar importancia al estudio hecho en mi libro *Datos epigráficos y numismáticos de España*. Si alguien por esto, tal vez envidiosillo, pretendiera alegrarse, espere un momento, si no quiere llevarse un chasco y reirse en tonto.

Pues voy á preguntar: los PP. Maurinos, ¿qué tuvieron presente al establecer cuadros de tanto valor? Los monumentos griegos. ¿Creyeron que los monumentos de España, á los

---

(1) Estúdiense y compárense.

cuales yo me refiero, eran griegos? No, y la prueba puede verla el lector en la lámina XIII, correspondiente á la página 703, que dice:

«*Alfabetos derivados de los caracteres griegos*» (1),

y bajo el núm. II se encuentra: *Español y antiguo africano sacado de las medallas*: y en columna, colocan después las letras correspondientes á veinte y cinco signos. No obstante, en la equivalencia de los signos, están más acertados que los autores modernos, aunque en algunos, como en la G, van fuera del camino recto. Tampoco tienen todas las letras, y si hubieran tenido entre las manos nuestras monedas, y visto calcos ó copias exactas de nuestras lápidas, de seguro ellos resolvieran el problema.

Antes de pasar más adelante voy á copiar lo que hallo en dicha obra y se necesita conocer para interpretar las inscripciones. Dicen así (2):

«Il n'est pas étonnant, q'on recontre, dans la maniere de lire une inscription si antique, des difficultés plus on moins embarrassantes, et quelquefois même insurmontables. Les unes naissent des lacunes, les autres des lettres, auxquelles il manque certains traits, plusieurs de la ressemblance des caracteres: d'où il s'ensuit, que les mêmes mots peuvent être lus de différentes façons.»

Y en el número VII (3): «Las lettres A, R, D, O (4), se distinguent ici les unes des autres, et se ressemblent entr'elles tour à tour. Le ressemblance est plus marquée néanmoins entre les deux premières. A les dernières: pour rémédier à la confusion de l'A et R dans les incriptions *boustrophédones* du second age, on tournoit d'un coté la tête de l'P...

»L'E redoublé tenoit lieu de *e long* ou d'H grec.

(1) Hablan del alfabeto, no de la lengua.

(2) Tomo I, pág. 622, núm. VI.

(3) Pág. 623.

(4) Los signos en caracteres propios son para la A lo mismo que P con el trazo superior triangulado; para la R como P. Para la D un triángulo isósceles; y para la O como O.

» On ne sauroit prouver, que l'H se reconte une seule fois dans notre inscriptions ou comme vogelle, ou comme esprit rude. Il fait uniquement les fonctions d'un nombre. Ce n'est point au vogelles, mais aux consones qu'il se joint, et surtout au  $\mu$  et au V, dont il fortifie le son: soit qu'il les précède on qu'il les suive. Ainsi escrivoit-on autrefois *Hludovicus* pour *Ludovicus*; *Hrabanus* pour *Rabanus*. Dans la suite l'H se combina aver les vogelles, et long temps avant que d'en faire partie, il distinguoit celles, dont la prononciation devoit etre rude, de celles qui devoient l'avoir douce...

» La même raison, qui faisoit marier l'H avec l'M pour vendre le son de celle-ci plus dur, lui associoit aussi quelquefois le B comme dans *BMelanippa* pour *Melanippa* (1).

» La  $\text{—}$  (2) n'étoit pas non plus en usage, mais on y supléoit par la jonction du K avec l' $\Sigma$ .

» on y substitue  $\theta\epsilon\omicron\varsigma$  á  $\theta\epsilon\omicron\varsigma$  *dieu* (3).»

Tocante á la O con un punto central en el medio, véase lo que se halla en la pág. 631, nota 11.<sup>a</sup>:

» Le point au milieu de l'O s'est perdu, si jamais il y á été mis (4). Peut etre les Grecs le suprimoient-ils quelquefois, á la maniere des etrusques.»

El lector debe ahora estudiar la paleografía griega del Padre Montfaucón y los escritos de Fourmont, y de esa manera podrá convencerse completamente. No haga caso de los que sin razones vocean, pues son las últimas señales de las moribundas teorías del misterioso celtiberismo. Las razones deben convencer al hombre sabio, y no es sabio quien se gobierna por mezquindades y envidias.

(1) Hacen constar con relación á la O que se empleaba siempre por  $\omega$ , y que ésta ya se encuentra en inscripciones anteriores á Jesucristo, 800 años.

(2) Se refieren los PP. Maurinos á una inscripción que suponen de 1400 años, por lo menos, antes de Jesucristo.

(3) Es con relación al cambio de  $\theta$  en  $\theta$ .

(4) Véase el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Tomo II, cuaderno 1.<sup>o</sup> (enero), pág. 34, láminas de *Huerta-Hernando*, líneas 1.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup>, y para el signo 9.<sup>o</sup>, línea 1.<sup>a</sup>, folio 5.<sup>o</sup> de la misma placa, la pág. 678, lámina XII, signo 9.<sup>o</sup> de la O en los PP. Maurinos.

## NUESTRO ALFABETO.

Dado lo dicho, y conocidas las modificaciones que deben introducirse en los alfabetos anteriores, el inteligente lector puede por sí sólo formar el cuadro del verdadero alfabeto.

BERNARDINO MARTIN MÍNGUEZ,

Profesor de lenguas indo-europeas y africanas.





# COSAS DE MADRID

---

*Continuación (I).*

## INFORMES DE UN TESTIGO.

### PRELIMINAR ACLARATORIO.

**H**ACE un rato, lector benévolo, me ví sin saber cómo á solas con mi pensamiento, con voluntad de apelar á la memoria en demanda de recuerdos de añejos y casi olvidados sucesos, sin que la última me ofreciese otra cosa que sombras nebulosas de lo que fué, desvanecidas apenas se presentaban, cual espíritus burladores de mi empeño por darles forma corpórea y coordinación arreglada.

Era la hora del crepúsculo vespertino, y la penumbra del día y la noche daba á los objetos que me rodeaban la dulce vaguedad precursora de una noche serena. Las estrellas comenzaban á brillar en el espacio, y por mi entreabierta ventana

---

(1) Véase la pág. 425 del tomo anterior.

Algunos amigos juzgan que para mayor claridad en tantas y tan diversas materias, hubiera sido conveniente poner un sumario al frente de cada capítulo. Agradeciendo la observación, debo manifestarles que siempre fué mi ánimo colocar los sumarios como índice al fin de la obra.

penetraba el aire fresco de los montes carpetanos, apenas dibujados en lontananza. Un manso gato blanco y rubio como aquel Zapirón *que después de las aguas del diluvio fué padre universal de todo gato*, roncaba á mis pies con el rugido peculiar á los de su especie que no tenemos palabra propia con que definir. Los ruidos de la calle ascendían hasta mí apagados y confusos: todo era misterio en la naturaleza, aun para quien como yo nunca dió crédito á misteriosas apariencias. Sin embargo, no hay hombre capaz de hacerse completamente superior á la influencia del medio que le rodea. En la soledad de un bosque nadie conserva el ánimo de igual manera que bien acompañado á través de una fértil campiña. Por otra parte, en mi ser intelectual se realizaban fenómenos anormales. La memoria, que siempre me guardó fidelidad, sin embargo que su nombre de mujer la hiciese faltarme algunas veces, me presentaba en la mente los hechos y personajes en confuso y fantástico tropel, como en los cristales de una linterna mágica de cuyas figuras se hubiese borrado el contorno. Oía cantos bélicos, coplas burlescas entonadas por guerreros de brillante uniforme algunos, otros con la ropa destrozada por el fuego y el hierro enemigo; los había también sin más arreo militar que la escarapela nacional y armas de forma y calibre diverso, y á todos hacían coro elegantes damas de mórbida belleza, mal oculta bajo estrecha vestimenta, galanes caballeros de caprichosos trajes, un pueblo enflaquecido por el hambre, pero animado por su confianza en Dios y su amor á la patria, y allá, en lo más alto, miserables pigmeos que se encumbraron arrastrando, y al mirar que su plebeya persona brillajeaba con un poco de oro, ya que no perdieron el sentido, por no haberle tenido nunca, llevaron su ceguedad hasta comprometer el poder supremo haciéndole servir de instrumento á su bastardo egoísmo, y como término y sobreponiéndose á víctimas y verdugos, mostraba sus agigantadas formas el monstruo de la guerra civil, aborto del infierno, nutriéndose con su propia carne, siempre renaciente, á manera de las entrañas del Prometeo de la fábula.

¡Cuántos féretros pasaron! Perdí el número, cansado de tanto divagar, y desconfiando de mi razón, juzgándome, aun-

que despierto, bajo la presión de un mal sueño, quise desvanecerle volviendo al mundo real, y para ello ningún medio más prosaico encontré que encender un cigarro del estanco en una fosforera de cinco céntimos.

Así lo hice, pero en balde. Nunca tuve la suerte que otros dicen haber tenido de contemplar en las espirales del humo del tabaco esas sílfides y ondinas aéreas que tanto les divierten. Veo nada más que humo, y si el tabaco es malo, la confirmación de mi mala estrella que no me permite fumarle mejor. Si al menos, decía para mí, tuviera yo el privilegio que Chateaubriand dice que tuvo de conocer una musa que se le apareciese en los lances críticos, la pediría consejo; pero no tengo relaciones con ninguna de las nueve hermanas, ni aun parienta lejana de la familia, y caso de que me atreviese á invocar á cualquiera, de seguro tomaría por atrevimiento que un hombre demandase su primer visita en un cuarto á oscuras. Estoy solo, completamente solo; sin más compañía que ese ejemplar de la raza felina que goza á la sazón tan tranquilo sueño. No encuentro más remedio para desvanecer ilusiones que salir en busca de aire que me refresque la cabeza. Al decir esto dejé la silla, y ya me disponía á tomar el sombrero, cuando me pareció escuchar, ó más bien sentir, una voz sin eco ni acento, como el genio de Sócrates, que formulaba:—Busca y encontrarás.—Palabras santas, pensé; pero la letra mata, el espíritu sana. ¿Qué puedo encontrar en un cerebro vacío, ó cuando más lleno de retazos de todos colores, como cajón de sastre, sin que de ellos pueda sacarse nada de provecho?—Te aprovecharán si tratas de escribir la verdad como introducción á lo que te has propuesto.—¿Y quién eres tú, repliqué volviéndome hacia lo más oscuro del aposento, que así adivinas lo que pienso?—Soy la voz de tu imaginación.—Eres loca.—Y tú temerario.—Sueles engañarme.—Menos veces que tú has despreciado mis racionales advertencias.—¿Vienes en son de acusadora ó como amiga?—Lo último más bien. Aprovéchate luego, pues mañana puede ser tarde.—Me someto.—Escucha, y sírvate la luz que voy á infundir á tu entendimiento para no culparme de cavilaciones que sólo debes á falta de cordura.

Has pretendido un imposible al solicitar de tu memoria recuerdos de los primeros años de tu infancia, tan exactos como fuera necesario para juzgarlos. Viendo la confusión en que te hallabas, acudí en auxilio tuyo delineándote los hechos según los concebías entonces. No pude hacer más: otra cosa sería un fenómeno que no me es dado realizar. Ocasión era esta para demostrarlo hilvanándote alguna disertación acerca de las *sensaciones*, ó cuando no, la parte metafísica del *yo* y el *no yo*, lo *objetivo* y lo *subjetivo*; mas te hago merced de suprimirlo, y sobre todo á los lectores, á quienes estoy segura transmitirás nuestra conferencia, según la comezón que sientes por encontrar auditorio. Pero aún he de hacer más por tí explicándote los trazos que debieron bastarte para entrar con seguridad en el terreno que por conocido puedes cruzar con desembarazo.

Esos himnos guerreros que zumban en tus oídos, son ecos vagos de la guerra de la Independencia, que arrullaron el sueño de tu niñez y desvelaron mucho á las falanges del tirano de Europa: respétalos como símbolo de glorias inmarcesibles, pero no es del caso recordarlos sino en ocasiones como aquélla. Las coplas cuyo estribillo ridículo y mal versificado tanto te divertía, aunque de otro género tuvieron el mismo objeto que los anteriores. Son parodias grotescas de los cantos revolucionarios exóticos *La Marsellesa*, *La Carmañola* y *El Ça irá*, que tantas víctimas oyeron con terror y á tantas naciones infundieron espanto, y en España se consideraban los más propios para alegrar las cantinas del campamento ó acallar el llanto de los niños.

Has entrevisto soldados de uniformes diversos. Así estaba el ejército español en 1814. Los regimientos que tuvieron la fortuna de reformar el vestuario presentaban un aspecto marcial y brillante con sus largas cordonaduras, altos plumajes, casaca y pantalón. Los menos dichosos sólo tuvieron las ropas encontradas en los almacenes enemigos ó los despojos del campo de batalla. Quedaban los guerrilleros de calificaciones diversas, con alguna que otra prenda de uniforme, que conservaron mucho después de terminada la campaña.

Las damas de rara vestimenta eran las llamadas *preciosas*,

envueltas en angosta falda, descotadas hasta lo inverosímil, según la moda francesa. Muy poco duró en Madrid, sustituyéndola las señoras casadas por saya de sarga negra, pañuelo de encaje del mismo color; de tul ó encaje también era la mantilla, adornando el cuello collar de coral, ámbar ó hilos de perlas.

Las solteras jóvenes llevaban saya de alepín con fleco de cordonería de media vara, con golpes y hombreras, toquilla de tul bordada con oro, mantilla de punto redondo, media de seda calada, zapatos de raso y peineta dorada.

Las muchachas de clase inferior vestían jubón de estameña negra, de manga larga y ajustada, falda de lo mismo plegada al rededor de la cintura, al cuello pañuelo blanco de muselina, zapatos de cordobán con pequeñas hebillas de plata, peinado el cabello en forma de rodete y cubriendo la cabeza, ó echada sobre los hombros mantilla de franela blanca ó negra guarnecida de terciopelo.

Los hombres fueron paulatinamente adoptando las modas de la *juventud dorada* de Thermidor, y luego de los *increíbles* del Directorio. Primero los fraques de alta cintura y faldones largos y estrechos, pantalón de punto, botas hasta la rodilla, ó bien más bajas con campana charolada de color de ante ó zapato bajo, chaleco corto y sombrero de copa, caña de Indias en la mano, sin olvidar nunca la voluminosa corbata con lazo enorme y complicado. Después se adoptaron las levitas, carricks de tres esclavinas, capotes de barragán con mangas, á que vulgarmente llamaban de *gruñe-gruñe*, por el ruido que hacían, grandes paraguas azules encarnados, guantes de hilo por lo común, y muchos sellos y diges en el reloj.

¿Recuerdas una tarde de aquellos años anteriores á 1820 que al cruzar tus padres la calle del Barquillo vieron venir una turbamulta dando desaforados gritos contra los liberales?

—Perfectamente, y nunca olvidaré que mi padre arrancó al punto las borlas que llevaba en la parte alta de las botas y mi madre las cintas llamadas *galgas* con que sujetaban el calzado las señoras.

—É hicieron muy bien, y á tiempo, pues á tardar, se hu-

bieran expuesto á un mal encuentro con aquella bárbara muchedumbre perseguidora de constitucionales.

Se te han representado también sombras descarnadas y famélicas. Eran el pueblo del Dos de Mayo. Apenado por el hambre, rechazaba el sustento de manos del invasor, prefiriendo la muerte á la humillación. El anciano venerable, de ojos brillantes y aspecto cadavérico que viste en primer término, era aquel alto empleado de Hacienda que conociste luego, á quien tan honrosas bromas se daban por la costumbre que adquirió de desayunarse con una taza de agua caliente, á falta de alimento.—¿Por qué hace V. eso, D. Ramón?—que así se llamaba, le preguntaron.—Para calentar el estómago—respondió con naturalidad.—Todo por no admitir destino del Gobierno intruso. Nunca un espartano dió contestación de tan sublime sencillez.

Los pigmeos que viste encaramados eran las camarillas que con el mote de Gobierno salieron á mandar en España de entre los bagajes del ejército vencedor.

Cuéntase que recién venido Fernando VII se presentó á ofrecerle sus respetos el famoso D. Juan Martín el Empecinado. Miraba el guerrillero á una y otra parte, buscando un rostro conocido, tanto, que notando el Monarca su curiosidad, ó tal vez queriendo desconcertar su ruda entereza, pues era asaz aficionado á sacar de quicio á los caracteres más firmes:—Estos son los grandes de mi corte—le dijo entre grave y burlador;—supongo no conocerás á ninguno.—Con efecto, señor—respondió el heroico militar con acento sereno;—á ninguno de estos caballeros he visto en campaña.

No eran grandes los que allí estaban, sino de tan mezquina condición, que no acertaron á plantear un absolutismo reaccionario como se estableció en toda Europa, sino al modo que se conocía en Marruecos, y aun no sé si todavía más absurdo, en el pueblo que tan altas pruebas de virilidad, inteligencia y amor á la monarquía acababa de ofrecer.

El monstruo de la guerra civil sobrevino á consecuencia, y desde entonces pareció España tierra de maldición y patrimonio del diablo.

Calló en esto mi nueva Egeria, ó bien me hallé más confor-

me conmigo mismo, pues no acierto á explicar cómo llegaron á desvanecerse las confusiones de mi ánimo, lo cierto es que le tuve para seguir mi tarea, si no con buen acierto, del modo que se verá en lo que á continuación sigue.

1820-1823.

I.

Desde las ocurrencias del 10 al 11 de mayo de 1814 no hubo en Madrid verdadero sosiego; por consiguiente, faltó á las costumbres la espontaneidad necesaria para merecer nombre de tales. Fué aquel período una especie de aturdimiento del espíritu público confundido entre vacilaciones de que no se daba cuenta, ni acertó á resolver el menguado Gobierno, no llevando él mismo otro fin que no fuese el insensato propósito de borrar la memoria de lo anterior, y sobre todo las consecuencias, pero sin sustituirlo con nuevas ideas y procedimientos, ni menos buscar en lo pasado ejemplos que le satisficieran. Así es que lo mismo prohibía *El sí de las niñas* de Moratín, que *La vida es sueño* de Calderón; de igual manera anatematizaba *El Evangelio en triunfo*, del arrepentido Olavide, que *Las ruinas de Palmira*, de Volney. En cambio lograron carta blanca por algún tiempo los cuentos algo libres del abate Casti, del género de Bocaccio, creyendo á su título, que tradujeron *Cuentos castos*, suficiente pabellón que salvara la mercancía.

Redujéronse, pues, los entretenimientos de los habitantes de Madrid en aquellos años á funciones de iglesia, fiestas palaciegas y observarse unos á otros en la duda de cómo pensaría cada cuál de lo que había sucedido y estaba sucediendo, contar algunas bufonadas de Chamorro y otros favoritos de su ralea, leer la *Gaceta*, buscando algunos pormenores de las continuas conspiraciones que estallaban por todas partes, y

desvelarse en averiguar mentalmente cómo un Rey tan *deseado* trataba tan mal á los que más se habían sacrificado por sus derechos, y cómo podían ofender al Monarca personas que con tanto heroísmo defendieron su causa, y entre Monarca y súbditos quién podría decir con mayor razón que donde comienza la injusticia termina el agradecimiento. Pronto los hechos vinieron á explicar, si no á resolver, tales incertidumbres.

Alentado por el pronunciamiento del Conde de La Bisbal en Ocaña, el pueblo invade la mansión regia y obliga al Soberano á jurar la Constitución de 1812 ante el Ayuntamiento de la villa (9 de marzo de 1820). Por de pronto se había resuelto una dificultad; en adelante cada día ofrecería la suya.

Todo lo que antes fué atonía y marasmo en la vida social de Madrid, fué desde aquella hora animación y fiebre de novedades. Le dijeron que era soberano y lo creyó de buena fe, comenzando su reinado por dar libertad á los presos políticos, sin olvidar los de la Inquisición, á cuya cárcel fué en busca de los aprisionados y horribles instrumentos de tortura, que suponía de cierto hallar en abundancia. Así lo hizo como lo pensó. La Inquisición de Corte estaba en la calle de su nombre, hoy de Isabel la Católica, en la casa marcada con el número 4. La muchedumbre se agolpó con deseo de visitar los horribles calabozos, sacar á luz las máquinas atormentadoras, y sobre todo los escuálidos y macilentos presos que de seguro allí sufrían padecimientos indecibles. Pero ¡vana ilusión! Los calabozos se redujeron á un sótano de poca extensión, depósito de algunos muebles viejos, rotos y desvencijados, que no por eso dejaron los visitantes de sacar á público examen cual testimonio de celo. ¿Y los presos? A éstos se les concedió el honor de ser llevados en hombros por las calles. Fueron tres los encontrados en las habitaciones altas del edificio, nada flacos ni estenuados, por cierto, sino lucios y orondos, especialmente D. Luis Ducós, rector hospitalario de los franceses.

No dice la historia dónde los dejaron en tierra sus conductores, ni tampoco el paseo que dió á las víctimas su comitiva; pero lo que no puede dudarse es que la invasión del terrible tribunal, convertida en objeto de chanza, demostró con inflexible lógica que se le habían caído al monstruo los dientes

para no renacerle jamás. Mejor dicho: que los tiempos cambian y con ellos las instituciones.

Por aquellos días hubo mucho que hacer: colocar una lápida provisional en la Plaza Mayor; discurrir por las calles con el libro de la Constitución alumbrado por hachas de viento, invitando á los que pasaban á besarle con la rodilla en tierra; disponer músicas, luminarias y colgaduras; cantar por las calles vestidos hombres y mujeres con sus mejores ropas; adornarse con cintas verdes con letreros que decían: *Furé mi suerte: Constitución ó muerte*; dar vivas á todo el mundo, en los cuales no tocaba al Rey constitucional la menor parte: lo que no se hizo fué cometer ningún atropello, ni dirigir á nadie el más pequeño insulto. Era un entusiasmo noble, digno de un pueblo que juzga realizadas sus esperanzas y olvida las ofensas pasadas en gracia de la ventura presente.

Mas no bastaba al aura popular aquel regocijo pasajero; ansiaba demostraciones de más permanencia, y las demostró al fin.

Se le dijo también que de ninguna manera se defendía mejor la libertad que encerrándola dentro de un uniforme, y también lo creyó, agolpándose á inscribirse en la Milicia Nacional, local, voluntaria. En poco tiempo se formaron tres batallones bien nutridos, con dos escuadrones, compuestos unos y otros de lo más granado de la población; en todo 5.000 hombres, aproximadamente. El vestuario era costoso y muy magnífico; por raro privilegio daba el Ayuntamiento una prenda al que lo solicitaba. Dos equipos tenía cada individuo; la casaca para gala con schakó de cordonadura de plata y seda y airón de pluma, encarnado los granaderos, verde los cazadores y amarillo con cabos rojos los fusileros, de cuyos colores eran los golpes del uniforme. El traje de diario consistía en una levita gris, nada airosa por cierto, con una fila de botones y morrión enfundado. Se permitía sombrero apuntado, y lo que entonces se llamaba *peti-uniforme*, que era una casaca azul sencilla, sable con tirantes y vaina de hierro; pero esto no era de reglamento, sirviendo sólo para visita ó paseo, pues el uniforme de miliciano se consideraba traje de etiqueta.

La bendición de banderas se celebró con grande solemnidad

y entusiasmo en el templo de Atocha. Un padre reverendo, á quien se confió la oración sagrada, la exornó con el texto siguiente: «Dad á Dios lo que es de Dios, al César lo que es del César, y á la Nación lo que es de la Nación,» demostrando prácticamente que bien puede haber sucedido lo que se cuenta del predicador, que á fuer de sencillo, dijo á su auditorio: «Así dice el Espíritu Santo, y en parte dice bien,» y que no es todo invención en los sermones de fray Gerundio de Campazas.

Sin embargo, el correctivo á la santa máxima pasó sin inconveniente ostensible, aprobado por unos, tolerado por muchos, y sin advertir por la mayor parte.

Se formó asimismo un batallón de milicia infantil, con sus jefes, uniforme, instrucción militar, revistas, ejercicios, etc. Esta era la época, como antes lo fué de vestir á los niños de frailes. Los señores del Ayuntamiento quisieron imitar á los pueblos de la antigua Grecia, que adiestraban á la infancia en el manejo de las armas, como después se imitó á los *sansculottes* con los *descamisados*. Fué una de las mayores desdichas de aquel sistema proceder por imitación de prácticas extrañas, cuando en nuestros anales existen ejemplos de libertad democrática superiores y antecedentes á cualquiera otros.

Las sociedades patrióticas, tan funestas al sistema constitucional, vinieron poco después. La primera se organizó en el café de Lorencini, situado en la Puerta del Sol, sociedad que fué también la que antes comenzó á obrar como si fuese cuerpo político, á semejanza del club de los Jacobinos en la primer revolución francesa, creciendo su audacia con la tolerancia hasta el punto de tratar de imponerse en el nombramiento de los Ministros. Pero su misma exageración la desacreditó y su vida fué corta. Se dijo que el Rey fomentaba estas sociedades por medio de sus parciales, y es de admitir la suposición, pues nada tan contrario á la libertad como las predicaciones de los falsos tribunos.

La sociedad de La Fontana de Oro fué de más larga existencia y fecundidad en sucesos. Ante todo, veamos el juicio que hace de ella D. Antonio Alcalá Galiano, orador de los más elocuentes y asiduos en aquel centro perturbador.

«..... Los personajes de más valía entre los constitucionales de Madrid, determinaron formar una sociedad, que, como compuesta de buenos elementos, había de realizar las halagüeñas ideas de una reunión donde, ventilándose en paz los negocios con templados y juiciosos discursos, se ilustrase al pueblo, produciendo en él tan buen efecto cuanto malo le habían causado los yerros y excesos de los tribunos de Lorencini... La primera sesión debió desengañar, sin embargo, á quienes se formaban tan lisonjeras ilusiones. Una tribuna alta en el espacioso salón del café estaba destinada á los que arengaban al auditorio. Una barandilla separaba el lugar destinado á los socios del que lo estaba á los meros oyentes. La concurrencia, como las de su clase, no venía á aplaudir sino lo que se acomodase á su gusto, y á tales turbas sólo agradan declamaciones en censura de los que mandan. Algunos hablaron y fueron oídos con satisfacción; pero los aplausos mayores quedaron reservados á D. Antonio Alcalá Galiano, que en declamación apasionada y fogosa, si bien con ciertas formas hábiles y aun pérfidas, sustituidas á las torpes invectivas de los de Lorencini, abogó por el interés de la revolución, uno mismo con el suyo, y dirigió su desaprobación al Marqués de las Amarillas. Hablaba el orador de las personalidades, y no sin razón sustentaba, contra un error á la sazón dominante, que en Estados libres la pluma ó la palabra por fuerza habrían de usarse en elogio ó vituperio *de los hombres* á la par que *de las cosas*... En suma, la sociedad de La Fontana estaba á la devoción, si no de los alborotadores declarados, de los futuros opositores al Gobierno... El público allí concurrente se formaba asimismo en la escuela revolucionaria, y embelesados con las á menudo huecas declamaciones de los tribunos, aun contra la voluntad de éstos, y siempre allende los deseos de sus maestros, aprendía á aplicar por medio de la sedición, las doctrinas en que se iba imbuyendo.»

En tanto las sesiones ofrecían cada vez aspecto más pintoresco. Había muchas señoras socias, y no eran por cierto las que menos alborotaban. Algunas usaron la palabra, si no con general aceptación, con estrepitoso bullicio; peroraba cualquiera que obtenía permiso, y entre los oradores de afición

descolló cierto oficial de albañil, á quien dieron en llamar el *diamante en bruto*, por el mérito que hallaron algunos en los partos de su inteligencia, á vueltas de un lenguaje desaliñado. Lástima que no pudiera sostener su reputación desde una noche en que subió á la tribuna y comenzó diciendo:—Ciudadanos: Hay malas noticias de París de Francia.—Abajo ese borrero,—le interrumpió una voz estentórea, y previo un escándalo en que las risas y las interjecciones agresivas se disputaron la preferencia, se eclipsó el brillo del diamante para no recobrarle jamás.

No tan sólo dentro del salón eran diarias las emociones fuertes, sino que á sus inmediaciones tenían seguridad de encontrarlas los aficionados á bullangas y asonadas. Muchas se recuerdan, pero con pocas basta para calificar el género.

Sabido es que en la Puerta del Sol existía, inmediata al Buen Suceso, la tradicional fuente de la *Mariblanca*, ahora en la plaza de las Descalzas. Allí sentados alrededor de los cántaros de cobre, que desde tiempo inmemorial usaron en aquel sitio para conducir el agua, departían una tarde los aguadores en sabrosos y atronadores coloquios, cuando acertaron á pasar dos guardias de corps, y señalando á la pareja más inmediata de astures, dijo uno de aquéllos á su compañero, con verdad ó sin ella:—He ahí dos *soberanos* matando piojos.—Era la hora de entrar en el club, que por no sé qué asunto urgente celebraba sesión más temprano; oyeron el dicho algunos socios, no les hizo gracia la alusión á la *soberanía* nacional, dieron la voz de alarma, acudieron los demás, y con auxilio de la gente que se agrega siempre que hay ocasión de alterar el orden, la emprendieron contra los agresores, que, merced á la intervención de la guardia de milicianos del principal, salvaron la integridad de su persona.

Menos fortuna tuvo cierto chusco, que viendo á la entrada del café una mesa con dos velas y una bandeja en que se recogían ofrendas con destino á obsequiar á Riego, dijo echando dos cuartos:—Por el alma que va de tumba.—Tomáronlo por grave insulto los más exaltados, y acometiendo al decidor en lugar estrecho, le dejaron molido y asendereado, sin que nadie pudiera valerle.

Pero sobre todo, fué célebre el tumulto que después se ha conocido con el nombre de *Batalla de las Platerías*. Dióle pretexto haber relevado al mismo Riego del mando de la Capitanía general de Aragón, señalándole de cuartel la plaza de Lérica.

Encendiéronse al saberlo los ánimos de los exaltados, y dispusieron, como protesta, pasear en procesión por las calles de Madrid el retrato del General depuesto, pintado con el libro de la Constitución en una mano y abatiendo con la otra los monstruos de la ignorancia y la tiranía. La sociedad de La Fontana anunció el acto para el 18 de setiembre, de tres á cuatro de la tarde (1821). Era entonces Capitán general de Castilla la Nueva D. Pablo Morillo, y jefe político el General San Martín, ambos de carácter firme y entero, conocidos de los alborotadores como enemigos de tumultos y asonadas. Parecía natural que esto les contuviese; pero no fué así. En vano el jefe político envió algunos concejales á La Fontana para que mediasen con los oradores más ardientes; en vano publicó la víspera de la función un bando prohibiéndola y suspendiendo hasta nueva orden la sociedad patriótica; inútil fué que mandase al alcalde arrestar al dueño del café y á varios socios; la autoridad fué atropellada por los grupos, sufriendo toda clase de insultos y vilipendios. La procesión salió á la hora designada, prorrumpiendo en alegres vivas al cruzar la Puerta del Sol, viendo que la guardia no estorbaba su marcha. Atravesaron la Plaza Mayor con intento de depositar el cuadro en las Casas Consistoriales; pero al desembocar en la calle de las Platerías, la encontraron llena de tropa y Milicia con Morillo y San Martín á la cabeza. Adelántase el primero seguido de un batallón de nacionales, intima á los amotinados la orden de retirarse sopena de ser cargados á la bayoneta; la Milicia forma en columna, baja las armas, el Capitán general arrebató el cuadro y la multitud corre por donde puede, dejando la calle libre y la población tranquila y silenciosa.

En tan breve jornada, no faltaron episodios grotescos. Refería uno de los milicianos, y otros autorizaban su relato, que durante la intimación de Morillo á los manifestantes, un pelgar desarrapado gritaba á voz en cuello:—¡Que salga el

Ayuntamiento, que lo mando yo, que no soy ningún pichirichil—Hombre, le dijo el miliciano, sujeto grave y de ocurrencias felices, pichirichi ó no pichiriche, métase V. ese faldón.—Caballero, no había reparado, dijo el voceador echando una mano á ocultar la camisa, que los desgarrones del pantalón no cubrían lo necesario, y corriendo en este ademán á unirse con sus compañeros.

La sociedad de la *Cruz de Malta* (calle del Caballero de Gracia), en cuyo recinto se pronunciaban todas las noches las más violentas diatribas contra el Rey, dió tales disgustos al Gobierno, apelando á la calumnia y la superchería, que al cabo se vió obligado á cerrarla á mano armada.

Tan grandes elementos de perturbación hubieran sido poco á no contar con las sociedades secretas que los alentaban y sostenían, dividiendo al partido constitucional en fracciones enemigas, únicamente acordes en combatir al Ministerio, cualquiera que fuese, pues para ninguno podían ser aceptables en el poder las predicaciones de que tal vez se valió para subir. Había la sociedad del Grande Oriente, la de los Anilleros, como ramificación de la anterior; los Comuneros, los Descamisados, los Gorros, la del Martillo, la Landaburiana, y la del Angel exterminador por parte de los realistas; además de los nombres genéricos de liberales y serviles y sus derivaciones en moderados y exaltados, pancistas, facciosos y feotas. Un motín diario á nadie sorprendía. Las asonadas duraban semanas enteras, con la intranquilidad consiguiente, por más que no revistiesen el carácter peligroso de las que han sobrevenido después. Se ponía sobre las armas la Milicia, acudían á visitar los puestos y retenes las familias y amigos de los milicianos, y el carácter expansivo que siempre distinguió al pueblo madrileño, encontraba en el aparato militar causa de regocijo y diversión comunicativa. Se gritaba mucho, se cantaba más, se bailaba algún tanto, caía el Ministerio, ocupaba otro su puesto, y sin preguntar quiénes le componían, se preparaba la gente á vocear contra él, tanto como se había voceado contra el anterior. De ahí no pasaba.

Algunos feísimos lunares oscurecieron el cuadro. En primer término el horrible atentado contra el cura de Tamajón D. Ma-

tías Vinuesa, asesinato villano de un reo puesto al amparo de la ley, sobre cuyo delito había recaído sentencia; pero tan pocos fueron los autores, tan corto era su malvado poder, que catorce jinetes del regimiento de Almansa, al mando del Marqués viudo de Pontejos, bastaron para ahuyentarlos de la cárcel de Corte, donde trataron de hacer con el *Abuelo*, cabe-cilla realista, lo mismo que acababan de ejecutar en la cárcel de la Corona con el capellán de honor.

Otro caso fué los insultos dirigidos por dos docenas de hombres pagados (así dijo en las Cortes el Sr. Sancho) á los representantes Conde de Toreno y Martínez de la Rosa, al salir de las sesiones, cuyos señores hubieran sufrido algún atropello sin la protección de la fuerza armada y de algunos amigos. Pero no satisfechos los sediciosos, fueron á la casa del Conde de Toreno, insultaron á su hermana, la viuda del General Porlier, ahorcado en la Coruña por causa de la libertad, destrozaron los muebles y maltrataron á los criados. Las autoridades, y principalmente el General Morillo, que acudió con tropas, dispersaron á los revoltosos, arrojándolos igualmente de la casa de Martínez de la Rosa, que también intentaron asaltar.

Un grito unánime de indignación se alzó en las Cortes y fuera de ellas contra tan punibles excesos, y se dictó una ley represiva del derecho de petición que servía de pretexto á los motines.

Aun los hechos de armas no tuvieron el carácter sangriento que han tenido luego. Según los partes oficiales de la jornada del 7 de julio de 1822, la pérdida de los milicianos consistió en 3 muertos, 41 heridos y 16 contusos: la de los guardias en 14 muertos. Los heridos no se expresan.

Los himnos patrióticos de entonces merecen algunos párrafos por el abuso que se hizo de ellos y por el carácter que dieron á la situación. A ninguno han podido igualar en mérito los compuestos después. La música de todos revela una maestría admirable, y tal expresión y sentimiento para significar la idea que se proponen, como raras veces es dado concebir. La letra, por lo general, nada tiene de recomendable.

Merece sitio privilegiado el famoso *Himno de Riego*, verso

del que fué ayudante del General cuyo título lleva, Sr. San Miguel. Dejo aparte si la música son reminiscencias de algunos aires escoceses; tampoco entraré en la historia de su composición, pues los pareceres son varios, y sujetos de más conocimiento músico que yo han dado el suyo; es lo cierto que apesar de tanto como se ha repetido y de las muchas farsas á que se recuerda ha servido de acompañamiento, conserva siempre novedad.

La canción de *La niña* también es característica, y no falta quien la encuentre igual, si no preferible á la anterior.

El himno bélico de *Libertad sacrosanta*, compuesto con destino á la Milicia Nacional de caballería, es grave y armonioso. El de *Corramos á las armas* indica perfectamente el toque de alarma, así como el de *Landáburo* es una marcha fúnebre bélica y solemne.

Canciones como *El trágala* siempre deben censurarse, apropiadas como son para originar tantas desgracias, venganzas y odios como aquélla produjo; pero ¿quién duda que constituyó una parte integrante de las costumbres políticas de 1820 á 1823, y por tanto que no debo omitirla? Y sube de punto su importancia por haber merecido se cantase la noche del 3 de setiembre de 1820 en el Teatro del Príncipe, por el mismo Riego y sus ayudantes, acompañados de la plebe, apesar de la oposición del jefe político, cuya existencia hubiera corrido peligro, á no defenderle con sus cuerpos dos oficiales de la Milicia Nacional. Así lo refieren los escritores coetáneos. Don Evaristo San Miguel, en la *Vida de Argüelles*, dice que no llegó á cantarse *El trágala*. ¡Ojalá hubiera sido así!

Otra canción hubo, indigna de mencionarse por lo insolente y agresiva, aún más que *El trágala*; pero la circunstancia de haber aplicado al Monarca un epíteto en relación con una de las facciones de su semblante, dió á la cantata celebridad poco envidiable.

Este insulto y otros parecidos hubieran bastado á preparar el ánimo del Rey más tolerante contra el sistema constitucional; ¿qué harían en Fernando VII, que según parecer de un escritor moderno, era el más revolucionario de cuantos revolucionarios le rodeaban, que nunca se distinguió por lo pa-

ciente y con frecuencia por el disimulo? El mismo Rey, que era también excelente músico, tocaba y cantaba al violín la canción susodicha, con su estribillo *¿Eh? ya me entiende V.* —¿Qué te parece?—preguntó á un gentilhomme de servicio. —¡Señor!...—Ríete—añadió el Soberano;—te doy licencia para reir, que yo también me río. Se añade que dicho esto rompió el violín contra el mármol de una mesa, variando el estribillo *¿Eh? yo me vengaré.*

Los verdaderos hombres de gobierno lamentaban el extremo á que las cosas iban llegando, sin poder evitar los errores de un pueblo nuevo en el camino de la libertad y extraviado por los demagogos.

Ocasionó grandes turbulencias victorear al Rey sin el sobrenombre que oficialmente se le daba. —¿Por qué no añade usted *constitucional*?—dijo un patriota á cierta manola que sólo gritó: ¡viva el Rey!—Porque yo no pongo motes á *naide*—contestó la interpelada.

A imitación de la revolución francesa, se abusó de la palabra *ciudadano*, hasta ponerla en ridículo. Voceaba por las calles su mercancía la *ciudadana cangrejera*, y un prestidigitador, establecido en la calle del Caballero de Gracia, se anunciaba con el título de *Ciudadano Mantilla*. Hubiera sido inútil decir que la ciudadanía en las naciones modernas, donde todos son iguales ante la ley, no tiene aplicación como en la antigua Roma, donde era un calificativo de privilegio en la república ó imperio, á favor de los habitantes de la ciudad y su término, ó sea el *ager* romano, cuando reunían las circunstancias necesarias para disfrutar los derechos de ciudadanos, que no eran pocos ni acordes con la dignidad humana.

Una escena extraña por su índole especial tuvo lugar el 16 de marzo de 1822 en el recinto de las Cortes, con motivo de hallarse á las inmediaciones de Madrid el segundo batallón del regimiento de Asturias, á cuya cabeza había Riego proclamado la Constitución. El Ministro de la Guerra anunció á los representantes que era la voluntad de S. M. que tan benemérito cuerpo entrase en la capital, pasando por la plaza de la Constitución, y que las Cortes permitieran desfilara por delante del Congreso. No sólo accedió éste, sino que acordaron

los diputados que una comisión por clase se presentara en la barra, donde recibiría de manos del Presidente un ejemplar del Código fundamental que conservaría el cuerpo como de su propiedad, regalándole también uno de los primeros leones que se acababan de fundir con destino al ejército en sustitución de la bandera. Con efecto, desfiló el batallón con grandes vítores y aplausos, y al llegar frente al palacio nacional salieron á recibir á la diputación cuatro maceros para conducirla á la barra. Puestos allí, el comandante dió las gracias, contestóle el Vicepresidente, pues el Presidente, que era Riego, no creyó oportuno conferir por sí mismo tales honras al batallón que había mandado; los secretarios entregaron el libro, y el comandante en justa correspondencia ofreció á las Cortes el sable que brilló en la mano de Riego al proclamar la Constitución.

La ceremonia, dice el historiador Lafuente, no dejaba de ser extraña y peregrina, al menos en España, y recordaba los tiempos en que la Convención francesa dispensaba parecidos honores á las secciones armadas de París. Pero además, el espectáculo de un cuerpo legislativo entregando la Constitución política del Estado á un comandante de batallón, y el de un comandante regalando un sable á las Cortes, se prestaba también á comentarios no todos del género serio. Algunos diputados sensatos hubieron de conocerlo así, y remitido el sable á una comisión informante, aprobaron las Cortes por unanimidad volver el arma al General Riego para que con ella defendiese la Constitución y la Monarquía.

Mas no fueron así todas las ceremonias verificadas entonces. Las hubo sublimes, expresión digna de verdadero patriotismo.

A otro día de la jornada del 7 de julio, célebre menos por su duración y por la sangre que se derramó que por los males horribles que se hubieran seguido del triunfo de los insurrectos, y por la bizarría de los vencedores y su moderación después de la victoria, el día 8, pues, á las diez de la mañana, un sencillo altar se elevaba en la Plaza Mayor, sitio principal del combate. A su alrededor formaban en cuadro la Milicia y ejército que pelearon y vencieron, y en su presencia, de todas las

autoridades y de un inmenso pueblo, el Obispo auxiliar de Madrid entonó un solemne *Te-Deum* en aquel altar de la patria en gracias al Todopoderoso por haberla librado del encono sanguinario del ciego absolutismo. ¡Ojalá, dice un analista de aquellos sucesos, hubiera durado mucho la respetuosa templanza, desnuda, al parecer, de pasiones, que se observó en los asistentes de aquella solemnidad cívico-religiosa!

El 15 de setiembre se celebraron en Madrid funerales en la iglesia de San Isidro por los que habían muerto con las armas en la mano defendiendo la libertad aquel memorable día. La anchurosa nave era pequeña para contener el inmenso pueblo. Los Ministros, autoridades locales, diputaciones de las tropas de la guarnición y Milicia, desde el soldado hasta el General, se confundían con la muchedumbre. Colocado en el centro del Ayuntamiento se veía un grupo de siete enlutadas mujeres, esposas ó parientes de los muertos. Celebró de pontifical el Obispo auxiliar, y un elocuente orador sagrado pronunció el sermón fúnebre. Durante las exequias, repetidas descargas solemnizaron la ceremonia, desfilando después todas las tropas por delante de la lápida constitucional.

A los pocos días (24 de setiembre) se verificó otra fiesta puramente cívica, que no por ser bulliciosa y expansiva mereció las censuras de que ha sido objeto, por quienes tal vez no presenciaron el orden completo que reinó en ella en medio del entusiasmo común. Fué un banquete popular al aire libre en el Salón del Prado y paseos inmediatos. Las fuentes y sitios principales se adornaron con flores y estatuas. Ochocientas mesas de á doce cubiertos había dispuestas en las alamedas inmediatas al Salón, que se dejó desembarazado para el paseo militar que precedió al festín. A la hora conveniente se colocaron en aquéllas siete ú ocho mil personas, que eran las que habían llevado armas el 7 de julio. En otras cuatro mesas de preferencia de á cincuenta cubiertos, se sentaron las autoridades y ciertas corporaciones en unión con los heridos y parientes de los muertos en la función de guerra. En los demás sitios alternaron sin distinción jefes y soldados después de formar pabellones con las armas.

La consecuencia natural fueron brindis entusiastas, aplau-

sos, vivas, canciones, lectura de versos y cuanto es propio de fiestas por el estilo; mas no hubo un conato de venganza, ni la disensión más leve, ni nada que directamente pudiera molestar á nadie.

Cierto es que por la mañana, antes de comenzar el banquete, causó algún tumulto un fraile franciscano con ínfulas de liberal, á quien pasearon en hombros en gracia de sus vociferaciones patrioterías; pero no es fácil decir si fueron burlescas ú honrosas las demostraciones que alcanzó, si bien puede asegurarse que nada alteró el conjunto ordenado de la solemnidad aquel grotesco incidente.

Al contrario, fué una de las ocasiones en que dieron pruebas los liberales de tolerancia ó desprecio ante la provocativa alegría de los absolutistas, celebrando turbase la fiesta á su conclusión un fuerte aguacero repentino de los que son frecuentes en el otoño. Era de ver, apesar de todo, marchar por mitades á la tropa y Milicia por el cauce del crecido arroyo de la calle de Alcalá y Puerta del Sol, sin descomponer la formación ni cubrir llaves, con el agua cerca de la rodilla, en algunos sitios donde entonces se acostumbraba echar puentes para hacer posible el tránsito. Pero el compás de los himnos marciales hacía olvidar toda molestia, y como las canciones patrióticas eran lenitivo supremo en cualquier contratiempo, la única satisfacción que tomaron fué cantar de sus enemigos coplas tan malas y expresivas como la siguiente:

Pensaron que el agua  
Apagaría el fuego;  
No saben que un Riego  
Fué quien le hizo arder.

Pasada la lluvia, se iluminó espontáneamente la población, se bailó en el Prado y en la Plaza, recorrieron las calles ruidosas músicas tocando marchas bélicas, y alegres y entusiastas grupos dando vivas á la libertad. Así concluyó aquella fiesta de unión fraternal, tan espléndida cual no se había conocido otra, ni será fácil conocerla en lo sucesivo.

En tanto un velo fúnebre iba cubriendo el Código de 1812,

tan democrático esencialmente como hecho de buena fe y aceptado de igual manera por el partido liberal. Era éste corto en número, no hay duda; pero le componía la parte más importante é ilustrada de la nación, y como el mundo ha sido siempre gobernado por minorías, cuando reúnen aquellas condiciones, de ahí que el liberalismo se hubiera sobrepuesto á las dificultades, sin los excesos que la misma Constitución autoriza: hay que confesarlo.

Quisieron algunos ser liberales á lo Marat, no á lo Padilla, y los enemigos aumentaron, los tibios desconfiaron, los amigos nos volvieron la espalda, en vez de alianzas se nos ofreció estéril compasión, y el entusiasmo intransigente se desvaneció cual un vapor en la hora de peligro. La lección fué terrible; pluguiera á Dios no se hubiera desaprovechado.

Pocos meses pasaron, y el Rey, mal contento, y las Cortes y el Gobierno afectando una seguridad que no tenían, marchaban en dirección á Sevilla, escoltados por la Milicia Nacional y las tropas que se juzgaban más fieles. Ya no se cantaba. Se hubiera creído turbar el último suspiro de la libertad, herida de muerte.

Madrid quedó abandonado á sí propio, por más que los jefes militares encargados de la plaza fuesen inteligentes y briosos. Las autoridades se hallaban tan bien servidas, que una mañana sorprendió á la población un anuncio oficial fijado en las esquinas que decía: «Se sabe por un fresquero que los franceses han entrado en Burgos.»

Así y todo los madrileños dieron muestra de su buen humor en aquellas circunstancias. A la aproximación de los invasores ordenó el Conde de La-Bisbal, comandante general del primer distrito, que toda persona que transitaré por las calles después de anochecido llevase luz consigo. La orden hizo gracia, y las gentes salieron de sus casas formando comparsas ó á la desbandada con cuantos aparatos de iluminación portátil podían haber á las manos: faroles de cristal y de papel, linternas, velones, candiles, velas resguardadas en vasos destinados á muy diferentes usos, todo era bueno con tal que contribuyese á dar aspecto al cuadro original que ofrecían los sitios más concurridos de costumbre. No es posible figurarse espectáculo semejante,

ni el desairado papel de las autoridades ante semejante burla, que sólo apelando á la arbitrariedad pudieron castigar las más celosas. Porque la orden se cumplía con llevar luz, fuese en la forma que cada uno quisiera; lo que sucedió fué que cayó en desuso, conocido que la práctica era peor que la falta de observancia. ¡Raro incidente en que se hallaron conformes amigos y enemigos!

El 19 de mayo el General Zayas, acreditado veterano de la guerra de la Independencia, capituló con los franceses, notándose desde luego en los barrios bajos agitación siniestra que pudo reprimir la intervención de la fuerza armada; pero al día siguiente recorrían las calles con descaro cuadrillas de mujeres desgarradas y chapuceros y manolos de poco fuste, provistos de cuerdas, palos y sacos, manifestando bien á las claras su ansia por el pillaje que se prometían con la entrada inmediata de los facciosos. No era infundada su esperanza, pues en tal situación recibe Zayas un oficio del aventurero francés Bessiéres, republicano antes y furibundo jefe de bandas realistas después, manifestándole su resolución de entrar en Madrid con su gente. Contestóle el pundonoroso militar que había capitulado con el Príncipe francés, y por consecuencia sostendría con la fuerza el convenio. Hubo contestaciones; los facciosos llegaron á penetrar en la capital hasta la Cibeles, entre los aullidos de alegría de la plebe, que ya juzgaba segura la presa, y la satisfecha actitud de los invasores, deseosos de compartir el botín. Mas apurado el sufrimiento, da Zayas á sus tropas la señal de arremeter, y lo hicieron tan á fondo, que al primer encuentro fueron los facciosos obligados á refugiarse en el Retiro, de donde los desalojaron á la bayoneta los granaderos de Guadalajara, completando su derrota el intrépido D. Bartolomé Amor con los cazadores y la caballería de Lusitania. Setecientos prisioneros quedaron en poder de los constitucionales y muchos cadáveres en las calles y el campo, entre ellos no pocos de la chusma levantisca que tan feliz agosto se prometía con el saqueo de la población.

Este fué para Madrid el último episodio de la azarosa y alegre existencia que de 1820 á 1823 le proporcionó el sistema representativo; lance en que dos militares honrados y

valientes libraron á la villa de los mayores desastres que pueden sobrevenir á un pueblo.

De propósito he dejado para concluir, en lo que se refiere á costumbres políticas en el segundo período constitucional, tratar de las formas é índole que revistió la prensa, nunca pensadas hasta entonces, y que bien puede asegurarse constituyen un período importante en nuestra literatura, cuya influencia dura y durará, por más que las diversas escuelas establezcan variantes en el estilo y condiciones.

Sobrada libertad hubo antes de la supresión de toda censura; leyes represivas se dictaron después contra la imprenta más restrictivas que la licencia del ordinario y la tasa de los señores del Consejo; pero la crítica diaria de los actos gubernamentales regularizada y personal, la polémica de los asuntos políticos, eso era desconocido, así como lo fué el género hoy llamado *naturalista* de la manera que se nos entró por las puertas después de la invasión francesa.

Se permitía el libro, las representaciones al Rey, en que se juzgaban con la mayor amplitud y lógica irrefutable los errores económicos, los abusos administrativos, la decadencia de España y sus causas; pero la hoja diaria, el periódico, no creo se hubiera consentido. Podrá decirse que lo ganado en publicidad lo hemos perdido en solidez, porque ganancia es seguramente y justo correctivo á los desmanes de los gobernantes exponer sus actos á la expectación pública; mas de que el artículo de periódico no sea adecuado para esplanar una idea de Gobierno ¿hemos de sacar en consecuencia que no deben tratarse los asuntos públicos, cuando públicamente se tratan en los Parlamentos y la publicidad es el alma de los Gobiernos representativos? Querer reducir á los españoles á la condición de meros oyentes fuera absurdo, á más de imposible. Sea enhorabuena el periódico una especie de sumario de principios determinados; en todas las ciencias hay compendios, y como sean buenos, necesarios son á la generalidad; quien pretenda ser maestro apele á las obras de fondo, que mucho tendrá adelantado para estudiarlas con provecho si conoce los primeros rudimentos.

La libertad de imprenta fué un hecho y el periodismo su

natural consecuencia. Comenzó antes de 1820, pero dando señales de falta de cordura en su rudo estilo y carácter agresivo. Dos periódicos absolutistas hay de aquella época, *La Atalaya de la Mancha* y *El Procurador general de la Nación y del Rey*, perfecto modelo de procacidad y desentono, como lo fué después *El Restaurador* en 1823. No pudieron quejarse sus parciales de intolerancia con los dos primeros engendros, que se anunciaban «en Madrid, en la librería realista del realista V... á dos reales realistas.» El anuncio era digno de la publicación.

Pero lleguemos al punto de donde me prometí partir.

Desde principio del segundo período constitucional hubo periódicos diarios de importancia y bien escritos, por ejemplo, la *Miscelánea de comercio, artes y literatura*, que restablecida la Constitución añadió una sección política á sus columnas. Era su único redactor D. Francisco Javier de Burgos, y solían venderse de cada número diez mil ejemplares, sin anuncios, bombos, exageraciones ni otros llamativos, antes bien, se hallaba redactado con templanza como sostenedor de los sanos principios de gobierno; reformador y no revolucionario. El exceso de trabajo puso á su propietario en peligro de muerte, y aún no restablecido aceptó la dirección de *El Imparcial* con Lista, Hermosilla, Miñano y Almenara por colaboradores. Con citar estos nombres basta para comprender el relevante mérito de la obra; pero después del 7 de julio dominaron los principios más exagerados, y las doctrinas mesuradas fueron imposibles. No hubo periódico que no atacase á *El Imparcial*, y terminó su vida. Periodistas los de entonces todo entusiasmo y poca mente, carecían de facultades para penetrar el gran pensamiento de Burgos, dice uno de sus biógrafos modernos.

Publicáronse también con merecida aceptación *El Universal*, de grandes dimensiones, *La Abeja* y *El Espectador*, órgano de D. Evaristo San Miguel.

Entre los periódicos exagerados alcanzaron triste renombre *El Zurriago* y *La Tercerola*, de estilo vulgar y chavacano, pero agresivo, sanguinario y sin respeto á cuanto hay respetable en el cielo y en la tierra. Sus redactores habían

aprendido que en la revolución francesa de 1789 *El Padre Duchesne* y *El Amigo del Pueblo* predicaban el exterminio, y quisieron competir con ellos adoptando por símbolo el martillo y como principio de gobierno el degüello de 14.000 personas en Madrid, según apetecía el diputado Romero Alpuente. ¡Pobres espíritus, que se entretenían en un juego de niños, delirando imitar una lucha de gigantes!

Hubo sospechas de que el Rey subvencionaba tales publicaciones como las mejores armas contra la libertad; pero si esto no se pudo justificar, es indudable que un confidente íntimo de Fernando VII compraba grandes cantidades que almacenaba en secreto ó les daba dirección al extranjero, según convenía.

El Gobierno recomendó á las empresas teatrales la representación de composiciones patrióticas, y autores y autores secundaron perfectamente sus intenciones. *Numancia destruída*, de Ayala, *Virginia*, *Junio Bruto*, se ponían con frecuencia en escena; *Lanuza*, de D. Angel Saavedra, se representó por primera vez, consiguiendo un señalado triunfo, que se prolongó mucho tiempo en Madrid y provincias; nuevas fueron también *Camila*, de D. Dionisio Solís, y *La viuda de Padilla*, tragedias todas, de las cuales *Numancia* y *Camila* han conservado la reputación adquirida. Nuevas y de circunstancias fueron *El Trapense en los campos de Ayerbe*, *El Siete de Julio*, *Mosén Antón* y *La Inquisición por dentro*, que alternaban con las traducciones de *Fenelón ó la víctima del claustro*, *Juan de Caláis*, *El Conde de Cominges*, *Los jueces francos*, *Los templarios*, y aun composiciones líricas como *Las visitandinas*. El público acudía ansioso, ebrio de entusiasmo, sin conocimiento, como deslumbrado ante aquel fuego fatuo á que su vista no se hallaba preparada; desbordamiento de la imaginación que nunca hubiera traspuesto sus justos límites á no haber querido encerrarla en estrecho cauce una censura bárbara prohibiendo como indignas del teatro comedias de gran mérito, entre ellas *Rey valiente y justiciero*.

Sin la reacción de 1814 la mayor parte de las producciones dramáticas de 1820 á 1823 hubiesen caído en ridículo desde luego.

Infinitas fueron las obras literarias de otro género, traducciones la mayor parte, que vieron la luz bajo los auspicios de la franca emisión del pensamiento. Se cuentan entre ellas *El barón de Foublás*, del convencionalista Louvet; *Amistades peligrosas*, no recuerdo de quién; *La Religiosa*, de Diderot; *El Sofa*, de Crevillón; *Mi tío Tomás*, etc. No estaba legalizada su circulación, pero la tolerancia fué tanta que era lo mismo que si lo estuviesen aquellos primeros albores de lo que hoy se llama el *naturalismo*. Procuraré explicarme.

Es cierto que en nuestros autores antiguos hay ejemplos de tan erótica trascendencia como los que dejo citados; verdad es también que su lenguaje no es nada edificante; pero al cabo pecaban reconociendo la culpa y con propósito de la enmienda, que se cumplía ó nó; mas cuando el arrepentimiento faltaba, el escarmiento seguía á la trasgresión, ó considerado el asunto del modo más desfavorable, se tomaba como pretexto dar conocimiento del mal para mejor huirle, y ya es mucho confesar la falta al incurrir en ella con buena intención.

Pero en las novelas francesas y las escritas á su imagen y semejanza (entiéndase las naturalistas) no sucede así. Se acepta el vicio por sí mismo, se santifica, ni aun le disculpa la pasión; se analizan friamente sus circunstancias; es el refinamiento convertido en costumbre propio de los organismos enervados y las almas sin carácter. Añádase á esto lo desenvuelto del estilo y se tendrá idea de lo que fueron las primeras nociones de naturalismo en España. Sin embargo, justo es decir que los antiguos maestros rechazarían á su moderno y aventajado discípulo Emilio Zola.

Se ha dicho también que el *Quijote* y *El lazarillo del Tormes*, son libros naturalistas: podrán serlo, considerados en el buen sentido de la palabra: todo autor ó artista procura acercarse, en lo posible, á lo natural, no siendo su objeto escribir romances ó simbolizar el idealismo; Moliere, Wálter Scott, Díkens y Silvio Pellico, son naturalistas con arreglo á los buenos principios, como los son Velázquez y Rembrant; mas de lo que se trata es del naturalismo grosero que no ve otra cosa sino repugnantes miserias en la naturaleza. De esto se hallan muy lejos Cervantes y Hurtado de Mendoza.

No fueron tan perjudiciales las obras de que vamos tratando como las muchas de carácter religioso que se publicaban. La mayor parte se hubieran condenado al desprecio en otras circunstancias; pero caían en poder de inteligencias sencillas que tomaban por moneda corriente las necias falsedades que se les ofrecían cual verdades eternas. ¿Qué ha sido de la famosa *Historia de los Papas*, escrita por D. Mariano Llorente? Si alguno se acuerda de ella, que bien pocos serán, sólo es admirándose del extravío que condujo á un hombre de carácter á prohijar tanta patraña ordenándola en mal castellano. ¿Qué se hicieron las traducciones impías del ciudadano Marchena? ¿Qué suerte han tenido *El Citador*, *La Sensatez*, *El Censor*, etc.? Es necesario para conocerlos haber vivido en aquellos tiempos ó mucha afición á estudiarlos; de lo contrario, costará trabajo encontrar algunos ejemplares de tan perniciosa semilla, que tantos errores hizo brotar en los entendimientos (aparte de los religiosos) en historia, geografía y crítica racional, como eran comunes después.

Y no se diga que otras mejores enseñanzas para el caso los han hecho olvidar; nada menos cierto. Aquellos libros, á falta de buenas condiciones, estaban escritos con suma claridad, se proponían, ante todo, hacerse comprender; los enciclopedistas, de quienes procedían los que no eran completamente sandios, marchaban rectos á su objeto, así es que le consiguieron cuando era bastante saber el compendio del padre Duchesne, la geografía de Losada y la lógica de Condillac. Hoy la instrucción es general, la crítica y análisis son patrimonio de los hombres cultos, y las nebulosidades de los modernos heterodoxos, y sus errores aplicados á la piedra de toque de la razón, nunca podrán lograr tan buen resultado como alcanzaron con su genial franqueza y gran saber los maestros del siglo XVIII y sus discípulos.

En el capítulo siguiente hemos de considerar bajo aspecto bien diverso la especie de transición verificada á principios de la tercera década del siglo.

DIONISIO CHAULIÉ.

(*Se continuará.*)



# LAS BIBLIOTECAS EN ESPAÑA <sup>(1)</sup>

## CAPÍTULO III.

### BIBLIOTECAS POPULARES.

Necesidad de las bibliotecas populares.—Número de bibliotecas en España.—Resumen general de bibliotecas y volúmenes.—Origen de las bibliotecas populares en España.—Estado á que deben llegar.

#### I.



EN nuestro capítulo anterior hemos expuesto la situación de las bibliotecas de Madrid y de las llamadas públicas de España, indicando la necesidad de variar su organización, si han de prestar el servicio que todos los amantes de las letras reclamamos de estos centros de enseñanza oficial. Ni el número de volúmenes, ni el personal que tienen asignado para su servicio, ni la distribución que se hace del tiempo dado á los lectores, ni los días de biblioteca pública son los que pueden ser, ni los que deben ser, dadas las necesidades de este país, como indicamos en dicho capítulo anterior.

Tócanos hoy hablar de las llamadas bibliotecas populares, y tarea ociosa por demás sería encarecer la importancia de estas bibliotecas para el progreso y civilización de los pueblos. Hay ideas que encarnan fácilmente en la concien-

---

(1) Véase la pág. 274 del tomo XLVII.

cia de todos los hombres y que vienen á constituir al fin un axioma en el libro eterno de los principios fundamentales sobre que descansa la sociedad, y una de ellas es la que nos ocupa en este capítulo. Pero en esto, como en todas las cosas, muchas veces se desvirtúan las más sanas concepciones del hombre por los procedimientos empleados para realizarlas. Y esto es lo que en parte sucede con las bibliotecas populares. Llamadas á dar ópimos frutos, no puede tener lugar esto sin embargo, porque el principio fundamental á que obedece su creación se ha extraviado considerablemente, según lo demuestra lo que con frecuencia estamos viendo por desgracia nuestra que sucede á ciencia y paciencia del que debiera evitarlo.

Las bibliotecas populares tienen por objeto desarrollar el estímulo ó afición al estudio entre el pueblo trabajador; ensanchar los conocimientos humanos, y al mismo tiempo proporcionar al obrero medios de entretenerse agradablemente en lecturas que, además de serle útiles, le evitan el concurrir á otros lugares más peligrosos y perjudiciales para su educación y para sus intereses. No deben ser especialmente las bibliotecas populares para que las utilicen unas cuantas personas, que son tal vez las que ménos lo necesitan, ya por su instrucción, ya porque cuentan con medios de adquirir por sí los conocimientos que deseen. Utilícense enhorabuena, si quieren, de las bibliotecas populares, puesto que han de ser y son públicas; pero procúrese que éstas se compongan, no de tratados que el pueblo trabajador no puede comprender ni utilizar por lo tanto, sino de libros acomodados á su capacidad, á su inteligencia y á todo aquello que le es más necesario y más común y familiar á la vez. De otro modo, sucederá que las bibliotecas populares, separándose del objeto que motivara su creación, vendrán á ser una especie de almacén ó de depósito de libros de autores ó editores á quienes se haya querido favorecer en sus intereses particulares, con detrimento de los intereses de los demás y en descrédito de la misma institución.

Urge, pues, determinar: primero, que los libros que constituyan las bibliotecas populares sean libros escogidos, libros

exprofeso, libros que tengan las condiciones que deben reunir, sin atender para nada á otras miras que á las del bien general; y segundo, que para estimular la concurrencia á las bibliotecas, reúnan estas las condiciones higiénicas y de comodidad que deben tener las salas destinadas á la lectura. Sin estas dos condiciones, las bibliotecas populares no serán nunca lo que debieran ser, y el pensamiento, que tantos beneficios podría reportar, vendrá, si no á desprestigiarse por completo, á ser uno de tantos pensamientos nobilísimos é importantes nunca realizados cual conviene por no ponerse en práctica los medios oportunos y necesarios para ello.

## II.

Instaladas de esta manera las bibliotecas populares, es innegable que prosperarían en España á la manera que en otros países, donde son hoy una segura garantía para el progreso de la enseñanza popular. Pero aún España no ha dado en este camino más que los primeros pasos, y antes que estas bibliotecas las vea bien organizadas y cuente tantas como escuelas públicas sostiene el Estado, han de pasar muchos años. Hasta 1.º de enero de 1883 se contaba en toda España con las siguientes, que damos á continuación, por el número de orden que les señalaron á su creación en el Ministerio de Fomento:

### ÁLAVA.

7.—La Guardia.

137.—Salvatierra.

### ALBACETE.

35.—Alcaráz.

462.—Jorquera.

129.—Hellín.

480.—Alcalá del Júcar.

### ALICANTE.

29.—Elche.

612.—Sociedad Agrícola Orcilatana.

151.—Jábea.

616.—Alicante.

228.—Altea.

## ALMERÍA.

- |                      |                         |
|----------------------|-------------------------|
| 18.—Berja.           | 464.—Hijar.             |
| 72.—Adra.            | 467.—Sorbas.            |
| 74.—Laujar.          | 496.—Huércal-Overa.     |
| 143.—Tabernas.       | 504.—Roquetas.          |
| 450.—Gergal.         | 601.—Ateneo de Almería. |
| 459.—Cuevas de Vera. |                         |

## ÁVILA.

- |                                |                                       |
|--------------------------------|---------------------------------------|
| 26.—Horcajo de las Torres.     | 321.—Rasneros.                        |
| 100.—Becedas.                  | 393.—Navas de Pinares.                |
| 123.—Arévalo.                  | 477.—Villafranca de la Sierra.        |
| 128.—San Bartolomé de Pinares. | 514.—Pidrahita.                       |
| 199.—Cebreros.                 | 571.—Escarabajosa.                    |
| 206.—Tiemblo.                  | 699.—Casino de los hijos del Trabajo. |
| 297.—Maello.                   |                                       |

## BADAJOZ.

- |                                 |                                |
|---------------------------------|--------------------------------|
| 4.—Villanueva del Fresno.       | 510.—Cabeza del Buey.          |
| 40.—Maguilla.                   | 526.—Talavera la Real.         |
| 71.—Villafranca de los Barros.  | 560.—Villanueva de la Serena.  |
| 104.—Siruela.                   | 660.—Fregenal de la Sierra.    |
| 184.—Ribera del Fresno.         | 667.—Higuera la Real.          |
| 227.—Mérida.                    | 668.—Monasterio.               |
| 265.—Salvatierra de los Barros. | 669.—Bienvenida.               |
| 317.—Fuenlabrada de los Montes. | 670.—Valencia del Ventoso.     |
| 348.—Peñalsordo.                | 671.—Fuentes de León.          |
| 359.—Usagre.                    | 672.—Segura de León.           |
| 362.—Zafra.                     | 744.—Cabeza de la Vaca.        |
| 373.—Fuente de Cantos.          | 746.—Jerez de los Caballeros.  |
| 485.—Puebla de Alcocer.         | 751.—Burguillos.               |
| 493.—Alburquerque.              | 753.—Olivenza.                 |
| 499.—Valencia de las Torres.    | 756.—Almendral.                |
| 505.—Campanario.                | 760.—Villanueva de Barcarrota. |

## BALEARES.

- |                 |                             |
|-----------------|-----------------------------|
| 79.—Mahón.      | 610.—Establecimiento penal. |
| 163.—Ciudadela. | 603.—Poblenza.              |
| 432.—Ibiza.     | 759.—Felanitx.              |
| 447.—Llumma.    |                             |

## BARCELONA.

- |   |                                      |
|---|--------------------------------------|
| 50.—Berga.                              | 419.—Las Corts.                      |
| 144.—Villafranca de Panadés.            | 421.—Espulgas.                       |
| 185.—Caut et de Mart.                   | 425.—San Juan Despí.                 |
| 307.—Sociedad Económica de A.<br>del P. | 453.—San Martín de Provensals.       |
| 333.—San Feliú de Llobregat.            | 456.—Gracia.                         |
| 345.—Sabadell.                          | 466.—Granollers.                     |
| 394.—Hospitalet.                        | 516.—Santa Cruz de Olorde.           |
| 399.—Sans.                              | 522.—Badalona.                       |
| 101.—Molíns del Rey.                    | 585.—Ateneo Iguadalino.              |
| 403.—Martorell.                         | 604.—Villanueva y Geltrú.            |
| 405.—Sarriá.                            | 620.—Fomento Graciense.              |
| 407.—Rubí.                              | 939.—Círculo Artístico de Manresa.   |
| 409.—San Gervasio de Gasolas.           | 659.—San Braulio de Llobregat.       |
| 411.—San Vicente dels Horts.            | 685.—Malgrat.                        |
| 413.—Papiol.                            | 761. )                               |
| 415.—San Andrés de la Barca.            | 762. ) Barcelona (Escuelas municipi- |
| 417.—San Justo Desveru.                 | 763. ) pales).                       |
|   | 764. )                               |

## BURGOS.

- |                                 |                                |
|---------------------------------|--------------------------------|
| 42.—Aranda de Duero.            | 595.—Establecimiento penal.    |
| 44.—Briviesca.                  | 642.—Quintanar de la Sierra.   |
| 217.—Castrogeriz.               | 674.—Quintana Loranco.         |
| 292.—Villafranca Montes de Oca. | 716.—Covarrubias.              |
| 295.—Pampliega.                 | 722.—Busto de Bureva.          |
| 340.—Santa María del Campo.     | 733.—Santibáñez de Zarzaguda.  |
| 344.—Pinilla de los Barruecos.  | 743.—Sedano.                   |
| 396.—Olmedillo de Roa.          | 745.—Espinosa de los Monteros. |
| 402.—Adrada de Haza.            | 747.—Medina del Pomar.         |
| 418.—Roa.                       | 748.—Villadiego.               |
| 444.—Belorado.                  | 750.—Arlanzón.                 |
| 508.—Villarcayo.                | 752.—Pinilla de Trasmonte.     |
| 580.—Rabé de las Calzadas.      | 754.—Castrillo de la Reina.    |

## CÁCERES.

- |                               |                             |
|-------------------------------|-----------------------------|
| 6.—Valencia de Alcántara.     | 274.—Hervás.                |
| 108.—Trujillo.                | 284.—Hoyos.                 |
| 168.—Aldeanueva del Camino.   | 338.—Navalmoral de la Mata. |
| 173.—Plasencia.               | 368.—Serradilla.            |
| 221.—Villanueva de la Sierra. | 426.—Villanueva de Vera.    |

- |                                  |                                     |
|----------------------------------|-------------------------------------|
| 427.—Pasarón.                    | 572.—Baños de Montemayor.           |
| 431.—Cuacos.                     | 588.—Guadalupe.                     |
| 434.—Valdefuentes de Montánchez. | 654.—La Fosforita (Logrosán).       |
| 479.—Garrobillas.                | 738.—Colonia del Rincón (Logrosán). |

## CÁDIZ.

- |                                     |                                   |
|-------------------------------------|-----------------------------------|
| 111.—Tarifa.                        | 576.—San Roque.                   |
| 125.—Puerto de Santa María.         | 651.—La Línea de la Concepción.   |
| 155.—Jerez de la Frontera.          | 653.—Medina Sidonia.              |
| 446.—Paterna de Rivera.             | 694.—Chiclana.                    |
| 470.—San Fernando.                  | 757.—Escuela provincial de Jerez. |
| 591.—Ceuta (Establecimiento penal). |                                   |

## CANARIAS.

- |              |                          |
|--------------|--------------------------|
| 367.—Guimar. | 626.—Puerto de Arrecife. |
|--------------|--------------------------|

## CASTELLÓN.

- |                |                                   |
|----------------|-----------------------------------|
| 28.—Vinaroz.   | 374.—Morella.                     |
| 73.—Chert.     | 633.—Ateneo obrero castellonense. |
| 218.—Nules.    | 641.—Lucena.                      |
| 259.—Burriana. |                                   |

## CIUDAD REAL.

- |  |  |
|--|--|
| 36.—Alcázar de San Juan.                           | 491.—Pedro Muñoz.  |
| 48.—Almadén.                                       | 567.—Almodóvar del Campo (Colegio de segunda enseñanza). |
| 59.—Almagro.                                       | 698.—Villarrubia de los Ojos (Círculo obrero).           |
| 126.—Almodóvar del Campo.                          | 728.—Calzada de Calatrava.                               |
| 132.—Santa Cruz de Mudela.                         | 739.—Campo de Criptana.                                  |
| 232.—Villanueva de los Infantes.                   | 774.—Corral de Calatrava.                                |
| 298.—Sociedad de instrucción para la clase obrera. |  |
| 449.—Puerto Lápiche.                               |  |

## CÓRDOBA.

- |                     |  |
|---------------------|--|
| 30.—Pozo Blanco.    | 445.—Aguilar.                                |
| 68.—Puente Genil.   | 454.—Villanueva de Córdoba.                  |
| 89.—Ovejo.          | 475.—Villafranca de Córdoba.                 |
| 142.—Villa del Río. | 613.—Baena.                                  |
| 159.—Priego.        | 617.—Montilla (Círculo católico de obreros). |
| 222.—Adamuz.        | 777.—Posada.                                 |
| 254.—Calera.        |  |
| 443.—Belmez.        |  |

## REVISTA CONTEMPORÁNEA

### CORUÑA.

- |                                   |                                       |
|-----------------------------------|---------------------------------------|
| 5.—Puenteceso.— <i>Corue.</i>     | 458.—Cambre.                          |
| 139.—Betanzos.                    | 463.—Escuela de instrucción primaria. |
| 152.—Padrón.                      | 476.—Arteijo.                         |
| 217.—Puentes de García Rodríguez. | 625.—Órdenes.                         |
| 239.—Noya.                        | 682.—Naren.                           |
| 451.—Puentedeume.                 |                                       |

### CUENCA.

- |                         |                      |
|-------------------------|----------------------|
| 34.—Barajas de Melo.    | 172.—Landete.        |
| 47.—Tarancón.           | 192.—Huete.          |
| 51.—San Clemente.       | 240.—Salmeroncillos. |
| 140.—Valverde de Júcar. | 278.—Pedroñeras.     |
| 162.—Salvacafete.       | 323.—Minglanilla.    |
| 167.—Cañete.            |                      |

### GERONA.

- |                         |                 |
|-------------------------|-----------------|
| 22.—Figueras.           | 489.—Amer.      |
| 378.—Olot.              | 624.—Puigcerdá. |
| 412.—Palafrugell.       | 658.—Ripoll.    |
| 441.—Cassá de la Selva. | 727.—Bañolas.   |
| 457.—Tossa.             |                 |

### GRANADA.

- |                             |                                       |
|-----------------------------|---------------------------------------|
| 20.—Loja.                   | 509.—Almuñecar.                       |
| 82.—Soportujar.             | 665.—Albuñol.                         |
| 87.—Puebla de Don Fadrique. | 706.—Sociedad Económica de A. del P.  |
| 94.—Illora.                 | 726.—Escuela de instrucción primaria. |
| 101.—Huéscar.               | 735.—Escuela Normal de maestros.      |
| 105.—Motril.                | 737.—Alhama.                          |
| 116.—Ugijar.                | 741.—Atarfe.                          |
| 180.—Santa Fe.              | 742.—Gabia la Grande.                 |
| 597.—Establecimiento penal. |                                       |
| 306.—Orgiva.                |                                       |

### GUADALAJARA.

- |                  |                         |
|------------------|-------------------------|
| 23.—Pastrana.    | 358.—Pareja.            |
| 110.—Horche.     | 472.—Checa.             |
| 147.—Cifuentes.  | 492.—Alocen.            |
| 327.—Chiloéches. | 554.—Campillo de Ranas. |
| 349.—Humanes.    | 577.—Brihuega.          |

676.—Cogolludo.  
 677.—Uceda.  
 678.—Matarrubia.  
 679.—Valdenoches.  
 680.—Yunquera.  
 681.—Majaelrayo.  
 683.—Lupiana.

684.—Ciruelos.  
 686.—Balconete.  
 704.—Mondéjar.  
 705.—Illana.  
 714.—Budia.  
 724.—Albalate de Zorita.  
 734.—Sigüenza.

## GUIPÚZCOA.

85.—Oñate.  
 355.—Azpeitia.

551.—Biblioteca Municipal.  
 647.—Hernani.

## HUELVA.

31.—La Palma.  
 336.—Trigueros.  
 555.—Ayamonte.

691.—Sociedad Económica de Amigos del País.  
 702.—Moguer.

## HUESCA.

55.—Candasnos.  
 194.—Naval.  
 208.—Ansó.  
 363.—Hecho.  
 366.—Ayerbe.  
 414.—Binaced y Balcarca.  
 452.—Berdun.  
 455.—Jassa.  
 502.—Lastanosa.  
 506.—Aragues del Puerto.

513.—Canfranc.  
 561.—Sariñena.  
 579.—Berbegal.  
 583.—Aso de Sombrerete.  
 589.—Peralta.  
 590.—Tartienda.  
 630.—Robres.  
 648.—Bailo.  
 652.—Baltoña.  
 662.—San Juan.

## JAÉN.

21.—Andújar.  
 65.—Ubeda.  
 75.—Cazorla.  
 77.—Baeza.  
 133.—Ibrós.  
 146.—Linares.  
 176.—Villanueva del Arzobispo.  
 225.—Alcaudete.

238.—Alcalá la Real.  
 245.—Villacarrillo.  
 272.—Arjonilla.  
 360.—Iznatoraf.  
 361.—Mancha Real.  
 388.—La Carolina.  
 404.—Bailén.  
 553.—Baños de la Encina.

## LEÓN.

8.—Villamartín de D. Sancho.  
 12.—Astorga.

56.—La Bañeza.  
 63.—Cacabelos.

80.—Valderas.  
84.—Hospital de Orbigo.  
134.—Pola de Gordón.  
136.—Ponferrada.  
141.—Riaño.  
156.—Matanza.

164.—Sahagún.  
250.—Villaquegida.  
299.—Galleguillos.  
430.—Santiago de Millas.  
713.—Bembibre.  
766.—Caboalles de Abajo.

## LÉRIDA.

17.—Cervera.  
193.—Solsona.  
204.—Granadella.  
437.—Agramunt.  
439.—Pons.

440.—Biosca.  
442.—Artesa de Segre.  
469.—Escuela de Instrucción prim.<sup>a</sup>  
638.—Sociedad literaria y de Bellas artes.

## LOGROÑO.

43.—Alfaro.  
53.—Arnedo.  
103.—Ezcaray.  
117.—Calahorra.  
286.—Logroño.  
337.—Navarrete.

352.—Haro.  
369.—Torrecilla de Cameros.  
410.—Casa-la-reina.  
420.—Canales de la Sierra.  
661.—Soto de Cameros.  
732.—Munilla.

## LUGO.

19.—Rivadeo.  
158.—Chantada.  
390.—Monforte.  
422.—Vivero.  
524.—Sarria.

619.—Villanueva de Lorenzana.  
701.—Sociedad Económica de A. del P.  
755.—Mondofiedo (Sociedad de obreros).

## MADRID.

2.—Carabanchel Alto.  
11.—Valdemoro.  
49.—Colmenar de Oreja.  
60.—Navalcarnero.  
62.—Chinchón.  
78.—Alcalá de Henares.  
97.—Colmenar Viejo.  
114.—Campo Real.  
145.—Villanueva de la Cañada.  
157.—Leganés.  
177.—Collado Villalba.  
181.—Aranjuez.

187.—Ajilvir.  
197.—Valdemorillo.  
289.—Chapinería.  
294.—Villa del Prado.  
329.—El Molar.  
341.—San Martín de Valdeiglesias.  
369.—Pinto.  
377.—Torrejón de Velasco.  
474.—Estremera.  
483.—Villarejo de Salvanes.  
556.—Mejorada del Campo.  
557.—Brunete.

- 558.—El Pardo.  
 607.—Establecimiento penal de la Moncloa.  
 609.—Alcalá (Penal de hombres).  
 611.—Alcalá (Penal de mujeres).  
 690.—Villaverde.  
 696.—Torrelaguna.  
 729.—Villaviciosa de Odón.

## MÁLAGA.

- 32.—Canillas de Aceituno.  
 150.—Cómpeta.  
 166.—Velez Málaga.  
 296.—Torrox.  
 637.—Sociedad Económica de A. del P.  
 644.—Antequera (Centro Industrial).  
 646.—Antequera (Círculo Recreativo)  
 720.—Alhaurín el Grande.  
 775.—Archidona.

## MURCIA.

- 13.—Bullas.  
 216.—Cehegín.  
 261.—Mazarrón.  
 283.—Lorca.  
 285.—Pozo Estrecho.  
 319.—Moratalla.  
 518.—Cieza.  
 563.—Cartagena (Sociedad Económica de A. del P.).  
 603.—Círculo Industrial de Murcia.  
 606.—Cartagena (Establecimiento penal).  
 650.—Escuela municipal.

## NAVARRA.

- 10.—Isaba.  
 693.—Aoiz.  
 695.—Lumbier.  
 697.—Aibar.

## ORENSE.

- 39.—Castro de Caldelas.  
 67.—Puebla de Tribes.  
 196.—Junquera de Ambia.  
 212.—Viana del Bollo.  
 220.—Rivadavia.  
 267.—Guinzo de Limia.  
 303.—Paderme.  
 500.—Cortegada.  
 542.—Carballino.  
 545.—Maside.

## OVIEDO.

- 41.—Vega de Rivadeo.  
 64.—Rivadesella.  
 83.—San Tirso de Abrés.  
 106.—Avilés.  
 149.—Llanes.  
 179.—Cangas de Onís.  
 182.—Parrés.  
 115.—Infiesto.  
 224.—Oviedo.  
 242.—Pendueles.  
 280.—Castropol.  
 287.—Nueva.  
 291.—Celorio.  
 339.—Cus.  
 350.—Libardón.  
 354.—Villaviciosa.  
 481.—Pola de Allende.  
 497.—Cangas de Tineo.

- 501.—Rivadecera.—*Colombres*.  
 511.—Luarca.  
 562.—Hospicio provincial.  
 565.—Borbolla.  
 574.—Villacondide.—*Coaña*.  
 703.—Cudillero.  
 767.—Muros de Pravia.  
 711.—Candas.  
 715.—La Folguera.—*Langres*.  
 758.—Arriondas.—*Parres*.  
 773.—Libardón.—*Colungas*.

## PALENCIA.

- 52.—Palencia.  
 131.—Saldaña.  
 268.—Guardo.  
 273.—Fuentes de Valdepero.  
 311.—Revenga.  
 312.—Carrión de los Condes.  
 315.—Paredes de Nava.  
 342.—Herrera del Río Pisuerga.  
 351.—Vertavillo.  
 376.—Villarramiel de Campos.  
 385.—Frechilla.  
 408.—Dueñas.  
 438.—Alar del Rey.  
 550.—Ampudia.  
 568.—Torquemada.  
 578.—Ateneo de Palencia.  
 635.—Grijota.  
 643.—Becerril de Campos.  
 656.—Frómista.  
 719.—Santoyo.  
 721.—Cisneros.

## PONTEVEDRA.

- 24.—Vigo.  
 112.—La Guardia.  
 160.—Puentearreas.  
 186.—Moraña.  
 188.—Tuy.  
 247.—Redondela.  
 300.—Mondáriz.  
 397.—Rosal.  
 498.—Estrada.  
 664.—Bayona.  
 709.—Caldas de Reys.

## SALAMANCA.

- 25.—Béjar.  
 45.—Peñaranda de Bracamonte.  
 88.—Alba de Tormes.  
 92.—Paradinas.  
 95.—Ledesma.  
 107.—Rágama.  
 138.—Villar de la Yegua.  
 165.—Cantaracillo.  
 236.—Cantalpino.  
 243.—Saucelle.  
 266.—Sequeros.  
 281.—Sociedad de la Unión Salmantina.  
 288.—Villar de Gallimazo.  
 290.—Tamames.  
 301.—Campo de Peñaranda.  
 316.—San Felices de los Gallegos.  
 322.—Hinojosa del Duero.  
 332.—Miranda del Castañar.  
 335.—Fregeneda.  
 380.—Vilvestre.  
 386.—Sobradillo.  
 391.—Cantalapiedra.  
 398.—Yecla.  
 428.—Boada.  
 448.—Lumbrales.  
 564.—Vitigudino.  
 618.—Béjar (Círculo obrero de instrucción y recreo).

## SANTANDER.

- |   |  |
|---|--|
| 161.—Reinosa.                           | 584.—Castro.                           |
| 170.—Torrelavega.                       | 586.—Laredo.                           |
| 293.—Reocin.                            | 587.—Ampuero.                          |
| 334.—Potes.                             | 596.—Limpías.                          |
| 365.—Polientes.— <i>Valderredible</i> . | 600.—Marrón.                           |
| 372.—Cabezón de la Sal.                 | 608.—Santofía (Establecimiento penal). |
| 473.—Astillero.                         | 629.—La Concha.— <i>Villaescusa</i> .  |
| 492.—Valle de Cabuérniga.               | 632.—Selaya.                           |
| 552.—Hazas en Cesto.                    | 675.—Liérganes.                        |
| 573.—Valdecilla.                        |  |
| 581.—Astillero.                         |  |

## SEGOVIA.

- |                           |                                      |
|---------------------------|--------------------------------------|
| 37.—Santa María de Nieva. | 241.—Fuente de Santa Cruz.           |
| 58.—Bernardos.            | 252.—Fuente Pelayo.                  |
| 198.—Cuéllar.             | 256.—Montejo de Arévalo.             |
| 200.—Zarzuela del Monte.  | 258.—Nava de la Asunción.            |
| 205.—Villacastín.         | 269.—Martín Muñoz de las Posadas.    |
| 213.—Turégano.            | 308.—Santiuste de San Juan Bautista. |
| 223.—Labajos.             | 381.—San Ildefonso.                  |
| 233.—Mozoncillo.          | 628.—Sepúlveda.                      |
| 237.—Carbonero el Mayor.  |                                      |

## SEVILLA.

- |                            |   |
|----------------------------|---|
| 9.—Utrera.                 | 435.—Guadalcanal.                           |
| 99.—Alcalá de Guadaira.    | 512.—Puebla junto á Coria.                  |
| 175.—Arahal.               | 118.—Sociedad Económica.                    |
| 191.—Morón de la Frontera. | 660.—Idem Protectora de Animales y Plantas. |
| 207.—Brenes.               | 688.—Constantina de la Sierra. (Liceo).     |
| 261.—Coria del Río.        | 689.—Asociación de Amigos de los pobres.    |
| 277.—Carmona.              |   |
| 353.—Salteras.             |   |
| 356.—Lebrija.              |   |
| 391.—Estepa.               |   |

## SORIA.

- |                     |                          |
|---------------------|--------------------------|
| 33.—Agreda.         | 210.—Baraona.            |
| 66.—Caltojar.       | 251.—Berlanga.           |
| 119.—Barcones.      | 257.—Sotillo del Rincón. |
| 153.—Burgo de Osma. | 276.—Villasayas.         |
| 174.—Calatañazor.   | 320.—Langa.              |

- |                             |                                   |
|-----------------------------|-----------------------------------|
| 330.—San Leonardo.          | 389.—Almajano.                    |
| 343.—Gomara.                | 416.—Vinuesa.                     |
| 375.—Villavicencio.         | 482.—Gallinero.                   |
| 383.—Morón.                 | 636.—Almazán (Casino de obreros). |
| 384.—Valdeavellano de Tera. |                                   |

## TARRAGONA.

- |                                  |                              |
|----------------------------------|------------------------------|
| 16.—Montblanch.                  | 436.—Dosaignas.              |
| 98.—Vilaseca de Selcina.         | 569.—Valls.                  |
| 169.—Porrera.                    | 594.—Establecimiento penal.  |
| 178.—Uldecona.                   | 614.—Santa Bárbara.          |
| 209.—Sarreal.                    | 615.—Cenia.                  |
| 219.—Ateneo obrero tarraconense. | 634.—Reus (Centro Católico). |
| 275.—Tortosa.                    | 640.—Roquetas.               |
| 429.—Falset.                     | 712.—Cornudella (Ateneo).    |
| 433.—Montroig.                   | 740.—Vendrell.               |

## TERUEL.

- |                             |  |
|-----------------------------|--|
| 54.—Cella.                  | 507.—Rillo.                                      |
| 81.—Mora de Rubielos.       | 631.—Olietz.                                     |
| 189.—Molinos.               | 657.—Santa Eulalia.                              |
| 260.—Torrecilla de Alcañiz. | 673.—Alcañiz.                                    |
| 279.—Montalbán.             | 700.—Sociedad Económica de Ami-<br>gos del País. |
| 326.—Calamocha.             | 765.—Albarracín.                                 |
| 328.—Monreal del Campo.     |  |

## TOLEDO.

- |                               |                                     |
|-------------------------------|-------------------------------------|
| 38.—Quintanar de la Orden.    | 314.—Yébenes.                       |
| 69.—Talavera de la Reina.     | 324.—Herreruela.                    |
| 93.—Huerta de Valdecarábanos. | 357.—Torre de Esteban Hambram.      |
| 96.—Yepes.                    | 371.—Orgaz.                         |
| 113.—Mora.                    | 379.—Ajofrín.                       |
| 127.—Lillo.                   | 382.—Madrideos.                     |
| 201.—Urda.                    | 424.—Lagartera.                     |
| 211.—Sonseca con Casalgordo.  | 465.—Caleruela.                     |
| 226.—Torrijos.                | 468.—Corral de Almaguer.            |
| 231.—Carranque.               | 484.—Esquivias.                     |
| 234.—Calera.                  | 488.—Santa Cruz de la Zarza.        |
| 255.—Novés.                   | 520.—Illescas.                      |
| 302.—Oropesa.                 | 549.—Consuegra.                     |
| 304.—Vargas.                  | 605.—Ocaña (Establecimiento penal). |
| 305.—Alcaudete de la Jara.    | 692.—Nombela.                       |

## VALENCIA.

- 1.—Escuela de artesanos de Valencia.  
 70.—Requena.  
 76.—Utiel.  
 91.—Chelva.  
 154.—Paterna.  
 171.—Catarroja.  
 229.—Picasent.  
 248.—Cuart de Poblet.  
 282.—Sagunto.  
 400.—Enguera.  
 461.—Buñol.  
 582.—Villada.  
 592.—Establecimiento penal de San Agustín.  
 593.—Establecimiento penal de San Miguel.  
 621.—Buñol.  
 649.—Chulina.  
 723.—Sociedad de socorros de maestros carpinteros.  
 725.—Alberique.  
 731.—Escuela de niños de la casa de Beneficencia.  
 736.—Grao (Casino de labradores).  
 778.—Casino de labradores de la Huerta.

## VALLADOLID.

- 27.—Medina del Campo.  
 57.—Pozáldez.  
 90.—Tordehumos.  
 102.—Tordesillas.  
 148.—Crocós.  
 183.—Torrecilla de la Orden.  
 190.—Zaratán.  
 230.—Nava de la Libertad.  
 235.—Tudela de Duero.  
 249.—Melgar de Arriba.  
 270.—Vecilla de Valderaduey.  
 309.—Trigueros.  
 347.—Matapozuelos.  
 364.—Villavicencio.  
 395.—Peñafiel.  
 406.—Cabezón.  
 460.—Olmedo.  
 559.—Mayorga.  
 575.—Villanubla.  
 599.—Establecimiento penal.  
 623.—Boecillo.  
 655.—Casasola de Arión.  
 750.—Piña de Esgueva.  
 777.—Peñaflor.

## VIZCAYA.

- 3.—Plencia.  
 61.—Berinco.  
 244.—Portugalete.  
 566.—Casa de misericordia.  
 730.—Guernica y Luno.  
 766.—Balmaseda.  
 767.  
 768. } Escuelas municipales.  
 769. }  
 787. }  
 771.—Matamoros (minas de Somorrostro).  
 772.—Baracaldo.

## ZAMORA.

- |                                       |                                   |
|---------------------------------------|-----------------------------------|
| 15.—Benavente.                        | 310.—La Torre del Valle.          |
| 64.—Villalpando.                      | 313.—Moraleja del Vino.           |
| 135.—Toro.                            | 331.—Távora.                      |
| 203.—Revellinos.                      | 387.—Pobladura del Valle.         |
| 253.—Barrio de San Frontis de Zamora. | 487.—San Cristobal de Entreviñas. |

## ZARAGOZA.

- |  |   |
|--|---|
| 14.—Calatayud.                             | 418.—Arrabal de Zaragoza.                   |
| 86.—Borja.                                 | 478.—Alagón.                                |
| 109.—Ateca.                                | 486.—Escuela de San Jorge.                  |
| 115.—Paracuellos de Giloca.                | 490.—Escuela de San Blas.                   |
| 118.—La Almunia de D. <sup>a</sup> Godina. | 495.—Escuela práctica agregada á la Normal. |
| 120.—Nuévalos.                             | 503.—Escuela de párvulos.                   |
| 121.—Tarazona.                             | 515.—Zuera.                                 |
| 122.—Mediana.                              | 517.—Peñaflor.                              |
| 124.—Caspé.                                | 519.—Villanueva del Gállego.                |
| 130.—Pina.                                 | 521.—Burgo de Osma.                         |
| 195.—Epila.                                | 523.—Monzalbarba.                           |
| 202.—Maella.                               | 525.—Juslibol.                              |
| 214.—La Almolda.                           | 527.—Torrecilla de Valmadrid.               |
| 262.—Tauste.                               | 570.—Cariñena.                              |
| 264.—Nonaspe.                              | 598.—Establecimiento penal.                 |
| 318.—Miedes.                               | 622.—Alpartir.                              |
| 325.—Villalengua.                          | 627.—Ejea de los Caballeros.                |
| 364.—El Frasco.                            | 708.—Calatorao.                             |
| 423.—Aranda de Moncayo.                    |   |

Estas 746 bibliotecas suman en junto hasta 171.083 volúmenes.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

(Se continuará.)



## CAUSAS DE LA ASCENSIÓN

### DE LA SAVIA.



SOBRE esta interesante cuestión ha efectuado notabilísimos trabajos el Dr. Boehm, de los cuales nos proponemos dar una ligera idea.

Entre las diversas sustancias alimenticias necesarias para el buen desarrollo de las plantas, desempeña el agua el papel más importante. Prescindiendo ahora de que más de la mitad de la planta está constituida por agua, nos fijaremos en que sirve como vehículo á las materias minerales, que forman parte integrante del organismo vegetal. Las plantas obran de la misma manera que una esponja de la cual se halle una parte dentro del agua. A medida que se evapora el agua que llega á las hojas, es reemplazada por la que corre de abajo á arriba. La cantidad de agua que un árbol envia á la atmósfera seca y en movimiento durante un día de verano, se eleva á muchos litros y ha de ser sustituida por la que absorben las raíces. Boehm no estudia cómo pasa el agua del suelo á las raíces, concretándose á investigar las fuerzas que la hacen subir desde las raíces á las hojas y el camino que recorre.

Para formarse idea clara de las fuerzas por cuya acción el agua, con las sales en ella disueltas, pasa de las raíces á las

hojas, es necesario considerar ante todo el objeto y la dirección de la corriente de savia y la estructura elemental de los órganos en que se mueve.

Las observaciones efectuadas en los cortes trasversales de plantas normalmente desarrolladas, demuestran que las sustancias asimiladas por la corteza son descendentes, y que los jugos no elaborados absorbidos por las raíces son ascendentes. Sabido es que la madera de las dicotiledóneas está formada por células y vasos. Los vasos son, por lo general, canales alargados que recorren sin interrupción la planta entera y que no se comunican lateralmente entre sí. La creencia de que el agua sale de éstos por la capilaridad carece de fundamento, como se ve observando las coníferas que no los tienen, y el fenómeno de que en las dicotiledóneas no se marchitan las hojas, si á los lados opuestos del tronco se dan dos cortes que rompan la continuidad de los vasos. Luego el movimiento de la savia se efectúa en las células y no en los vasos. Conocido el fenómeno de la *endósmose* y *exósmose*, nadie dudó, desde hace veinte años, que la ascensión se produjese por diferencia de concentración de los jugos contenidos en las células. Ciertamente que muchos fenómenos se fundan en este hecho, como, por ejemplo, las distintas secreciones y la turgencia de los órganos jóvenes.

La mayor parte de los fisiólogos consideran el movimiento del agua causado por la transpiración de las células túrgidas de las hojas, como un fenómeno de naturaleza puramente osmótica. A causa de la continua formación de materias orgánicas en las células asimiladoras, debería ser siempre de tal intensidad la tensión osmótica, que el agua procedente de las células inmediatas reparase las pérdidas producidas por la transpiración. Lo erróneo de esta opinión lo atestiguan los hechos siguientes:

1.º El movimiento del agua producido por la ósmose, debida á la diferencia de tensión, se efectúa con bastante lentitud.

2.º Las células que transpiran directamente, esto es, las de la epidermis, carecen generalmente de clorofila, por lo que no pueden asimilar ni crear materias capaces de produ-

cir una difusión osmósica. El líquido contenido en las células de la epidermis sólo difiere en apariencia del agua, y de ahí que no sea posible concentrarlo por la evaporación.

3.º Si se efectuara por ósmose el reemplazo del agua evaporada, entonces las hojas de las plantas que asimilan en sitios húmedos deberían hallarse cubiertas por el agua segregada y los meatos intercelulares llenos de aquel líquido, lo cual no se ha observado nunca.

4.º En una planta verde colocada en un sitio húmedo y oscuro, las diferencias de tensión osmósica en las células de las hojas deberían irse igualando poco á poco, puesto que las sustancias que obran osmósicamente habrán sido consumidas en parte y en parte conducidas al tallo; pero las hojas se conservan frescas si la planta sustraída por algún tiempo á la influencia de la luz se expone al aire seco.

5.º Si el movimiento del agua en las hojas fuese causado por la diferencia de concentración del contenido de las células inmediatas, debería ocurrir lo mismo en los tejidos parenquimatosos, lo cual nadie se atreverá á sostener.

Porque si es claro que el movimiento del agua en las hojas no se debe á diferencia osmósica de presión, lo mismo ocurrirá, con mayor motivo, en la madera, cuyas células, cuando se verifica una traspiración fuerte, tienen en general casi sólo agua.

Hasta estos últimos años se creía que la fuerza de absorción de las raíces era capaz de elevar el agua hasta la copa de los árboles. Muchos hechos se oponen á tal opinión, y fué imposible demostrar semejante presión. Si cuando la vid está cubierta de hojas se corta una de sus ramas, no se observa emisión de agua, sino más bien una absorción.

Habiendo descubierto Jamín en 1860 la fuerza que hace sea absorbida el agua por algunos cuerpos porosos—creta, óxido de zinc, almidón, etc.,—expuso la idea de que quizás de una manera análoga se efectuase la ascensión de la savia en las plantas. Los vasos, relativamente anchos, no pueden servir como espacios capilares, pero sí las paredes de las células. Esta hipótesis, sostenida con entusiasmo por los naturalistas de entonces, se tiene hoy por axioma.

Como es natural, las paredes de las células por donde corre la savia contienen agua. Según la opinión de Nægeli, debe admitirse que aquéllas constan de moléculas sólidas diversamente conformadas, las cuales no se tocan directamente porque se hallan revestidas de una capa acuosa, de espesor determinado. Los espacios llenos de agua, que se llaman intersticios moleculares, disminuyen con la desecación y acaban por desaparecer, aproximándose entre sí las moléculas cada vez más. Por la disminución que al desecarse experi-

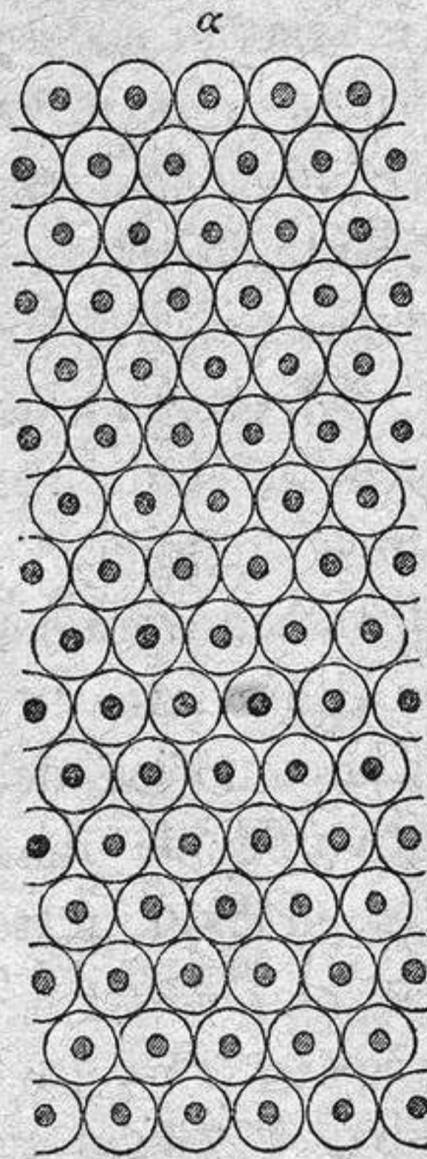


Figura 1.<sup>a</sup>

mentan las paredes celulares, puede deducirse la cantidad de agua que contenían. Véase la figura 1.<sup>a</sup>, en la cual se han dibujado muy grandes los invólucros líquidos de los núcleos sólidos.

La propiedad que tienen las paredes de las células, de recuperar por una parte el agua que pierden por otra, sin cambio de la presión, se llama poder de absorción.

Admitiendo que es considerable la atracción entre el núcleo y el agua que lo envuelve, está fuera de duda que el mo-

vimiento del agua en los intersticios moleculares de la pared embebida, se efectúa de la misma manera, es decir, siguiendo las mismas leyes que en los vasos capilares; y de ahí que sea enorme la resistencia que la atracción opone á su paso.

Si el agua sólo se moviese en los intersticios moleculares, sería evidentemente más favorable para esta función de la planta que sus tejidos no estuviesen compuestos de células únicamente, sino de una masa análoga á las paredes celulares representadas en la figura 1.<sup>a</sup> La hipótesis de la absorción exige, no sólo que de los involuucros acuosos se pase fácilmen-

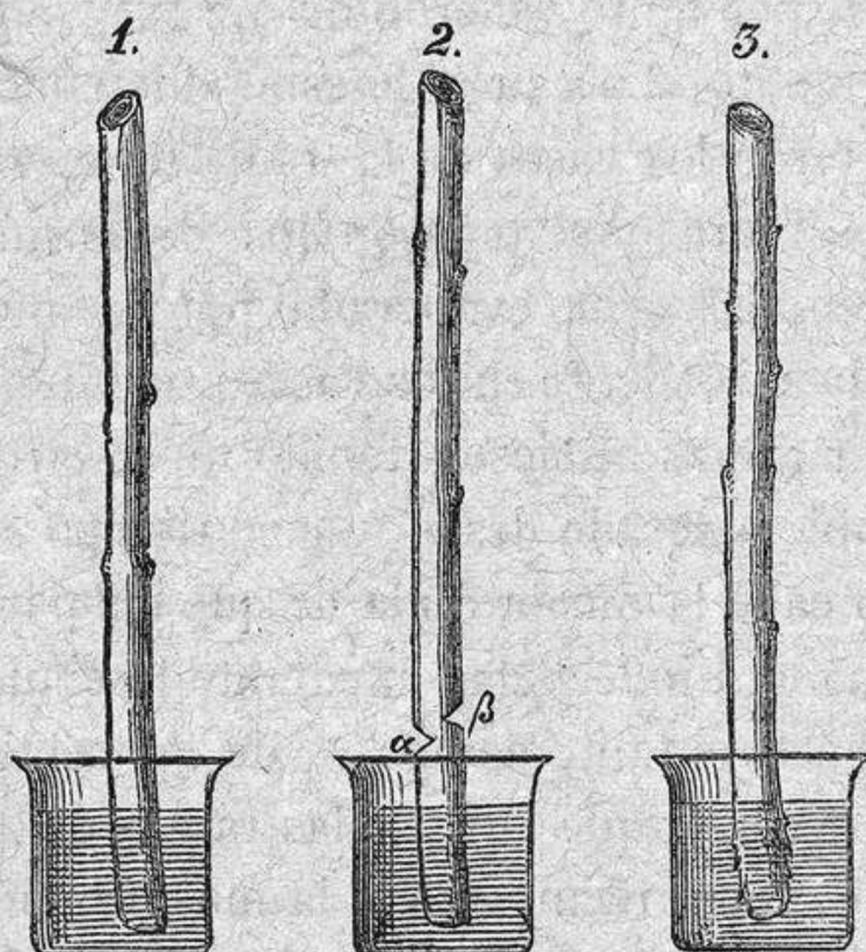


Figura 2.<sup>a</sup>

te á la cavidad celular de las hojas, sino que además estén en movimiento los de las millaradas de moléculas circundantes. Al través de un disco de ébano de un centímetro escaso de grueso, y bajo una presión de más de una atmósfera, no pasa ni una gota de agua en la dirección radial. Hé aquí otro experimento: se descortezaron (figura 2.<sup>a</sup>) tres ramas de sauce (*Salix fragilis*) de 40 centímetros de longitud, inyectándolas agua por medio de la ebullición: á las números 1 y 2 inmediatamente después de cortadas, y á la 3 después de tres meses de sometida al mismo cultivo que el acodo, y se introdujeron por su extremidad inferior en el agua.

Las ramas pesaban el 4 de mayo de 1877, la

Núm. 1.	. . . . .	118,5
» 2.	. . . . .	134,1
» 3.	. . . . .	104,5

El 11 de febrero de 1878:

Núm. 1.	. . . . .	107,6
» 2.	. . . . .	62,9
» 3.	. . . . .	49,7

Las pérdidas, por tanto, fueron de 9,2, 53,1 y 52,4 por 100, respectivamente. La causa de estas diferencias consiste en que se cortaron los vasos de la rama núm. 2 en el punto que indica la figura, y se taparon los de la núm. 3, después del cultivo. El agua evaporada por la núm. 1, fué sustituida por la ascendente en los vasos que funcionan como capilares. Si las ramas hubiesen tenido un metro ó más de longitud, se hubiera secado desde mucho tiempo antes la parte superior. No cabe la menor duda de que las paredes de las células de la madera inyectadas mediante la ebullición sean capaces de embeberse tanto como las de las células vivas, y por eso sería imposible que aun en las ramas de 40 centímetros de longitud, fuese reemplazada la más pequeña cantidad de agua evaporada por la parte superior. También las hojas de las ramas de las salicíneas criadas en el agua se secan en cuanto se las separa de las raíces.

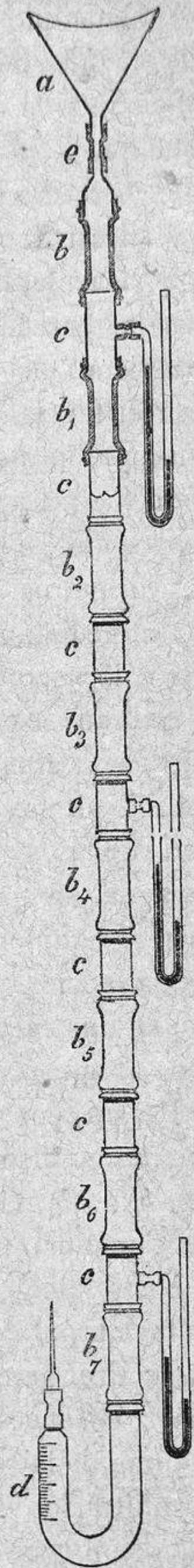
Si en la subida de la savia sólo se moviese el agua de absorción, no podría hallarse este líquido en las cavidades celulares y en los vasos. Durante la transpiración, sería imposible, porque al perder agua, las paredes de las células, ávidas de ella, la tomarían de las cavidades celulares. Cesando la transpiración, esto es, en el invierno y también en el verano, después de cubrirse de hoja las plantas, los núcleos sólidos se rodearán de una envoltura líquida proporcionada á su naturaleza y magnitud, pero la separación al exterior del agua de las cavidades celulares sería absolutamente imposible.

Boehm combate la creencia de que las células de la made-

ra no contienen más que aire durante la transpiración viva de las plantas, y que por el invierno tienen aire y agua. ¿Cómo—pregunta—puede llegar el agua á las paredes celulares si el movimiento de la savia depende de la absorción? Concluída la transpiración foliácea, parte de los vasos se llenan también de líquidos, sin que por eso impidan la absorción de líquidos mezclados con agua por medio de cortes dados en las ramas.

Con lo expuesto cree Boehm haber demostrado claramente que la subida de la savia por los tejidos parenquimatosos no se debe en modo alguno á la diferencia de tensión producida por la ósmose, y tampoco se puede explicar suponiendo que únicamente se mueve el agua de absorción. A seguida—dice—espero probar con hechos que el movimiento de la savia en las plantas que están transpirando, debe considerarse como un fenómeno de infiltración producido por las diferencias de presión en las células.

El aparato representado por la figura 3.<sup>a</sup> sirve para demostrar cómo se produce el movimiento de la savia en los tejidos parenquimatosos de las células. Se compone de una serie de células llenas de agua, separadas entre sí por una membrana animal, cuyas paredes, en parte elásticas, son de vidrio (*c c c*) y de cau-chuc (*b b b*). La célula superior consta de un embudo cuya boca está cubierta por una vejiga de buey replegada muchas veces sobre sí misma. Células de iguales condiciones están en comunicación con manómetros. Para que el aparato pueda funcionar con rapidez, la membrana del embudo lleno de agua, está fuertemente comprimida contra una superficie esférica, y el tubito de cau-chuc *e*, se halla

Figura 3.<sup>a</sup>

herméticamente cerrado por unas pinzas de Mohr. El agua destilada que llena el aparato se acidula con ácido fénico á fin de que se conserven las membranas.

Cuando la cara exterior de la membrana que cubre el embudo  $a$ , pierda agua por evaporación, la tomará de la segunda, merced á su capacidad absorbente; ésta de la tercera, y así sucesivamente. La más interior resarcirá sus pérdidas á expensas del líquido contenido en el embudo. Si fuesen rígidas las paredes laterales del aparato; si las trasversales no existieran y el agua pudiese circular sin necesidad de vencer la resistencia de atracción á su paso, y suponiendo, por último, que la membrana superior en que se efectúa la evaporación fuese impermeable al aire á la presión de una atmósfera, la presión externa levantaría una columna de agua de cerca de 10 metros. Si el aparato estuviese cerrado en  $d$ , se formaría inmediatamente en el embudo un espacio que contendría tan sólo vapor de agua, y la evaporación duraría mientras la membrana estuviese en contacto con el agua. Después de esto, se desecaría. Pero la membrana del aparato no es impermeable al aire bajo fuertes presiones, ni las paredes laterales son rígidas, sino elásticas. Cuando la célula-embudo  $a b$  pierde agua, sus paredes, á causa de la presión exterior, comprimen al líquido en todos sentidos y se produce entonces una cierta tensión. La célula  $a b$  está separada de la  $c b$ , por medio de una membrana que, á la más pequeña presión, deja paso al agua con más facilidad que la primera al aire.

Pasará, por consiguiente, agua de  $c b_1$  á  $a b$ , lo que origina en  $c b$  una disminución de presión y con ella el paso de agua de  $c b_2$  á  $c b_1$ , el cual se efectúa con una rapidez dependiente de la mayor ó menor resistencia que encuentra. Esto se repite hasta la célula extrema inferior del aparato. Si ésta se halla tapada, al desecarse la membrana del embudo  $a$ , dejará pasar aire; pero si la célula inferior puede tomar agua del exterior, entonces sólo entrará aire en la célula-embudo cuando la suma de la resistencia al paso del líquido y de la potencia de infiltración de la columna de agua levantada, sea igual á la presión necesaria para que pase el aire al través de la membrana húmeda.

En el aparato la fuerza de infiltración es naturalmente mayor que en una planta de igual altura, porque siendo muy pequeñas las cavidades celulares, es retenido el líquido en éstas por atracción capilar. Además de esto, opina Boehm que, en los árboles de tronco alto, la fuerza de filtración del agua contenida en las células no sería suficiente para hacer subir la savia si las células contuvieran agua.

No hay duda que en las plantas de tejido parenquimatoso y en los órganos cuyas células están llenas de agua, deben suceder fenómenos análogos á los observados en el aparato, en el cual la membrana resistente externa del embudo corresponde á la pared exterior engruesada de la epidermis. En ambos casos, el movimiento del agua provocado por la transpiración *es función de la elasticidad de las paredes celulares y de la presión atmosférica.*

Las células de las hojas y del tejido parenquimatoso de las *Papayáceas* están completamente llenas de agua, y la elasticidad de sus paredes es incontrastable. Por el contrario, las células de la madera ordinaria, por las cuales sube el agua desde las raíces á la copa, están casi siempre pegadas unas á otras sin intersticios, y, durante la transpiración activa, lo mismo que los vasos, se hallan aparentemente llenas de aire. Si se observa al microscopio en una gota de agua destilada ó saturada de ácido carbónico una sección longitudinal, se ve que las burbujas de aire contenidas en las células se acortan considerablemente, fenómeno que prueba la tenue tensión del gas contenido en los poros de las células de la madera que conducen la savia, lo que se explica por la facultad que tienen las células intactas de absorber muy fácilmente el agua y muy difícilmente el aire. Höhnel demostró que cortando ramas dentro del mercurio, especialmente las tiernas, penetra aquél en los vasos apesar de la resistencia que opone la atracción. La tenue tensión del aire, á veces de sólo 0,3 de la presión atmosférica, contenido en las células y vasos de la madera, únicamente es posible bajo dos condiciones: 1.<sup>a</sup> la pared celular húmeda debe ser del todo, ó casi del todo, impermeable al aire; 2.<sup>a</sup> del agua procedente de las raíces no se puede separar el aire. Estas son las propieda-

des más salientes de la madera conductora, y pronto veremos qué relación guardan con el movimiento del agua.

La figura 4.<sup>a</sup> representa una sección radial-longitudinal de madera no formada. Las filas de células *A* y *A'*, que ya han funcionado, están llenas de agua. En el vaso *G* las paredes transversales están en vías de disolución; en *C* se ven células muy jóvenes con el líquido que primitivamente contienen. A medida que las células superiores de las filas *A* y *A'* pierden agua, disminuye la presión del aire que contienen, y el agua de las células inferiores y de los vasos inmediatos penetra al través de las paredes. Estas células obran á su vez del mismo modo, y así sucesivamente. La diferencia de presión en las células superpuestas y en contacto, es evidentemente proporcional á la resistencia de infiltración; pero

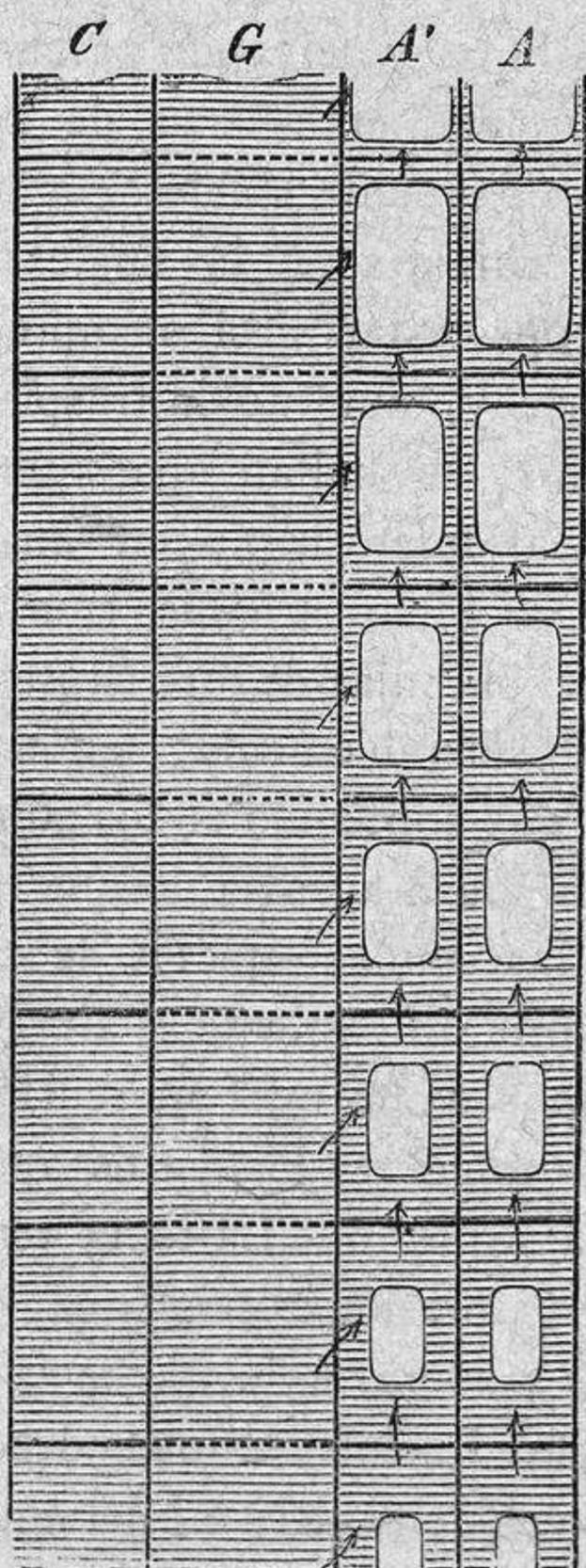


Figura 4.<sup>a</sup>

como ciertas partes de las paredes trasversales son bastante sutiles y delicadas, deberá ser aquélla muy débil. El peso—la tendencia de infiltración de arriba á abajo—de la columna líquida contenida en las células superpuestas, es anulado del todo, parte por las paredes trasversales, pero más aún por la resistencia al paso que se advierte también en los vasos capilares interponiendo entre dos gotas de agua una burbujilla de aire. La absorción de las células superpuestas debe trasmitirse hasta la extremidad inferior de la planta, ó, cuando menos, á los órganos alimentados por la potencia de las raíces, á causa de las diferencias de tensión osmósica.

El agua, que en estado de vapor sale por las hojas, es restituida por la continua filtración de célula en célula del agua que las raíces toman del suelo. El agua de una célula pasa á la inmediata, cuando el contenido de la primera sufre una presión mayor que el de la última.

Lo que se dice del agua absorbida por las raíces es aplicable al líquido primitivo contenido en las células jóvenes y en las partes iniciales de que se componen los vasos. Las experiencias efectuadas demuestran que únicamente los vasos de la madera hecha y las células, en parte sólo, contienen aire; de donde se deduce que en la madera hecha el líquido debe ser sustituido por el aire. De lo expuesto resulta que para que el aire éntre en los vasos, debe tener mayor tensión que la de las células que reciben el agua de aquéllos. Pero si se pregunta de dónde viene este aire y por qué no se equilibra su tensión con la de la atmósfera, no puedo responder—dice Boehm—más que con hipótesis probablemente muy discutibles. La débil tensión del aire de la madera es un hecho bastante enigmático, si se considera la continua necesidad de oxígeno que tienen las células de la madera viva para respirar, y si además se tiene en cuenta que el agua tomada del suelo debe contener, relativamente, mucho aire. No se sabe todavía si las partes constituyentes de la madera al absorber ciertos gases disminuyen ó no su tensión (1).

---

(1) BOEHM, *Ueber die Zusammensetzung der in den Zellen und Gefassen des Holzes enthaltenen*. Luf. Landwirthschaftliche Versuchsstationen, 21 Bd. 1878.

Los partidarios de la teoría de la absorción sostienen que la madera conductora de la savia de las plantas cubiertas de hoja y traspirando, no contiene más que aire, sin poder explicar por qué las células y los vasos de la madera se llenan en parte de agua cuando se impide la traspiración.

Si las células de la madera no contuviesen en todo tiempo más que aire, es claro que deberían soportar la misma presión que los vasos, y deteniéndose la respiración, no penetraría el agua en aquellas cavidades, sino como en las de un cuerpo poroso que tomase agua de la parte inferior.

Del hecho indudable de que, aunque temporal y parcialmente, se llenan de agua las células y los vasos, se sigue que las células de la madera conductora de la savia no pueden nunca estar completamente ocupadas por aire, y que á más de éste deben contener siempre una cierta cantidad de agua, la cual adhiriéndose á las paredes de las células, envuelve en todos sentidos á la burbuja de aire.

Hemos visto que la savia ascendente se filtra de célula en célula á causa de las pequeñas diferencias de presión, y por lo tanto, que en las células superiores la presión será menor que en las inferiores, lo cual se ve en las figuras 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup>, y que el volumen de igual cantidad de aire tomado de arriba á abajo, está en razón inversa de la diferencia de presión y de la cantidad de aire contenido en las células. Si cesa la traspiración no cesan al mismo tiempo la absorción y la subida del agua por la madera; las células superiores roban agua á las inferiores hasta que se establece cierto equilibrio en toda la fila. La igualación completa de las diferencias de tensión en una fila de células no es posible, porque las resistencias que el agua debe vencer á su paso crecen con la distancia al punto de origen. Cuando las células han absorbido cuanta agua les es posible en sus actuales condiciones, entonces se llenan también los vasos, hasta que la tensión del aire en estos elementos de la madera es igual á la de las células (figura 5.<sup>a</sup>). En su consecuencia, pasará agua hasta que la tensión de las células sea igual á la de los vasos.

Por la manera como se efectúa el movimiento del agua se explica, no sólo la causa del conocido hecho de que la ma-

dera contenga en el invierno más agua que en el verano, sino que además resulta que, especialmente durante la transpiración activa, disminuye la cantidad de agua á medida que se aleja de las raíces, dentro de las mismas condiciones. Cuando el árbol se cubre nuevamente de hoja, las células leñosas de la parte superior de la planta ceden cierta cantidad de

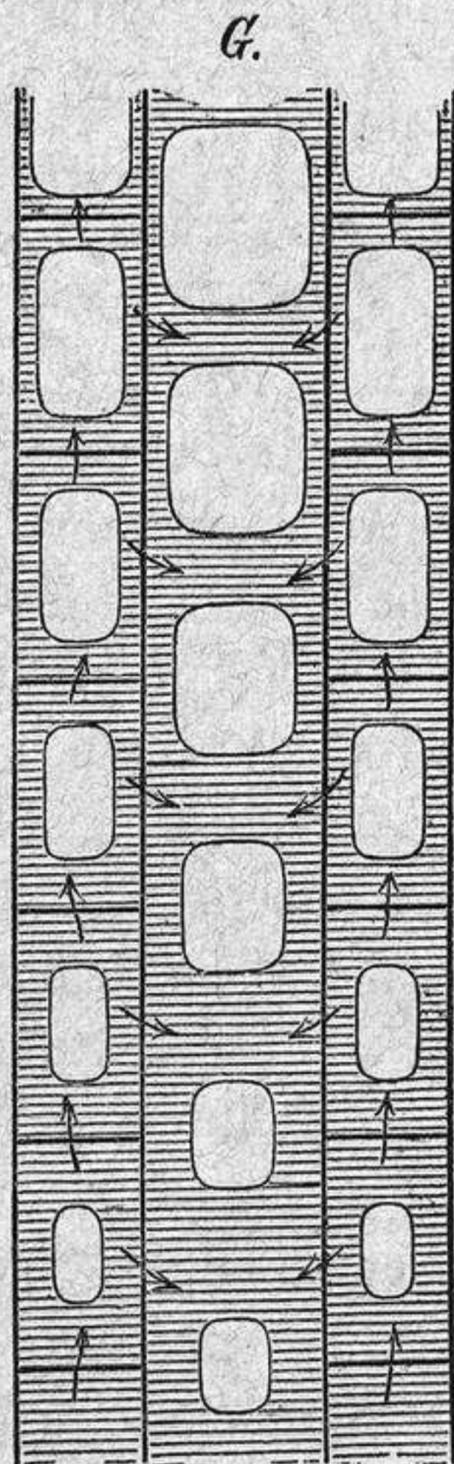


Figura 5.\*

agua, y después se vacían los vasos, sin que sea necesario que las raíces la absorban del suelo.

Ya se indicó antes que por los cortes frescos un gran número de plantas, como, por ejemplo, el plátano, el saúco y todas las pomáceas, absorben agua con avidez. Los fisiólogos que no admiten el movimiento del agua de absorción, creen explicar el hecho diciendo que á causa de la transpiración las paredes celulares quedan con poquísima agua. Pero

este fenómeno se verifica también en el invierno en las ramas no heladas, es decir, en una época en que el agua contenida en la madera es muchas veces mayor que el volumen total de todas las paredes celulares reunidas. No puede, por consiguiente, ponerse en duda el origen de la absorción del agua.

Como se ve en la figura 5.<sup>a</sup>, corte transversal dado en una rama, el aire no puede penetrar profundamente en los vasos á causa de la atracción, si bien las burbujillas de aire, que alternan con gotitas de agua, no tienen más que una débil tensión. Pero si el corte está en contacto con el agua, penetra ésta de célula en célula, y de aquí á los vasos, hasta que la resistencia de atracción es igual á la que el agua debe vencer cuando procede de las raíces. Lo mismo que el agua obran todas las disoluciones concentradas de azúcar ó sales y todos los demás líquidos mezclados con el agua. Que las ramas heladas no puedan absorber ni aun los líquidos permanentes—glicerina ó alcohol—es claro, si se observan las causas de que en su totalidad depende el proceso. En las dichas experiencias, efectuadas en el verano, debe excluirse la influencia de los vasos como tubos capilares, por lo cual ha de cortarse la rama por ambos lados hasta la médula.

Para hacer notar lo inadmisibile que es la opinión de que la riqueza de agua en la madera conductora de una planta depende de un *vis a tergo*, opinión falsa por muchas otras razones, basta fijarse en el hecho siguiente. Si en julio ó agosto, esto es, cuando la traspiración es más activa, se deshoja una rama de tilo ó de arce por su extremidad superior, entonces sólo los vasos de esta parte se llenan de agua y se hacen impermeables al aire, mientras que los de la parte no deshojada se conservan en su primitivo estado.

Si se trata de hacer pasar aire al través de una rama de *Aesculus* de 40 centímetros de longitud, deshojada de antemano; se ve salir de los vasos periféricos una sustancia espumosa que se conserva inalterable al aire libre, y que disuelta en el agua ó en el alcohol no da florescencia alguna.

También está de acuerdo con las causas de la ascensión de la savia, demostradas por Boehm, un interesante fenómeno

observado por Vesque (1), á saber: que cuando la atmósfera que rodea las hojas de una planta se calienta rápidamente, disminuye la absorción del agua por las raíces en mayor ó menor grado, y la transpiración en las partes frondosas aumenta. Cuando, por el contrario, baja la temperatura de la atmósfera, la absorción aumenta. Esto es consecuencia necesaria del cambio de presión en el aire de la madera, ocasionado por el calentamiento y el enfriamiento.

Con lo que precede, deja demostrado Boehm que en los tejidos parenquimatosos llenos de savia, *el movimiento del agua provocado por la transpiración es función de la elasticidad de las paredes celulares y de la presión atmosférica; y que en las células de paredes rígidas, constituye su elasticidad la del aire que contienen*. Hemos visto que la presencia de una cierta cantidad de aire en las células de la madera conductora de la savia, lejos de ser un impedimento para la ascensión de ésta, es un factor indispensable al movimiento.

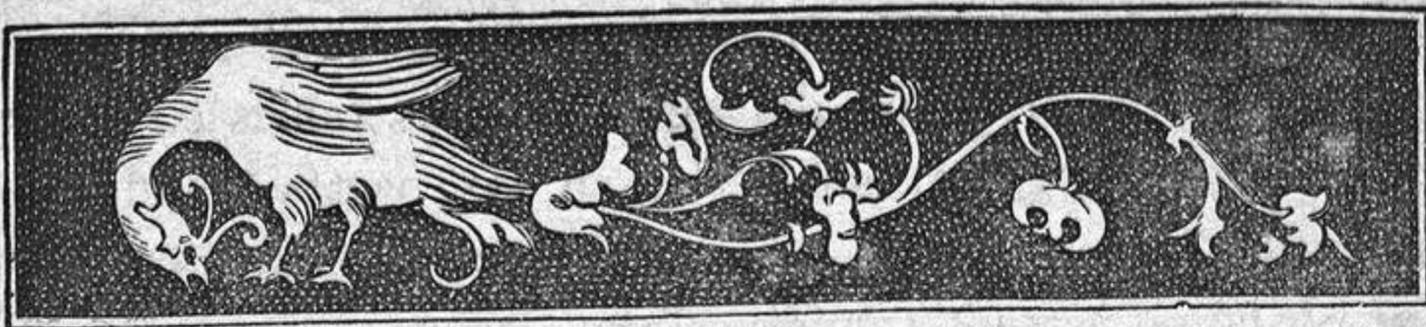
Por consiguiente, observa Boehm, á los que sostienen que las células leñosas de las plantas en plena transpiración, no contienen más que aire, y niegan la presencia del agua, diremos que, fundándonos en las causas de la ascensión de la savia, hace ya quince años, cuando todos los microscopistas sostenían lo contrario, demostramos con claridad incontrovertible que las fibras de las coníferas están cerradas y no abiertas. La posición de la membrana de las cavidades aéreas depende evidentemente de la diferencia de tensión de las dos células inmediatas, y corresponde con la dirección de la savia. La presencia constante de cierta cantidad de agua en las células de la madera conductora de la savia es un hecho indudable que acusa cuán erróneas son todas las opiniones diferentes.

*El movimiento del agua en las plantas, provocado por la transpiración, es un proceso de infiltración que depende de la diferencia de presión en las células inmediatas.*

R. ALVAREZ SEREIX.

---

(1) VESQUE, *De l'absorption de l'eau par les racines dans ses rapports avec la transpiration.*



## NECROLOGIA

---



L 30 del pasado á la una de la madrugada falleció el Excmo. Sr. Teniente general D. Fernando Fernández de Córdoba, Marqués de Mendigorria. Paz á los muertos: justicia para su memoria.

Ilustrado colaborador de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, honrados con su amistad, su muerte es para nosotros una sensible pérdida, tanto más dolorosa, cuanto menos próxima se creía, á pesar de los padecimientos que soportaba con igual entereza que mostró siempre en los campos de batalla.

Triste homenaje obligatorio es para nosotros consignar los hechos de su larga carrera, tal como la verdad los presenta, descarnados de galas retóricas que pudieran alterar la exactitud, prescindiendo de los errores políticos que, según nuestro juicio, oscurezcan algunos, pues sobre ellos están, para quien descansa en la eternidad, los trabajos que ha realizado en bien del País y la consideración de que en el revuelto tráfago de las contiendas civiles es difícil sostenerse al mismo nivel sobre un terreno conmovido hasta en sus fundamentos.

Séanos lícito, imitando al historiador del gran Condé, rasgar las hojas, para nosotros poco gratas, de la crónica del Sr. Marqués de Mendigorria, sin borrar sus títulos, pero

ocultándolas á vuelta de tantos merecimientos como en general se le debe y tanto batallar en favor del Trono y de los principios fundamentales del orden y de la justicia.

Para ensalzar su ilustre abolengo, basta decir que descendía en línea recta del nunca bien ponderado Gonzalo de Córdoba, á quien sus mismos enemigos dieron el sobrenombre de *Gran Capitán*. Vino á Madrid con su madre en edad temprana y se educó en un colegio de la calle de Jardines, teniendo, entre otros, por condiscípulos á D. Juan y D. José de la Pezuela. En el célebre 7 de julio de 1822 ya dió muestras de ánimo sereno, cuando no contaba doce años, saliendo á buscar á sus hermanos, que militaban entre los guardias españolas, corriendo graves riesgos para encontrarlos.

Pronto cambió las pacíficas tareas del estudiante por la agitación de la carrera militar, propia de los varones de su familia.

En 27 de setiembre de 1824 fué nombrado subteniente de Infantería con goce de antigüedad, pero sin sueldo. En octubre de 1825 entró como alférez en granaderos de la Guardia; en 1826 ascendió á teniente de la misma; en 1830 á ayudante del cuarto regimiento; en 1833 recibió el grado de teniente coronel de Infantería; en 1834 ascendió á capitán de la Guardia, y en 1835 recibió el grado de coronel de Infantería sobre el campo de batalla, por su arrojo en una carga á la bayoneta, con la que decidió la victoria en la acción de Artara.

Son muchos los trances de guerra en que lució su valor. En Elizondo, con una compañía de tiradores de Gerona y 30 caballos, sostuvo la retirada contra la vanguardia enemiga, mereciendo por ello la cruz de San Fernando.

Su comportamiento en la batalla de Mendigorria es uno de los más brillantes hechos de su historia militar.

Siempre pronto á combatir, y recogiendo abundante cosecha de lauros, hasta el punto de retar á las mejores tropas enemigas á singular pelea, al modo de los antiguos paladines, como lo hizo en 1.º de noviembre de 1835 con el batallón de guías, al que provocó á lidiar con otro de la Reina, sin que fuese admitida la provocación, fué trasladado á Ma-

dríd en 5 de setiembre del año siguiente, donde contribuyó á sostener el orden en 1837.

Verificado el pronunciamiento de 1840, solicitó la escedencia, que le fué concedida.

Los sucesos del 7 de octubre de 1841, en que tomó parte activa, le obligaron á emigrar, hasta 1843 que se presentó en Cataluña, adhiriéndose al levantamiento contra el Regente, á cuya caída contribuyó mandando la brigada de vanguardia en la acción decisiva de Torrejón de Ardoz.

En 1844 asistió á las operaciones del sitio de Cartagena, contribuyendo, en primer término, á estrechar á los sublevados, ocupando á viva fuerza el arrabal de San Antonio, á pesar del vivo fuego de los castillos.

Aún le faltaba demostrar su valentía contra la traidora lucha de las calles, mas no tardó la ocasión en ofrecérsele en agosto de 1845. Entonces, acompañado sólo de un ayudante y cinco ordenanzas, cargó á los amotinados en la Puerta del Sol y calles inmediatas, consiguiendo restablecer el orden.

Por este merecimiento, unido á los anteriores, se concedió á su señora madre el título de Marquesa de Mendigorria, Vizcondesa de Arlabán, con la cláusula de que á su fallecimiento pasasen los títulos al Mariscal de campo D. Fernando Fernández de Córdoba, títulos que hoy hereda su primogénito D. Luis Fernández de Córdoba.

Llegado el año de 1849, ocupaba el General la Dirección de Infantería, después de haber desempeñado el mando superior en Cataluña, cuando el General Narváez concibió el proyecto de mandar una expedición á Italia en defensa de los derechos del Soberano Pontífice. Al amanecer del 23 de mayo salió de Barcelona la expedición á las órdenes del General Córdoba, que la dirigió con la prudencia y firmeza requeridas en las difíciles circunstancias que suscitaban las vacilaciones diplomáticas del Gobierno francés, sacando á salvo la honra nacional y la dignidad del ejército español.

En la REVISTA CONTEMPORÁNEA ha escrito el Sr. General una obra notabilísima bajo el título: *La revolución de Roma y la expedición española á Italia en 1849.*

En 1864 fué Director general de Artillería, y posteriormente Ministro de la Guerra hasta 1865. Desempeñó también la Dirección general de Estado Mayor.

En 18 de julio en 1854 fué nombrado Presidente del Consejo de Ministros: Ministro de la Guerra por primera vez en 31 de agosto de 1847, volvió á desempeñar la cartera en 17 de julio de 1854, en 21 de julio de 1871 y en 11 de febrero de 1873; por consiguiente, fué el primer Ministro de la Guerra de la República.

En 13 de junio de 1872 fué Presidente interino del Consejo, por ausencia de Ruiz Zorrilla, y el 24 de julio de 1871 Ministro de Estado interino, por dimision del Sr. Martos.

Actualmente vivía consagrado á provechosas tareas literarias, sin salir apenas de su retiro de la calle de Alcalá, donde los cuidados de sus hijos y su ordenado régimen hacían más llevadera la falta de salud al respetable veterano.

A más de la obra citada, se deben á su pluma, entre otras, las que siguen:

*Memoria sobre los sucesos políticos ocurridos en Madrid en los días 17, 18 y 19 de julio de 1854.*

*Consideraciones sobre la organización del ejército español con relación al presupuesto.*

*Contestación á las observaciones del Marqués del Duero sobre la táctica de guerrillas.*

*Mis memorias íntimas*, fragmentos publicados en la *Ilustración Americana*.

Ha muerto á los setenta y cuatro años de edad, cumplidos en 2 de setiembre, y contaba cincuenta y nueve de servicio.

A las diez y media de la mañana de 1.º del corriente se verificó la conducción del cadáver al cementerio de San Sebastián, vestido de uniforme, con el sombrero y la faja, el bastón, la espada y la banda de San Fernando sobre el féretro.

Formaban el cortejo fúnebre gran número de carruajes particulares, y componían el duelo los Sres. Duque de la Torre, Zarco del Valle, hermano de la Marquesa de Mendigorría, y el capellán de la casa.

Celebrada una misa de cuerpo presente, se verificó el enterramiento.

Hombres distinguidos de todas opiniones formaban el acompañamiento, según demostraba la presencia del Ministro de Estado, D. José Gutiérrez de la Vega, los Generales Bermúdez Reina, Guillén Buzarán, Reina, Burgos, Alaminos, Hidalgo y el Marqués del Pico de Velasco, representante del Sr. Marqués de Novaliches.

Reciban los hijos y demás familia del Sr. General Córdova la expresión de nuestro profundo sentimiento.





# DIMITRI ROUDINE

POR

IVAN TOURGUENEF

---

*Continuación (1).*



NATALIA se había cubierto el rostro con las manos y huído hacia la casa. Tan preocupada iba del desenlace inesperado que había tenido la conversación con Roudine, que no notó siquiera que pasaba por delante de Volinzoff, que estaba inmóvil, apoyando la espalda en un árbol. Hacía ya un cuarto de hora que había llegado, y después de ver á Daría en la sala y hablar con ella dos palabras, logró desaparecer para ir en busca de Natalia. Con ese instinto, que es propio de los enamorados, se fué derecho al sitio en que hemos visto á Roudine y á Natalia, llegando al momento mismo en que ésta le retiraba la mano. Volinzoff sintió como un vértigo. Roudine le vió y se aproximó á él. Los dos se miraron fijamente, se saludaron y se separaron después en silencio. «Esto no puede terminar así»—pensaron los dos.

---

(1) Véase la página 344 del tomo XLVII.

Volinzoff se internó en las profundidades del jardín; estaba desesperado y cabizbajo. Sentía sobre el corazón un peso como de plomo, y de repente hervía su sangre en las venas y se despertaba en él una cólera violenta. Roudine había vuelto á su cuarto, pues comenzaba á llover; no estaba tampoco tranquilo: sus pensamientos se precipitaban como en un turbión. En efecto, ¿qué hombre no se turba por el contacto inesperado y la confianza de un alma joven y honrada?

Las cosas fueron muy mal durante la comida; Natalia se hallaba muy pálida, apenas podía sostenerse en la silla y no levantaba los ojos. Volinzoff, que estaba sentado como de costumbre á su lado, se esforzaba por momentos para hablar. Sucedió que Pigassoff comía aquel día en casa de Daría y que hablaba más que todos los demás juntos. Entre otras cosas se empeñó en demostrar que podían dividirse los hombres en dos categorías, como los perros: los hombres de orejas cortas y los de orejas largas. Los hombres que tienen las orejas cortas, bien sea de nacimiento ó por sus propias faltas, son de compadecer, porque nada les sale bien. No tienen confianza en sí mismos. Pero los que poseen orejas largas y bien arregladas son hombres felices. Podrán ser más malos, más débiles que el hombre de orejas cortas, pero no les falta la confianza de sí mismos. Ponen tiesas las orejas, todos les admiran. Yo—continuó dando un suspiro,—pertenezco á la categoría de los de orejas cortas, y lo peor que hay en eso y más me irrita es que yo mismo me las he cortado.

—Eso—interrumpió con negligencia Roudine—viene á decir una cosa que dijo, en otras palabras, mucho antes que vos La Rochefoucauld:—«Ten confianza en tí mismo y los demás creerán en tí.» No comprendo la necesidad de hacer intervenir en todo esto á las orejas.

—Permitid que cada uno se explique como lo entienda conveniente,—respondió Volinzoff, con tono incisivo y los ojos inyectados en sangre.—Se discute sobre el despotismo, y á mi parecer, no hay nada más odioso que el despotismo de esos que se llaman hombres de talento.

Aquella salida de Volinzoff admiró á todo el mundo; nadie dijo una palabra. Roudine le echó una mirada con disi-

mulo, pero sin sostener la mirada de su rival; se volvió, se sonrió sin despegar los labios.

—¡Ay! ¡Ay! Tú también tienes las orejas cortas—pensó Pigassoff.

Natalia creyó desfallecer de miedo. Daría miró á Volinzoff largamente con aire sorprendido, y fué la primera que reanudó la conversación hablando de un perro extraordinario que pertenecía á su amigo el Ministro N\*\*\* N\*\*\*

Volinzoff se retiró poco tiempo después de comer; pero al saludar á Natalia, no pudo menos de decirla:

—¿Por qué tenéis el aire turbado de un reo? Vos no podéis ser culpable á los ojos de nadie...

Natalia no le había entendido nada y sólo le había seguido con la vista. Roudine se acercó á ella antes del té, y apoyándose en la mesa como si leyese un periódico, la dijo á media voz: «Todo esto parece un sueño, ¿no es cierto? Es indispensable que os vea á solas... aunque sólo sea por un instante.»—Se volvió después á Mme. Bóucourt, diciendo: «Ved aquí el folletín que buscabais.»—Después, inclinándose hacia Natalia, continuó en voz baja: «Procurad venir á eso de las diez cerca de la terraza... en el bosque de lilas. Allí os espero...»

Pigassoff fué el héroe de la noche. Roudine le había abandonado el campo de batalla y comenzó primero hablando de uno de sus vecinos, y divirtió mucho á Daría, contando que aquel vecino era tan afeminado que vivió treinta años pegado á las faldas de su mujer; que un día, en el momento de atravesar un arroyo, le había visto él mismo, Pigassoff, llevarse la mano atrás y recogerse las puntas de la levita, como las mujeres se recogen las faldas. Después de esto fué á dar con otro propietario que era primero masón, después misántropo, y que por último quería hacerse banquero.

Pero cuando llegó á su colmo la hilaridad de Daría fué cuando se puso á disertar sobre el amor, asegurando que también habían suspirado por él, y que una alemana de pasiones ardientes le había llamado su pequeño Africano, apetitoso y lánguido. Daría se echó á reír, á pesar de que Pigassoff no mentía, pues tenía realmente derecho de alabarse

de sus éxitos. Afirmó que no había nada más fácil que el hacerse amar de la primera mujer que se encuentra; que basta con repetirla durante diez días seguidos que el paraíso está en sus labios y la beatitud en sus ojos, y que á su lado todas las demás mujeres no son más que verdaderos horrores, para que al once día se diga ella misma que el paraíso está en sus labios y la beatitud en sus ojos, y se enamore del que ha descubierto en ella tantas cosas bonitas. Todo llega en este mundo. Pigasoff tendría tal vez razón. ¿Quién sabe?

Roudine estaba ya en el bosque de las lilas á las nueve y media: apenas habían aparecido las estrellas en las pálidas y lejanas profundidades del cielo; aún había señales de fuego en el Occidente y el horizonte se dibujaba allí más claro y puro. El creciente de la luna brillaba como el oro, á través de los negros troncos y los redondos bosquecillos. Los árboles de alrededor se elevaban como tristes gigantes con mil claros parecidos á ojos, ó bien se confundían en una sombría masa muy apretada. No se agitaba ni una hoja; las altas ramas de lilas y de acacias se alzaban á la suave brisa como si prestasen el oído á alguna voz secreta. La casa proyectaba su sombra en el suelo, y sus largas ventanas iluminadas resaltaban sobre el fondo oscuro en manchas rojizas. La noche estaba apacible y silenciosa; parecía que una aspiración contenida y apasionada se exhalaba misteriosamente de aquel mismo silencio. Roudine estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, escuchando con una extremada atención. Su corazón palpitaba con fuerza y retenía involuntariamente el aliento. A fin se dejó oír un paso rápido y ligero y entró Natalia en el bosque.

Roudine se precipitó á su encuentro y la cogió las dos manos. Estaba fría como la nieve.

—Natalia—la dijo con voz sorda y conmovida,—he querido veros... no podía esperar hasta mañana; me era preciso deciros lo que no sospechaba siquiera, lo que dudaba aún esta mañana. ¡Os amo!

Las manos de Natalia se habían estremecido débilmente en las suyas.

—¡Os amo!—repitió él.—No sé cómo he podido equivo-

carme tanto tiempo... cómo no he adivinado más pronto que os amaba... ¿Y vos? Natalia, respondedme... ¿Y vos?

Natalia apenas podía respirar.

—Ya veis que he venido—dijo al fin.

—¿Decís, decís que me amáis?

—Me parece que sí—murmuró.

Roudine la estrechó otra vez las manos con más fuerza y quiso atraerla hacia sí...

La joven echó una mirada en torno suyo.

—Dejadme, tengo miedo; me parece que alguien nos escucha... Sed prudente por amor de Dios... Volinzoff sospecha algo...

—¡Dios le bendiga! ya veis como ni siquiera le he respondido hoy... ¡Ay, Natalia, qué feliz soy! ¡Ahora nada podrá separarnos!

Natalia elevó los ojos al cielo, y murmuró:

—Dejadme ya, que es tiempo...

—¡Un momento más!

—No; dejadme, dejadme...

—Pues qué, ¿os doy yo miedo?

—No; pero no debo quedarme.

—Repetidme otra vez más...

—¿Decís que sois muy dichoso?—le preguntó.

—Sí; soy el hombre más feliz del mundo. ¿Podíais dudar?

Natalia había levantado la cabeza; su pálido rostro, tan joven, tan noble y tan comovido, estaba hermoso á la débil claridad que venía del cielo nocturno á través de las tinieblas misteriosas del bosque.

—Sabadlo, pues—dijo.—Seré vuestra esposa.

—¡Oh Dios mío!—exclamó Roudine.

Pero Natalia había ya huído. Él se detuvo un momento y después abandonó el bosque muy despacio.

La luna daba en pleno sobre su rostro; una sonrisa plegaba sus labios.

—Soy feliz,—dijo á media voz.—Sí, soy feliz—repitió como si quisiera persuadirse á sí mismo.

Se había puesto muy derecho, y rechazando hacia atrás

sus cabellos marchaba rápidamente, agitando con alegría los brazos.

En aquel momento se abrieron unas ramas en el bosque de las lilas y salió de allí Pandalewski. Miró con precaución á su alrededor, bajó la cabeza, apretó los labios y dijo de una manera significativa: «Si esto es así, es preciso prevenir á Daría.» Y desapareció.

## IX.

Volinzoff había vuelto á su casa tan triste, tan abatido, había respondido de tan mal humor á las preguntas hechas por su hermana y encerrándose tan bruscamente en su cuarto, que ésta resolvió enviar un propio á Lejnieff, que era á quien se dirigía en todas las circunstancias difíciles. Lejnieff la respondió que iría al día siguiente.

A la mañana siguiente no estaba Volinzoff más tranquilo que la víspera. Después del almuerzo había querido primero ir á ver los trabajadores, después mudó de opinión y se extendió en un diván y cogió un libro, cosa que no sucedía sino muy rara vez, pues no sentía por la literatura sino una afición muy moderada: sobre todo los versos le inspiraban verdadero terror.

—Nada hay más incomprensible que la poesía, solía decir, y para confirmar la exactitud de su juicio recitaba unos versos de Aiboulet (1).

Alejandra fijaba inquietas miradas en su hermano, pero no quería aburrirle con sus preguntas. Se detuvo debajo del pórtico un carruaje.

---

(1) Jusque la fin de unes tristes jours,  
Ni la fiere experience ni la voisonnement  
Ne sauront flitris de leurs mains  
Les myosotis sanglants de la vie.

—¡Vamos! Dios sea bendito—pensó,—ahí está Lejnieff.

Entró un criado y anunció á Roudine.

Volinzoff tiró el libro y levantó la cabeza.

—¿Quién está ahí?—preguntó.

—Roudine Dimitri—repitió el criado.

Volinzoff se levantó.

—Hazle entrar—y tú, hermana, déjanos solos—continuó volviéndose á Alejandra.

—¿Pero por qué?—dijo.

—¡Esto no toca más que á mí!—prosiguió enfadado.—Te lo suplico.

Entró Roudine y Volinzoff le saludó fríamente y quedó de pie en medio del cuarto sin alargarle la mano.

—Confesad que no me esperabáis—dijo Roudine colocando su sombrero en el poyo de la ventana.—Le temblaban un poco los labios, pero se esforzaba en disimular su turbación.

—Ciertamente que no os esperaba—respondió Volinzoff—más bien esperaba que viniera algún otro de vuestra parte, después de lo ocurrido ayer.

—Ya comprendo lo que queréis decir—dijo sentándose;—me gusta mucho vuestra franqueza, vale más que sea así. He venido á vos como á un hombre de honor...

—¿No podríais dejar á un lado los cumplidos?—interrumpió Volinzoff.

—Deseo explicaros mi presencia aquí.

—Conociéndonos, ¿por qué no habíais de venir á mi casa, mucho más no siendo la primera vez que me hacéis el honor de visitarme?

—He venido á buscaros como un hombre de honor á otro hombre también de honor—repitió Roudine;—voy ahora á someterme á vuestro propio juicio... Tengo plena confianza en vos.

—¿Veamos de qué se trata?—preguntó Volinzoff, que estaba de pie lanzando sombrías miradas á su adversario y retorciéndose de vez en cuando el bigote.

—Permitidme... He venido para explicarme; pero esto no puede hacerse en dos palabras.

—¿Por qué?

—Porque hay en ello una tercera persona.

—¿Quién?

—Sergio Pawlitch, ¿me comprendéis?

—No comprendo absolutamente nada.

—¿Si gustáis?...

—Me gusta que habléis sin rodeos—le interrumpió el amo de la casa, que comenzaba á no poder reprimir la cólera. Roudine frunció las cejas.

—Con placer... estamos solos... Debo deciros, además, ya lo sabéis probablemente—Volinzoff se encogió de hombros con impaciencia,—debo deciros que amo á Natalia, y que tengo derecho de suponer que soy amado por ella.

Volinzoff no respondió nada, pero había palidecido; volvió la cara y se dirigió hacia la ventana.

—Ya comprenderéis, Sergio—continuó Roudine,—que si yo no estuviese convencido...

—¡Por piedad!—replicó Volinzoff con viveza.—No lo dudo en manera alguna... Y bien, qué... tanto mejor para vos; lo que quisiera saber únicamente es para qué diablos habéis tenido la idea de venirme á contar esta noticia... ¿En qué me concierne? ¿Qué necesidad tengo yo de saber quién os ama ni á quién amáis? No comprendo verdaderamente nada...

Volinzoff seguía mirando por la ventana, su voz era sorda. Roudine se había levantado.

—Voy á deciros por qué me he decidido á presentarme personalmente en vuestra casa, y por qué no me he creído con derecho de ocultaros nuestro... nuestra, nuestra situación. Os estimo profundamente y por eso estoy aquí; no he querido... ni el uno ni el otro hemos querido hacer una comedia en presencia vuestra. Yo conocía vuestro cariño á Natalia... sé apreciaros, creedme. Siento cuán indigno soy de reemplazaros en su corazón; pero puesto que la suerte lo ha decidido así, ¿no vale más obrar con franqueza y con lealtad? ¿No vale más evitar equivocaciones y las escenas semejantes á la que pasó ayer en la comida? A vos mismo os lo pregunto, Sergio.

Este había cruzado los brazos sobre el pecho como si quisiera contener dentro de sí la emoción.

—Sergio—continuó Roudine,—comprendo que os he ofendido... pero haced por comprenderme, y pensad que no teníamos otros medios más que éste de probaros nuestra estimación y que sabemos aprobar vuestra nobleza y vuestra rectitud. Con otra persona cualquiera esta franqueza estaría fuera de lugar, pero es un deber siendo con vos. No es muy dulce el saber que nuestro secreto está en vuestras manos...

Volinzoff se echó á reir, haciendo un esfuerzo visible.

—Muchas gracias por la confianza—exclamó,—pero notad, os lo ruego, que yo no deseo ni conocer vuestro secreto ni confiaros el mío. Disponéis de él como de un bien propio y habláis como si hubierais recibido la misión de otra persona, esto hace suponer que Natalia está prevenida de esta visita y de su objeto.

Roudine se turbó ligeramente al oír estas últimas palabras.

—No, yo no he comunicado mis proyectos á Natalia, pero sé que ella participa de mi modo de ver.

—Todo eso está muy bien,—respondió Volinzoff después de un momento de silencio, durante el cual se había puesto á tocar el tambor en los cristales.—Apesar de esto os confieso que me agradaría el ser menos estimado y á la verdad me importa bastante poco vuestra estimación. Veamos ¿qué me queréis ahora?

—No quiero nada... pero sí quiero una cosa; que no me tengáis por un hombre taimado y astuto; quiero que me comprendáis... Espero que ahora no podréis dudar de mi sinceridad... quiero que nos separemos como amigos... y que me deis la mano como antes.

Roudine se aproximaba á Volinzoff; pero éste se volvió, y dando un paso hacia atrás, le respondió:

—Excusadme: estoy dispuesto á dar pleno crédito á vuestras intenciones; admitamos el que esto sea bello y hasta grande; pero estamos en una familia de gente sencilla y de ninguna manera en estado de seguir el impulso de espíritus tan profundos como el vuestro... Lo que os parece sincero nos parece á nosotros impudencia... Lo que halláis vos sencillo y claro lo encontramos turbio y enredado... Os alabáis de lo que nosotros ocultamos. ¿Cómo hemos de poder com-

prendernos? Perdonadme, pero no puedo contaros en el número de mis amigos ni daros la mano... Es posible que sea mezquina mi conducta; ¿qué le hemos de hacer si yo también soy mezquino?

Roudine había cogido el sombrero, y dijo tristemente:

—Adiós, Sergio, me he equivocado en lo que esperaba. Mi visita es extraña en efecto; pero creía que vos (Volinzoff hizo un gesto de impaciencia)... Perdonadme, ya no hablaré más de esto. Mirándolo bien, creo que tenéis razón y que no podéis obrar de otro modo. Adiós, y permitidme al menos que os asegure, por última vez, la pureza de mis intenciones... Por lo demás estoy convencido de vuestra discreción.

—¡Esto ya es demasiado!—exclamó Volinzoff temblando de cólera;—nunca os he pedido vuestra confianza, y por lo tanto no tenéis ningún derecho de contar con mi discreción.

Roudine quiso decir algo, pero se contentó con hacer con la mano un ademán, saludar y salir después.

Volinzoff se arrojó en un diván, volviendo la cara al lado de la pared.

—¿Se puede entrar?—dijo en la puerta Alejandra.

Volinzoff no respondió inmediatamente y se pasó con disimulo la mano por el rostro.

—No, Sacha—dijo con la voz ligeramente alterada;—espera todavía un poco.

Media hora después volvió Alejandra de nuevo á la puerta del cuarto de su hermano.

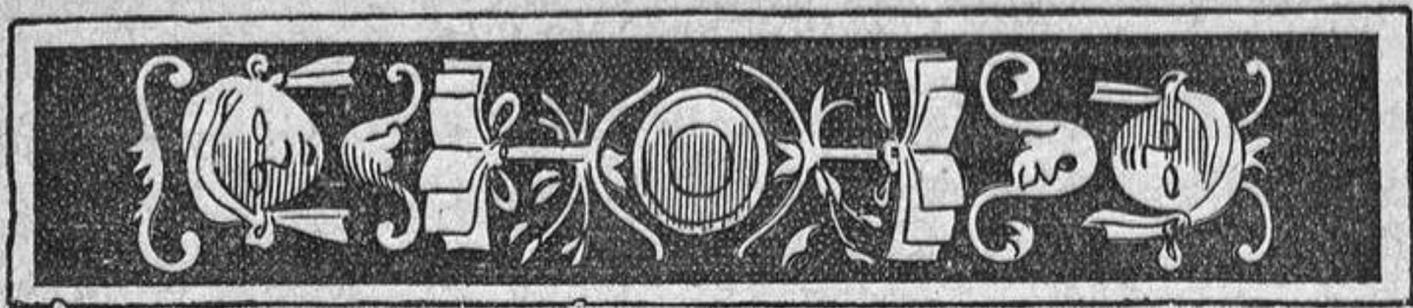
—Ha venido Michail; ¿quieres verle?—le dijo.

—Sí; dile que entre—la respondió.

Lejnieff apareció en seguida.

—¿Qué tienes? ¿Estás malo?—le preguntó sentándose en un sillón al lado de un diván.

(Continuará.)



## REVISTA DE TEATROS

---



A comedia de Dumas titulada *Le demi-monde* apareció con afortunado éxito en el teatro de la Comedia casi al mismo tiempo que la refundición de *San Franco de Sena*, en el escenario de Apolo, coincidencia que nos obliga á reflexionar acerca de la opinión formulada por notables críticos y eminentes escritores, los que á una voz y apoyados en sólidos razonamientos sostuvieron y sostienen aún que tanto á Moreto como á Alarcón les cabe la gloria de haber sido entre los escritores de los siglos XVI y XVII los que, separándose de la norma trazada por sus antecesores, moderaron el culteranismo y el idealismo en el diálogo, redujeron á menores proporciones el enredo, pensaron con más detenimiento y madurez los planes de sus comedias, fijaron los caracteres de los personajes, indicando, si bien ligeramente, que con la naturaleza de éstos y con un interés creciente y bien sostenido, podía desarrollarse el argumento de una obra sin acudir á la complicada trama, al ampuloso diálogo y á recursos inverosímiles y las más veces absurdos.

Si por esto sólo, reunido á su reconocido ingenio, han merecido y merecen hoy justas alabanzas y que sus comedias ocupen un lugar preferente en nuestro teatro clásico, no debe sorprendernos que habiendo caído la época literario-dramá-

tica actual en igual ó parecido defecto, aplauda el público en sus múltiples esferas la versión al castellano de *Le demi-monde*, y comparando nuestro teatro moderno con el francés, advierta una marcada diferencia entre el uno y el otro en lo referente á la producción dramática de Dumas.

En nuestras comedias de hoy ó ha desaparecido por completo el enredo, ó cuando no, se presenta tan oscuro y laberíntico—perdónesenos la frase,—que se necesita un poderoso esfuerzo de atención para llegar á darnos cuenta de lo que sucede, y casi siempre ocurre que nos quedamos á oscuras sin descifrar aquel enigma; si el enredo no existe, entonces un diálogo chispeante y subido de color y una colección de frases colocadas á capricho, ó un sinnúmero de ideas de brocha gorda y pensamientos de relumbrón, constituyen el artificio de la comedia.

En las que pasan nuestras fronteras sin pagar los derechos de arancel á un arreglador que las pone como nuevas, vemos, como en la que nos ocupa, que conformándonos con la opinión emitida por D. Leandro Fernández Moratín, las comedias de carácter—ó alta comedia, como hoy se denomina—«son aquellas en que todos los interlocutores obrando según el carácter conveniente que les dió el poeta, según las pasiones que son verosímiles en ellos, causan la acción, su progreso, nudo y catástrofe,» y añade después «que sin caracteres puede haber comedias de enredo, pero comedias de carácter sin él no pueden existir;» y aludiendo á Luzán en su Poética, prosigue diciendo «que los buenos poetas han compuesto muy pocas obras dramáticas, y éstas con mucho estudio y trabajo, contentándose con un pequeño enredo, y absteniéndose de sucesos muy largos y muy intrincados, por no faltar á lo verosimilitud, y al contrario, los malos é ignorantes poetas, libres de este yugo y de otros á que la observancia de estas leyes obliga, han dado á los teatros centenares de comedias,» de lo que se desprende que la obra de Dumas está dentro de estas condiciones, que con un nudo sencillo y comprensible, con una fiel pintura de los caracteres, con sucesos fáciles y que llegan á todas las inteligencias, el autor francés ha desenvuelto una acción que encanta é

interesa, sin acudir á episodios innecesarios, á pensamientos rebuscados ni á imágenes impropias, notándose sobriedad en el diálogo y naturalidad en los accidentes.

Sentadas estas premisas, cúmplenos manifestar que el *Demi-monde* añade á las condiciones antedichas la no indiferente de no pecar de inmoral, como algunos han supuesto; presenta el vicio, es cierto, pero del curso que sigue el desenvolvimiento del plan y de los elementos precisos en toda composición dramática, artísticamente combinados, resulta una moral irreprochable, y no á espuestas—frase no culta, pero clara,—como en muchas del repertorio modernísimo.

Más inmorales resultan esos dramas embrionarios que vemos diariamente y que parecen estar de moda, en los que la inmoralidad del fondo resalta más y más con la fraseología altisonante y con los pensamientos é ideas que fecundan el diálogo y donde la acalorada imaginación del poeta camina sin reserva de delirio en delirio y de utopía en utopía.

En la comedia de Dumas, Oliver, Susana, Marcela, la Condesa, Mauricio y cuantos interlocutores intervienen en la acción, sienten, hablan y proceden como deben y como cualquiera que se encontrase en su situación, á diferencia de los dramas modernos, que compuestos de parlamentos á manera de discursos y diálogos inconexos, los personajes se mueven bajo la presión y la voluntad del autor, que persigue un objetivo no siempre conforme con la naturaleza del drama en sus diversas manifestaciones.

Pasando á ocuparnos de la interpretación, digna del mayor elogio es la que ha cabido en suerte á la afortunada producción de Dumas; y decimos esto, porque no siendo éste el género que con aplauso cultivan los actores del elegante coliseo de la calle del Príncipe, acostumbrados á decir pero á no hacer, y no olvidándonos tampoco de que el Sr. Valdés ha hecho una traducción casi literal, son, por lo tanto, grandes los esfuerzos y el estudio que ha pesado sobre los actores para salir airoso de su laudable empeño.

Y como quiera que la obra resulta francesa—lo que no es un defecto—en todo, menos en el diálogo y en los intérpretes, de aquí nace el que haya momentos, como en todo el

primer acto, en los que languidece la acción; que también en algunas escenas del segundo se note falta de movimiento, y en el final del tercero y todo el cuarto se advierta una naturalidad forzada, dado el temperamento é indonsincracia de nuestros actores, acostumbrados, como antes dijimos, á recitar diálogos chistosos y á veces picantes, ó cantar en muchos casos estrofas de relumbrón.

Sin embargo, justo es decir que la Tubau, aunque algo exagerada en el modo de accionar y sin marcar el claro oscuro que exigen los afectos contrarios con que lucha, sobre todo en la escena final del cuarto acto, cumplió su cometido; y no es culpa suya, sino consecuencia de las breves indicaciones que antes apuntamos, el que resulte, más que una dama de mundo parisién, la mujer egoísta y fría de la sociedad actual.

El Sr. Sánchez de León se excedió á sí mismo, y dentro del cuadro de actores entre los que figura, está á grande altura, pero en la escena á que nos referimos, dado el carácter de Mauricio Nanjard, debe luchar antes de romper en llanto y manifestarse puerilmente apasionado de una mujer que le engaña y pretende convertirle en instrumento de sus ambiciosas miras, desengaño tan horrible como inequívoco por los antecedentes que se desprenden de la acción y que ofenden su amante delirio, tan digno como mal correspondido.

Mario tiene grandes y envidiables condiciones de director de escena y un verdadero amor al arte que con general aprobación profesa, y no es culpa suya, sino del decidido propósito de alejarse de todo género de imitación, el que no haya dado al personaje de Oliver la flexibilidad que requiere. La Gorriz en el papel de Valentina la Gerra; en el de Condesa de Venieres la Srta. Julia Martínez, y los Sres. Aguirre y Romea en los suyos de Marcelo, Marqués de Toneret, y Brisson, se hicieron acreedores á la benévola acogida que les hizo el público la primera noche de la representación de una obra, en la que el Sr. Valdés, al verterla á nuestro idioma, ha llenado un vacío que hace tiempo se notaba, presentándonos, no sólo un modelo de hacer comedias, sino una

enseñanza práctica, que envuelve un pensamiento altamente social de profundas raíces que invade la sociedad entera y se manifiesta como luminoso faro que alumbra el precipicio á donde conduce una desarreglada existencia combatida por el fuerte impulso de las pasiones.

Aunque tenemos dentro de nuestra literatura patria modelos dramáticos que imitar, como *El tanto por ciento*, y otros que traen á la memoria los nombres de Bretón, Harzenbusch, Fígaro, Rubí, Vega, Gil y Zárate, García Gutiérrez y Zorrilla, no por eso merece menos elogio el Sr. Valdés, por el feliz resultado que ha obtenido en la traducción de *Le demi-monde*.

\*  
\* \*

Al fúnebre son de la campana, como diría un novelista de á 15 céntimos la entrega, se presentó el día de Todos los Santos el *Don Juan Tenorio* en los escenarios de casi todos los teatros; en unos, como en el Español, Martín y Variedades, le tenían dispuesta cómoda y favorecida morada; en otros, como la Zarzuela y Novedades, le improvisaron transitorio hospedaje, y en Eslava le recibieron en caló, con gran asombro de las musas que lo inspiraron.

En el primero, Maza dijo muy bien el protagonista de la leyenda de Zorrilla y se separó en su interpretación del modelo que desde hace algún tiempo á esta parte han imitado nuestros actores, ayudándole en su desempeño la Zapatero, que hizo una Brígida admirable, y la Calderón una muy bonita Doña Inés.

En la Zarzuela, Vico y la Mendoza representaron á dúo el drama, á los ecos del baile *Excelsior* y de *La Tempestad*, que aún resuenan en los ámbitos del coliseo de la calle de Jovellanos.

En los demás se gritó bien y se aplaudió mejor, y cumpliendo la ley de costumbre, público y actores quedaron satisfechos; no sabemos si el autor dirá lo mismo.

\*  
\* \*

Tenemos decidido empeño los españoles en que hemos de servir para todo, y si esto es difícil en las múltiples esferas del arte, las ciencias y la industria, en el canto es poco menos que imposible; pero los empresarios del Teatro Real se han propuesto infringir esa ley, y persisten en que con un tenor, con un barítono, con un bajo y una tiple se pueden cantar todas las óperas del repertorio antiguo y moderno, sin que les hagan cambiar de opinión las desafortadas voces que partían del paraíso en la primera representación de *La Africana*, tomando por blanco de sus injustos tiros á Batissini, artista de mérito, simpático á nuestro público, en extremo estudioso, tan buen actor como cantante, y que, sin embargo, no está dentro de sus condiciones artísticas el *spartito* del Nelusko; pero el empresario dijo que sí, el director también, y de nada sirvió que el público dijera que no, porque el inimitable Sr. Robira no traerá otro barítono, y el auditorio seguirá aplaudiendo á la Tehodorini y Massini, rechazando quizá injustamente á otro artista de valor y mérito; pero eso no es cuenta del empresario, que con el público vive y al que debe complacer, y se seguirá dando el caso, verdaderamente extraordinario, de que se diga que en esta ópera sólo la orquesta y los coros estuvieron á desusada altura.

A la *Africana* sucedió *Rigoletto*. La partitura de Verdi tuvo mejor suerte; Massini y Batissini fueron objeto del más justo entusiasmo; no así la Sra. Valda, que por indisposición de la Sra. Gargano se encargó repentinamente de la parte de Gilda, acto de galantería que no olvidó el público, mostrándose sólo deferente, pero nada más. Los demás artistas, como siempre; no descomponen, pero no aumentan la brillantez del cuadro.

No obstante, considerado el regio coliseo bajo el punto de vista estético, presentaba el aspecto deslumbrador de todas las noches; lástima grande es que la empresa no tome otro camino, porque siguiendo por el que se ha trazado en esta temporada nos hará presumir que el arte ha reñido con la belleza.

\*  
\* \*

Después del *Tenorio* ha reaparecido en el clásico coliseo de la plaza de Santa Ana, *El tanto por ciento*, del inolvidable Ayala, modelo de comedias, como antes dijimos, joya literaria donde el poderoso genio del poeta recogió ese *Demi-monde* de la sociedad egoísta y ambiciosa que se agita por el mundo con el corazón seco y el alma mortalmente herida por la ciega pasión del oro y el agio, y reflejando en ella su colosal talento, la arrojó en medio de sus originales, que al verse fielmente retratados por tan vigorosa y sublime pluma, comprendieron que era ese su único mérito y prorrumplieron en frenéticos aplausos, agradeciendo alguna vez una honra tan injusta como inesperada.

Muchos años han trascurrido y el tiempo no ha marcado su triste huella sobre un monumento literario que, trayendo á la memoria los más insignes dramáticos del siglo XVII, termina con inmarcesible gloria para los españoles la grande obra que aquéllos comenzaran.

Los sublimes pensamientos, magníficas situaciones y el poderoso esfuerzo del autor por contener su indomable imaginación dentro de los preceptos del arte y del rigorismo de la verdad parecieron menos aquella noche en que los ecos del más legítimo entusiasmo se confundieron con los de la noche de su estreno, que aún resuenan dentro de los envejecidos muros del antiguo teatro del Príncipe.

Completó el merecido éxito de que hacemos ligero relato la manera con que la Sra. Cirera interpretó el personaje de la Condesa.

No es una actriz vulgar; de corazón, inspirada, siente lo que dice, y tuvo momentos felices; pero la falta escuela que la haga abandonar ese amaneramiento y sobrealiento que la perjudica en extremo y aminora sus facultades, oscureciendo sus felices disposiciones—defecto que también debe corregir el Sr. Maza. En las escenas en que no se esfuerza, nos pareció muy bien; por eso creemos que en el tercer acto fué en el que estuvo mejor.

Estudiando con fe y separándose del estilo declamatorio que hoy está en boga, no dudamos que quizá en breve espacio de tiempo ocupe un vacío que se observa en la escena es-

pañola desde que desaparecieron de ella la Matilde, Teodora y la Boldún.

El público premió con nutridos aplausos su buen deseo, y comprendió que es una esperanza para el arte.

Los demás actores hicieron cuanto pudieron para no descomponer el cuadro, en especial Maza, Mariano, Altarriba y la Zapatero, que nos recordó sus buenos tiempos de actriz cómica; á los primeros les recomendamos más naturalidad.

\*  
\* \*

En el Circo de Price sigue el género bufo-francés: á la *Mascota* sucedió el *Bocaccio*; los actores cantan, bailan y recitan; el público acude solícito y aplaude con frenesí; la empresa está de enhorabuena y... nada más.

De los demás teatros nos ocuparemos en la próxima Revista, limitándonos á añadir que se preparan varios estrenos; en Novedades, *La carrera del suplicio*; en Martín, *Barro y cristal*, y en la Zarzuela, *La ley más dura*.

RAMIRO.





## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR.



ERÁ verdad, como para negarlo ha dicho en gallarda frase *El Imparcial*, que la presencia de los demócratas en los consejos de la Corona sólo significa entremés divertido ó música de entreacto para distracción del público mientras los personajes de alto coturno se reponen de las abolladuras, magullamientos, cuchilladas, somantas y demás entuertos sufridos que hicieron alterar el orden de la función?

Así lo piensan, por lo visto, los constitucionales, á quienes aún les parece hallarse en pleno dominio de los destinos del país, harto escarmentado y maltrecho de resultas de la desgraciada administración fusionista. Natural es que los hombres de la izquierda protesten, por su parte, de aquella egoísta creencia, saliendo al encuentro del monopolio que de principios y de credenciales pretenden seguir ejerciendo en las esferas del poder los amigos, afines y paniaguados del último Presidente del Consejo de Ministros.

La crisis de octubre ha representado, en efecto, á nuestro juicio, algo más que un mero cambio de personas en la jefatura de los respectivos departamentos ministeriales. Se trata de la sustitución de un grupo del partido liberal, grupo que se ha desacreditado en el Gobierno, por otra falange de ese

mismo partido, más avanzado en ideas, aspiraciones y procedimientos. Claro es, por consiguiente, que la política marcha hoy por distintos derroteros que hasta la formación del Gabinete Posada-Herrera. ¿Podrán, no obstante, llegar á un acuerdo y converger en un punto esas dos parcialidades distintas que al cabo tienen en el fondo una misma representación y reconocen una misma procedencia? Esta será obra de una transición entre ellas, cuyos términos aparecen ya claros y concretos. Véase cómo los precisa autorizadamente el mismo periódico á quien antes hicimos referencia:

«París bien vale una misa, decía el Bearnés. Así como la conquista del sufragio universal bien vale para la izquierda muchas concesiones, no es petición exorbitante para los fusionistas, hijos de la Constitución del 69, el sufragio universal, que á su vez bien vale el concurso, la vitalidad y el crédito ante la Europa culta de la democracia moderna.»

En cuanto al sufragio universal y á la revisión de la Constitución, la izquierda no admite, según se ve, mistificaciones ni tratos que los mutilen.

¿Se aviene la fusión á aceptar una componenda sobre esta base? Creemos que no. De aquí la probabilidad de que la primera sesión de Cortes, cuya apertura se verificará el 15 de diciembre, sea la primera batalla de la mayoría contra el Gobierno. La candidatura para la Presidencia del Congreso puede dar ocasión al rompimiento. El Sr. Sagasta quiere ocupar aquel puesto por derecho propio indiscutible; el Gobierno aspira, como es lógico, á que lo ocupe por designación ministerial. Si así no sucede, derrotado el Ministerio en las Cámaras, surgirá en el acto la cuestión de confianza, esto es, la disolución del Parlamento: y ¿quién recibirá de manos del Rey el decreto de disolución? Por diversos caminos llegamos siempre á este *quid* de la dificultad, como resultado de cuantas hipótesis invita á formular el estado actual de la cosa pública en España. Tal es, realmente (el adverbio lo dice todo), el secreto de la política en estos momentos.

A nadie se oculta que la fusión y la izquierda se alejan cada vez más del término honesto de aquellas relaciones amorosas que durante algún tiempo mantuvieron, ó mejor

dicho, hubo decidido empeño en hacerles mantener. No es posible boda de comedia, donde el desenlace está previsto como catástrofe inevitable... ¿Resucitarán los muertos, viniendo, á imitación del Cid, después de sepultados?

Hay que tener en cuenta que el héroe del Romancero peleaba con los moros. No hay cristiano de estos tiempos que se deje deslumbrar tan fácilmente. El turno liberal quedará consumido con el gabinete Posada.

Porque el problema es muy obvio y muy sencillo. La Corona, ejercitando sabiamente la más trascendental de sus prerrogativas, llamó al poder al partido liberal en la persona de su jefe el Sr. Sagasta, cuando estimó que la misión del partido conservador estaba cumplida por entonces, á pesar de la numerosa mayoría con que éste contaba en los Cuerpos Colegisladores. Poco después, frente á frente del Sr. Sagasta, negando su autoridad y su prestigio entre los suyos, nació una poderosa disidencia con fuerza bastante para disputarle los títulos con que pretendiera personificar la política y las tendencias de la izquierda monárquica. Inhábil además para prever rebeldías como las de Badajoz y La Seo, sin crédito ante el País, cayó bajo el peso de su propia impotencia entre los escombros de la casa solariega... ¿Existen medios para reconstruir esa casa? El Rey ha facilitado la obra, entregando la herencia sagastina, no á otro partido, no á los conservadores, sus sucesores legítimos, sino al mismo partido liberal, representado por los elementos más progresivos.

Si la reconciliación no es un hecho, promovida y amparada en tales condiciones, lo que de ello habrá de deducirse es un axioma ya anteriormente demostrado entre nosotros; que los elementos liberales carecen en España de la educación necesaria para ejercer el mando. ¿Quién sino ellos tendrá la culpa de que en tanto no adquieran aquélla se les niegue éste?

\*  
\* \*

El acontecimiento de la quincena ha sido la publicación de un folleto escrito y firmado por un Sr. Siffler—725—que luego se quita la careta y el capuchón de conjurado para

aparecer simplemente como D. Miguel Pérez, teniente ó subteniente del batallón de reserva de Madrid. Este señor, por lo que él cuenta, fué el inventor y primer organizador de la Asociación republicana militar, puesta desde sus comienzos al servicio de la causa revolucionaria, cuyo dictador y generalísimo es el Sr. Ruiz Zorrilla, maestro acreditado en todo género de maquinaciones y conjuras.

Dos objetos ha querido cumplir el folleto del Sr. Pérez (a) Siffler.

Primero: arrojar alguna luz sobre las causas y peripecias de las abortadas sublevaciones de Badajoz y la Seo de Urgel, debidas al brazo de la Asociación republicana militar.

Segundo: poner en evidencia la deslealtad, la ingratitude y la soberbia del Sr. Ruiz Zorrilla, conspirador del género más vulgar, que da el más negro pago á los que por su causa se sacrifican, y los deja en la indigencia, mientras él se aprovecha del fruto de sus conspiraciones y cobra á la vez cuantiosas subvenciones secretas de los Gobiernos para hacer el *bu* desde suelo extranjero. Todo esto, según el Sr. Siffler.

Curiosa, y en algunos pasajes entretenida, es sin duda la lectura del tal folleto, que puede servir para abrir los ojos á las gentes incautas que no conocen sino de oídas á los conspiradores de oficio y pone al descubierto sus ambiciones, la perfidia con que se tratan entre sí, su menosprecio al país, que quieren hacer víctima y juguete de sus pasiones, la insaciable codicia que los guía, el desdén, en fin, que merecen sus promesas decantados beneficios...

Asegura Siffler que la causa revolucionaria disponía de muchos miles de adeptos, pero se queja de que el Sr. Ruíz Zorrilla no tuvo en cuenta las grandes fuerzas con que contaba en el ejército y en el pueblo, é insistió en su propósito de sublevar dos regimientos en un solo punto. Con este motivo el autor del folleto se expresa del siguiente modo:

«Compañeros asociados: ¿Qué se puede esperar de un jefe que, lleno de cólera y ciego de ira porque no puede sostener por más tiempo el papel de Quijote, que hacía nueve años venía desempeñando, ordena que se lancen á la calle pequeñas fuerzas, teniendo en su mano las necesarias para una

completa revolución? ¿Sería acaso que desconfiaba de los asociados y no creía en la verdad? No...

»El cabello se me eriza sólo al recordar la contestación que á todo me dió y las órdenes verbales que me encargó transmitiese á su representante y al vicepresidente para que juntos los tres las cumpliéramos. Hélas aquí, palabra por palabra y letra por letra:

»Nada, Siffler: cuanto V. me dice y propone sería muy bueno si yo no estuviera escarmentado y convencido de lo que son los militares y de lo que de ellos debo esperar; en el ejército se ha perdido el pundonor, la palabra tan sagrada en otros tiempos no se cumple, no hay fe, ni honra, ni vergüenza, y solo queda la cobardía en los más, la delación en muchos y el engaño en todos, con el objeto de que se les dé dinero para gastárselo, olvidando sus compromisos, como me ha sucedido con Fulano, Zutano, etc., etc.» (Aquí me citó los nombres de muchos generales y jefes á quienes había dado él dinero en varias ocasiones.) Y continuó diciendo: «¿Han hecho esos militares nada nunca? Pues yo me quedé sin el dinero y ellos en disposición de recibir otro tanto si yo hubiese vuelto á cometer la torpeza de creerlos; así es que no estoy dispuesto á dar una peseta á nadie ni para nada; si así lo quieren, seguiré adelante; si no, me retiraré de la política y me iré á Tablada á cuidar de mi hacienda, que está perdiendo mucho, ahorrándome de este modo los inmensos gastos que la política me origina en París, y que yo no puedo sufragar, pues por lo menos dos veces á la semana me invitan y me obsequian, y no tengo más remedio que devolver el convite, aun á riesgo de que mis recursos se agoten.

»No espero más que hasta setiembre, porque no puedo justificar mi permanencia por más tiempo en el extranjero, donde me encuentro abochornado, y para continuar aquí, necesito que uno ó dos regimientos se lancen á la calle, suceda lo que suceda, á fin de demostrar á los Gabinetes extranjeros que el ejército es republicano, que tiene en mí toda su confianza, y que no es verdad, como aquí se dice, que sea partidario de D. Alfonso, y que contra él no se sublevará nunca.

»Conque, amigo Siffler, manos á la obra y que se lancen esos chicos que tan entusiasmados parecen estar en Barcelona. ¿V. cree que se lanzarán?

»Sí, señor—le contesté;—pero no alcanzaremos nada, y el regimiento quedará destrozado, sin que le quede el recurso de huir al extranjero, por la clase de terreno en que se encuentra y por la distancia que hay á la frontera.» «Suceda lo que suceda—replicó el Sr. Ruiz Zorrilla,—lo esencial es que se lancen; adquiriremos prestigio, vendrá después el empréstito, y con dinero abundante y los trabajos preparados, haremos la revolución; cumplidas mis órdenes, V. se viene aquí con su señora, y, una vez que no tiene hijos y puede viajar libremente, pasaremos dos meses en Hendaya, otros dos en Perpiñán y otros dos en otro punto, y seguiremos los trabajos sin necesidad de juntas...»

Según el autor del escrito, que dice haber hecho grandes trabajos en favor de la causa republicana, trabajos que el señor Ruiz Zorrilla ha pagado con la ingratitude más grande, el jefe del partido progresista-democrático tenía ya formado una especie de estado con las tres casillas siguientes:

Primera.—Individuos á quienes fusilaría en cuanto triunfase: General Acosta.—General Beránger.—General Hidalgo.—Sr. Moret y Prendergast.—Sr. Merelo (D. Manuel).

Segunda.—Individuos á quienes recibiría con los brazos abiertos «pero para entregar» sus casas al pueblo: Sr. Sagasta.—Sr. Duque de la Torre.—Sr. Martos.

Tercera.—Individuos á quienes arrojará del partido una vez conseguido el triunfo de la república: General Merelo.—General Socías.—General López Domínguez.—General Izquierdo.—Sr. Llano y Persi.—Sr. Echegaray.—Sr. Muro.

No puede leerse el opúsculo del oficial revolucionario sin experimentar hondo disgusto, pues se ve que al lado de la libertad, mejor dicho, utilizando malamente esta palabra, se fomentan todas las faltas militares, se santifican las miserias y se desprestigia al ejército, cuyo eficaz apoyo sólo sirve para que los agitadores de oficio lo consideren también como despreciable guardia pretoriana.

¿Qué idea formar, por otra parte, del que, para denunciar

culpas ajenas, tiene que empezar por reconoceree cómplice de aquéllas?

\*  
\* \*

La baja persistente de los valores públicos es objeto de tristes y dolorosas consideraciones. Cuando hay Gobiernos que, como los liberales que formaron la situación anterior, derrochan el inmenso caudal de orden y de progreso que heredaron de su antecesor; cuando se fragua una sublevación militar tan extensa y tan honda como la del mes de agosto último, sin que el Gobierno la sospeche siquiera; cuando se puede hablar y se cree posible que haya de alterarse el orden de nuevo, como desde este verano último sucede; cuando los capitales nacionales y extranjeros pasan de la confianza á los recelos; cuando sólo se habla de reformas y de proyectos políticos que alarman á las clases productoras; cuando los agiotistas andan revueltos con los revolucionarios ó éstos con aquéllos; cuando por todas estas circunstancias se ha perdido aquí y fuera de aquí la confianza, y el país vuelve á ser aquel triste país de los pronunciamientos, de los gastos sin tasa, de las rentas en descenso, para acabar por ser el país de las emisiones á granel y el de los cupones sin pagar, los bajistas se arrojan, como vampiros insaciales, sobre los valores públicos, disputándose con repugnante encarnizamiento la sangre de la víctima, que es el crédito y la honra del país.

Dadme buena política y os daré buena Hacienda, exclamaba el Barón Louis; en efecto, suelen caminar juntas, como caminan inevitablemente unidas una mala Hacienda á una mala política, y á ellas sigue unido también, como la sombra al cuerpo, el agio bursátil y el agio no bursátil. Tiene razón el periódico que así lo ha dicho.

El cariz de la política no gusta ni fuera ni dentro de España, y la senda de aventuras que se propone recorrer el Gobierno alarma á todos los intereses. Nos encontramos ahora con que se necesita arbitrar recursos extraordinarios por 80 millones de pesetas, si ha de nivelarse el presupuesto de 1884-85. Esperar en tales condiciones el enaltecimiento del crédito, es pretender lo imposible. Un cambio de situación

que elevase al poder un gobierno fuerte, unido y de gran prestigio, cambiaría desde luego el aspecto del mercado, sin que las cábalas y maniobras de los más hábiles bolsistas pudieran impedirlo.

\*  
\* \*

Como prueba de aquella gran verdad proferida en uno de sus últimos discursos parlamentarios por el Sr. Cánovas del Castillo, al decir al Gabinete Sagasta que la única nueva libertad por el mismo concedida era la libertad de atacar á la Monarquía, debe citarse la manifestación consentida y hasta presenciada por las autoridades de Madrid en honor de don Estanislao Figueras, primer Presidente de la República española, quien falleció en estos días hace un año.

De 2.000 á 3.000 personas, entre actores y curiosos, asistieron al cementerio civil, donde yacen los restos del que, por lo visto, estaba llamado á disfrutar de mayor popularidad en muerte que en vida. Figueras jamás fué ídolo de las masas.

Hubo discursos, gritos y hasta versos.

«En medio de la apotasía más repugnante, dijo el señor Carvajal, estáis dando un brillante espectáculo. Detrás de esa tapia se alza la tumba gigante de un patriarca. ¡Salud, amigo querido! A tí van nuestros deseos: tú nos bendices desde ese mausoleo con tus brazos, benditos por la muerte. Aquí venimos, á más de saludarte, á hacer profesión de nuestras doctrinas. ¡Has hecho bien en levantarte de esa fosa, para vernos aquí defender nuestra causa, que es la causa de Dios, de la razón y del pueblo!»

A la manifestación no concurrieron los Sres. Pí y Margall, ni Castelar.

\*  
\* \*

Cuatro personajes han abandonado el mundo en esta última quincena: el actual presidente del Tribunal de Cuentas, un ex-ministro conservador y dos Tenientes generales.

Era el primero D. Fernando Alvarez. Tenía ahora sesenta y nueve años. Hijo de la provincia de Burgos é hijo exclare-

cido, la representó en Cortes varias veces, viniendo la primera al Congreso en 1844. Siempre perteneció al antiguo partido moderado, llevándole sus servicios de diputado y sus conocimientos jurídicos al Ministerio de Gracia y Justicia en 1863. En 1864, también en una administración moderada, dirigida por el General Narváez, fué Presidente del Congreso. Era individuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Durante el período revolucionario, estuvo alejado de toda responsabilidad, y al volver al trono la casa de Borbón, fué nombrado para el cargo que ejercía aún, y senador vitalicio. Ayudó desde 1875 la obra conciliadora del Sr. Cánovas, excepción hecha de la cuestión religiosa, en la que siempre se mostró intransigente votando contra el art. 11 de la Constitución actual. D. Fernando Alvarez era hombre ilustrado, funcionario íntegro, un carácter modesto, todo honradez y rectitud.

D. Fernando Fernández de Córdoba, desempeñó la mayor parte de los cargos á que puede aspirarse en el ejército. Colaborador de esta REVISTA, á su memoria dedicamos artículo aparte.

D. Rafael Izquierdo, ingresó en el ejército á los quince años como cadete de Infantería, y á esta edad hizo sus primeras armas en 1835 durante la primera guerra fratricida que tanta sangre costó á España. Por haber tomado parte en los acontecimientos de 1841, tuvo que emigrar á Francia, de donde regresó en 1845, en cuya época obtuvo el empleo de comandante. Declarada la guerra á Marruecos, corrió al Africa al frente de media brigada de vanguardia, distinguiéndose por su arrojo en las alturas de Samsá, donde ganó el empleo de brigadier; poco después defendía también la bandera española en la célebre batalla de Guad-Rás. Estuvo desde el 60 al 63 al frente de varias plazas, ejerciendo el cargo de gobernador militar, hasta que habiendo estallado el movimiento separatista de Santo Domingo, fué nombrado jefe de una brigada del ejército expedicionario. Por su valor y buena táctica, señalóse Izquierdo en todas las operaciones militares; pero singularmente en la batalla de Monte-Cristi, en que poniéndose á la cabeza de los dos primeros batallones,

solo con ellos se hizo dueño de las posiciones ocupadas por 3.000 dominicanos y defendidas con catorce piezas de artillería de grueso calibre. Este hecho le valió el empleo de Mariscal de campo.

En 1868 hallábase de cuartel en Madrid, cuando fué nombrado segundo cabo de la capitanía general de Andalucía, cargo que en un principio rechazó, pero que se vió, por último, obligado á aceptar, merced á las instancias del Ministro de la Guerra, que lo era á la sazón el General Mayalde. Y aquí comienza su historia política. Al ir á despedirse de sus amigos los Generales Serrano, Córdoba, Dulce, Echevarría y otros, comunicáronle éstos los secretos del movimiento que se preparaba, y que en breve había de traer la revolución de setiembre. Prestóse á secundar el movimiento, y colocándose al frente de las tropas, obligó á resignar el mando al Capitán general Sr. Vasalo. Marchó luego á los campos de Alcolea, á la cabeza de sus soldados, y pocos días después, el 11 de octubre, fué nombrado Capitán general de Castilla la Nueva y Teniente general de los ejércitos españoles, y elegido diputado á Cortes por el distrito de Antequera. Más tarde, enviado por el Gobierno á Filipinas, sofocó la insurrección de Cavite; á su vuelta del Archipiélago filipino, fué nombrado General en jefe del ejército de Cataluña, donde hizo una lucida campaña contra las huestes carlistas.

Desde la restauración, el General Izquierdo no había salido de la situación de cuartel; recientemente se había afiliado al partido de la izquierda dinástica.

Al ser conducido á su última morada el cadáver de D. Rafael Izquierdo, recordaba uno de los personajes que le acompañaban, que el General fué el primero que desenvainó la espada cuando un asesino atentó, en 1852, contra la vida de D.<sup>a</sup> Isabel II.

El General, que era entonces oficial de alabarderos, iba muy cerca de la real persona, y logró detener al cura Merino. Acaba también de fallecer en Madrid otro de los personajes que más directamente intervinieron en aquel lamentable suceso, el juez que instruyó la causa formada contra el regicida.

Era este juez D. Pedro Nolasco Aurióles y Aguado; hacía

poco tiempo en 1852 que había venido á la corte desde su ciudad natal, Málaga, y ya había desempeñado varios juzgados de primera instancia, cuando fué trasladado al de Palacio, pocos días antes del atentado del cura Merino.

Instruyó con gran actividad aquella célebre causa y poco después fué elevado á magistrado; se afilió al partido de la unón liberal y fué elegido diputado, figurando desde aquella época en la política.

En 1863 pasó desde el Consejo de Estado á desempeñar, bajo la presidencia del General O'Donnell, la cartera de Gracia y Justicia.

Volvió después al Consejo de Estado, y su vida política ha sido poco activa. No tomó parte en la revolución de setiembre. Solo en el último período figuró en la junta directiva del partido constitucional.

Se adhirió á la restauración apenas fué conocido el acontecimiento de Sagunto, y volvió al Consejo de Estado como presidente de sección. En este alto cuerpo y en la comisión de Códigos ha prestado buenos servicios.

Fué vicepresidente en las primeras Cortes de la restauración, y volvió á ser Ministro de Gracia y Justicia bajo la presidencia del General Martínez Campos.

Desde que dejó la cartera se había consagrado casi exclusivamente á sus trabajos de vocal de la comisión de Códigos, tomando muy poca parte en la política.

\*  
\* \*

Para concluir. Merece registrarse algo de lo ocurrido en una reunión celebrada por los obreros de la Federación Madrileña.

Suscitóse, en primer término, un debate acerca de si la discusión había de ser ordenada ó *desordenada*. Ordenadamente, es decir, por medio de una votación, se acordó que fuera *desordenada*.

Uno de los concurrentes se lamentó de los pugilatos de elocuencia que se vienen estableciendo en las discusiones de la Asamblea, á la que comparó con el juego del *mús*, en don-

de el que pierde busca para la partida del día siguiente compañero más hábil que propine una buena paliza á su contrario, victorioso del día antes. Consideró, por otra parte, inútiles para la clase los derechos políticos.

«Poco debe importar á la sociedad—dijo—que haya 6.000 obreros armados, si en todas las plazas tienen las demás clases guarnición permanente.

»Mandando un obrero al municipio ó al Parlamento no conseguimos nada; el obrero entrará allí, y al verse halagado por los que debe considerar como sus enemigos, cambiaría de propósito, y si era herrero se olvidaría del martillo, y si era carpintero no volvería á acordarse de la garlopa; de esta manera nuestro representante habría conseguido su emancipación, y nada más que la suya.

»Además, añade, ¿quién de vosotros se cree capaz para ir al Parlamento sin caer en el ridículo? (Unos: Nadie.) (Otros: Muchos.)

»Caballeros, esperarse. Yo he hecho esa pregunta como las hacen los oradores, para que nadie me conteste.»

No es mal sastre el que conoce el paño.

U.





## REVISTA EXTRANJERA

---

**E**L Parlamento francés ha absuelto y dado carta blanca al Presidente del Consejo Sr. Ferry. La política del actual Gabinete queda definitivamente triunfante, como habíamos previsto, sin que hayan conseguido abrir brecha alguna á la plaza ministerial los radicales discursos de Granet y de Clemenceau.

Es más: los retos lanzados contra la intransigencia por Mr. Ferry en sus celebrados discursos de Rouen y del Havre, han recibido nueva y más acentuada confirmación en el nuevo discurso pronunciado por el Ministro Waldeck-Rousseau con motivo de la construcción de un liceo en Tourcoing. Y aun este último personaje ha sido más terminante que su presidente, no limitándose sólo á una declaración de guerra á la intransigencia, sino bosquejando el programa de la política del Gobierno en el interior y en el exterior de Francia.

Se ha consumado, pues, la ruptura entre el Ministerio y la extrema izquierda, empleándose hábilmente las armas de la ironía y presentando á los más terribles diputados de la intransigencia solícitos y ansiosos de favores ministeriales en los pasillos de la Cámara, después de haber señalado á la indignación del pueblo á los mismos miembros de ese Gobierno á quien piden destinos. Es la historia de siempre.

Sin embargo, no creemos que haya motivo bastante fundado para batir palmas. Existen profundas divisiones de principios y de conducta, no sólo entre los heterogéneos grupos de que se compone la mayoría, sino en el seno de cada uno de ellos, y los sucesos han de decirnos que no es mucha la fe que en el porvenir puede tenerse. El Gobierno francés es incapaz de mover por mucho tiempo á la mayoría con grandes ideales de interés público, incapaz de inspirarse en grandes pensamientos políticos, incapaz de dominar las rivalidades y las pasiones de los partidos y de afianzar su autoridad personal.

Pero lo ha intentado el discurso de Tourcoing. El señor Waldeck-Rousseau ha dado á entender que el Gabinete de que forma parte comprendía la necesidad que las circunstancias imponen. Dijo que su política en el exterior era de expansión colonial, expansión bastante á proporcionar al comercio francés nuevos derroteros y mercados. Dijo que su política en el interior era la mejora de las condiciones del trabajo, de manera que la industria francesa pueda luchar ventajosamente contra la extranjera que hoy la ahoga.

No bastan, sin embargo, discursos y buenos propósitos: lo que quieren los franceses de orden é ilustrados son soluciones prácticas. Todos ven que las aventuras y las tentativas para extender colonias lejanas han de exigir sacrificios enormes de hombres y de dinero antes de producir un solo céntimo; todos conocen que la política colonial más segura y preferible es la de los tratados de comercio, siendo muy problemático el arte mágico, capaz de crear mercados en los extremos del mundo, sin determinar expediciones dispendiosas y á la vez un movimiento de emigración esencialmente contrario al genio francés. Y en cuanto á la mejora de la suerte de los obreros, nadie ve tampoco posible la reducción pacífica y legal de los salarios, á fin de poder luchar contra la producción extranjera, sin proporcionar á esos mismos obreros, cuyas crecientes pretensiones arruinan el comercio de exportación, los medios de vivir más barato, disminuyendo las contribuciones, modificando los enormes derechos de consumos y aligerando la industria de los múltiples gravá-

menes que sobre ella pesan. Pero, ¿cómo han de realizarse estos milagros, cuando, por el contrario, se aumentan sin medida los gastos públicos y crece el déficit de día en día?

De todas maneras la interpelación acerca de los asuntos del Tong-King da hasta cierto punto razón á los amigos del Gabinete Ferry para afirmar que el voto del 31 de octubre tiene la significación y el alcance de una manifestación de confianza absoluta y de una aprobación sin límites á la política general del Gobierno. Los 325 votos que aprobaron el orden del día presentado por el Sr. Paul Bert forman el ejército gubernamental que hará frente á los ataques de los radicales de la izquierda y á los monárquicos de la derecha. La mayoría parece decidida á rechazar toda nueva crisis, y sólo tiene que consagrarse á repeler la inconstancia de su mala fortuna, lo que dudamos consiga por mucho tiempo, por más que así lo exijan «los intereses, los derechos y hasta el honor de Francia,» como el General Campenón aseguraba.

\*  
\* \*

Una ligereza del Presidente del Gabinete francés ha producido una ruidosa caída diplomática.

Supuso el Sr. Ferry en pleno Parlamento que China había desaprobado oficialmente la conducta de su Embajador el Marqués de Tseng, y las palabras del Sr. Ferry han resultado en absoluto inexactas, con gran descrédito de la formalidad que debe suponerse en todo Gobierno. El Marqués de Tseng ha dado un categórico mentís al ultraje público y oficial que se le había inferido como representante del Gobierno imperial chino.

Discútese ya desde entonces sobre la posibilidad de una campaña de los franceses contra el Celeste Imperio, y Europa entera se preocupa por las eventualidades de esa guerra franco-china. Sin embargo, Inglaterra y los Estados Unidos, Europa y América tienen interés muy directo en el mantenimiento de la paz. Es un negocio mercantil de importancia y de exportación, y la guerra sería hoy perturbadora para las

relaciones internacionales del comercio universal. Los perjuicios que representan muchos centenares de millones no los sufren con filosofía los pueblos que viven de las especulaciones.

Hay además otros motivos muy graves que desaconsejarán esta guerra; el actual poder militar y las desconocidas fuerzas del Celeste Imperio.

Un escritor de crédito, Mr. Planchut, se ocupa con insistencia en *La Revue des deux mondes* de tan interesante asunto, que también comenta con interés la prensa periódica de la Nación vecina. Entre otros diarios, *Le Télégraphe*, sin discutir las opiniones de Mr. Planchut, llama la atención sobre unos antiguos artículos, ya años hace olvidados, de un hombre tan competente como Mr. Giquel, teniente de navío francés, que estuvo por mucho tiempo al servicio de China y fué director del arsenal de Jou-Tchéou.

Ya en 1872, Mr. Giquel escribía: «Creemos conveniente llamar la atención pública sobre los sacrificios que á Francia exigiría una nueva expedición á China, si algún día las circunstancias la obligasen. Muchas son las personas que se hacen hoy ilusiones, recordando que en 1860 las tropas aliadas, compuestas de 20.000 hombres, pudieron llegar á la carrera y de victoria en victoria á los muros de Pekín. Se figuran que lo mismo podría suceder hoy, y hasta lo creen así algunos europeos que han residido en China. Nada, sin embargo, es menos exacto. Si bien es verdad que el Gobierno chino se ha manifestado hasta ahora indiferente ante la presión que sobre él se ha ejercido para hacerle adoptar caminos de hierro y telégrafos, lo es también que persigue otro fin de una manera resuelta: el de armarse. En la actualidad, 1872, el Gobierno chino cuenta con 50.000 hombres armados con fusiles de tiro rápido, 5.000 carabinas Remington y 45.000 carabinas Enfield. El Virey del Tche-li tiene bajo sus órdenes 30.000, y el Gobernador general de los dos Kiang tiene 20.000. Estos dos mandarines disponen también de más de 30 baterías de campaña, y sus soldados saben muy bien servirse de las armas y presentarse en batalla, habiendo muchos de ellos servido en tiempo de la guerra de

los Taipings en los cuerpos anglo-franco-chinos.» Podría prolongarse esta cita, reproduciendo el cuadro que representaba dicho Sr. Giquel de los arsenales marítimos y militares de que disponía ya el Celeste Imperio en aquella época; pero basta recordar sus últimas palabras: «Apreciando por lo bajo las fuerzas necesarias para emprender una guerra contra China, creemos que no podrían hoy, en 1872, aventurarse menos de 40.000 hombres con su caballería y artillería correspondientes. Tal creemos la verdad por ahora; pues dentro de algunos años tendrían que ser los medios de ataque mucho más considerables, teniendo en cuenta que la China no ha de pararse en el emprendido camino de las reformas de su armamento.» Bien puede decirse que el Gobierno republicano, que conoce ahora la verdad de las cosas, no emprenderá la guerra contra China.

Más de diez años han pasado desde que se escribieron las líneas trascritas, y en estos años ha seguido preparándose para la defensa el Celeste Imperio. Por esto, sin duda, afirmó el Presidente del Consejo de Ministros de Francia que era su intención no salir en el Tong-King de los límites señalados por el Delta del Río Rojo, declarando que no quería enviar más que refuerzos insignificantes, y añadiendo su colega el Ministro de la Guerra que el estudio de un nuevo plan de movilización general y de defensa nacional no le permitiría enviar más fuerzas al Tong-King, á no mediar una necesidad imperiosa.

Los belicosos bríos de los franceses se han calmado, pues, de algunos días á esta parte, y se oye ya con benevolencia en los círculos políticos de allende la palabra «mediación.» Los Estados Unidos se asocian á los deseos de la Gran Bretaña, y su mediación parece, en efecto, hallarse aceptada en principio para terminar amistosamente el conflicto entre China y Francia.

Es el único procedimiento racional que queda en la difícil situación creada por la inexplicable ligereza de los gobernantes franceses. Ya bajo el punto de vista de la civilización y de la humanidad, ya bajo el concepto de los intereses mercantiles, debe desearse que esa mediación se realice, termi-

nando de una manera honrosa y en plazo breve esas querellas que tienden á consagrar la afirmación eterna de que el derecho en asuntos internacionales es solamente el del más fuerte.



Sigue en la política interior de Francia el sistema de vejaciones practicado de algunos años á esta parte contra la Iglesia, como si quisiera indemnizarse á los radicales con esa intestina guerra al clero, de las protestas de orden de que recientemente han alardeado algunos Ministros para halagar sentimientos é intereses respetables.

La discusión de la ley municipal ha venido á confirmar nuestros pronósticos.

Los intolerantes han hecho de esta ley un arma de combate, y favorecidos por la debilidad de la mayoría, han conseguido que la Cámara votase disposiciones abusivas contra el clero. Las municipalidades no están ya obligadas á pagar una indemnización por casa á los ministros de los cultos que no la tienen propia. Queda abolida la obligación de otorgar auxilios á los consistorios y á las juntas de fábrica que carecen de rentas suficientes. Se quita á las iglesias el privilegio de los entierros ó pompas fúnebres; se determina cómo y cuándo han de tocarse las campanas; se manda que se entregue al alcalde una llave de los edificios del culto para que pueda entrar en ellos cuando quiera, pudiendo hacer que prevalezca allí su autoridad sobre la del párroco, y finalmente, se derogan todas las disposiciones que antes afectaban al servicio del culto y á los establecimientos religiosos de los pueblos.

Se ponen, en una palabra, á disposición de los Ayuntamientos máquinas de guerra para combatir á los miembros del clero y hacer imposible el ejercicio del culto. La lucha religiosa, lejos de calmarse, se extiende, y de hoy más existirá en cada pueblo un germen de agitación permanente y capaz de soliviantar todas las pasiones y todos los antiguos odios.

El pensamiento capital del famoso Mr. Paul Bert triunfa.

Claramente lo ha manifestado en su último discurso, al tomar posesión de la presidencia de la unión republicana. El verdadero republicano, dijo, es un demócrata anticlerical. La afección á la república debe medirse por el odio al clero.

Inútiles son las palabras derecho y libertad con semejantes declaraciones. Pero, ¿cómo puede hablar Mr. Paul Bert de justicia después de la brutal ejecución de los decretos y leyes que han expulsado á las congregaciones religiosas, han hecho escuelas y hospicios laicos y han acabado con la respetabilidad de la magistratura? ¿Cómo puede hablar de igualdad, después de la ley sobre el elemental derecho de asociación, que priva del mismo derecho á toda una clase de ciudadanos por el hecho de tener creencias que no son las de los republicanos? Venga y aprenda á ser liberal el Sr. Bert en esta pobre y despreciada España. Aquí nuestro Gobierno, monárquico y todo, permite alardes de republicanismo como los manifestados en el aniversario de la muerte del Sr. Figueras; aquí damos sueldos de exministros á agitadores como Ruiz Zorrilla, mientras un Gobierno republicano expulsa del ejército y del territorio á los monárquicos, á los príncipes y á los frailes por el enorme delito de ser tales.

Hace poco decía el Sr. Ferry en Rouen y en el Havre que existía un abismo entre la extrema izquierda y la mayoría, entre la intransigencia y el Gobierno. Pronto se ha encargado Mr. Paul Bert de desmentirlo. Unos y otros, tanto los que militan en las filas del radicalismo como en las del oportunismo, están en una perfecta comunidad de miras. Tienen los primeros más impaciencia y corren, tal vez, más de prisa, pero todos caminan hacia un mismo resultado.

Más le valiera al Gobierno francés fijarse un poco en esos congresos internacionales de obreros que en París se celebran, bajo la dirección efectiva de los representantes de un socialismo anárquico, que en la actualidad significa petróleo, dinamita ó nitroglicerina.

\*  
\* \*

La instalación anual del *Lord mayor*, del alcalde primero de Londres, es siempre una gran solemnidad para la capital de Inglaterra; pero este año ofrecía más interés que nunca, porque aquel importantísimo cargo se ve seriamente amenazado por un bill de reforma municipal preparado en el Parlamento, bill que tiende á fundir en un todo homogéneo el privilegiado recinto de la City y los populosos barrios que la rodean y representan veinte veces su extensión á lo menos.

Por esto la elección del Alcalde, que jamás ofrece en Londres dificultad alguna, ha sido por primera vez reñida. Dos *aldermen* presentaron su candidatura á los electores: Mr. Hadley y Mr. Fowler. Tenía el primero la siempre respetada ventaja de ser más antiguo, pero es radical y poco querido de los ciudadanos, en su mayor parte conservadores; el segundo, rico banquero, miembro del Parlamento y notable tory, obtuvo la preferencia.

El *Lord mayor's day*, ó sea el día del alcalde primero, se compone de dos fiestas distintas: una de día, ofrecida al pueblo, en que el alcalde, con aparatosa comitiva, corporaciones, dignatarios, músicas militares, trajes deslumbrantes, banderas y carros alegóricos, se dirige á prestar ante los tribunales el juramento de costumbre; y otra de noche, el célebre banquete del Guildhall, al que son invitados Ministros, Embajadores y todos los grandes personajes que se encuentren en Londres.

En este banquete suelen trazarse siempre los rasgos más principales y característicos de la política de la Gran Bretaña en el interior y en el extranjero.

Las circunstancias daban este año mayor interés á la solemnidad de Guildhall. Asistían á la fiesta Mr. Wáddington y Mr. Lesseps, ambos representantes de los intereses actuales de Francia.

Las relaciones, antes tan íntimas, entre París y Londres, ofrecían ahora cierta frialdad con motivo de las fracasadas negociaciones para renovar los tratados de comercio, de las dificultades diplomáticas en los asuntos de Egipto, de la cuestión del canal de Suez, de la expedición francesa al Tonkín, del bloqueo de Madagascar y de los mil incidentes

que diariamente acentúan el aislamiento de Francia. Pero no era el banquete el sitio apropiado para manifestar tales resentimientos. Los Sres. Waddington y Lesseps fueron aplaudidos. El primero proclamó que su misión en Londres es una misión de paz, declarando á los representantes de las potencias extranjeras que Francia y la Gran Bretaña caminan unidas en su política exterior, con miras idénticas. El segundo expresó su convicción de que en sus futuras relaciones con los comerciantes y armadores ingleses, llegaría por el *fair play* á ponerse de acuerdo y á disipar toda falta de buena inteligencia entre los intereses de ambos países.

Lord Gladstone, ante las seguridades de inalterable amistad prodigadas por Mr. Waddington, respondió que «ninguna nación simpatiza más con Francia que la nación inglesa...» Confesemos que las palabras del primer Ministro de la Reina fueron algún tanto evasivas.

Notáronse en la arenga de Mr. Gladstone dos declaraciones importantes, relativa la una á la próxima evacuación de Egipto, y concerniente la otra al sostenimiento del tratado de Berlín.

El Jefe del Gabinete inglés ha confirmado que la Gran Bretaña dejará pronto á Egipto dueño de sus propios destinos, y que ya se han comunicado las órdenes oportunas al comandante de las fuerzas británicas para que evacue parte del Delta y principalmente la ciudad del Cairo. Respecto al tratado de Berlín, el ilustre hombre de Estado lo cree la mejor garantía de paz en Europa.

El respeto hacia los tratados vigentes pudiera en efecto asegurar todavía por ahora la paz y la tranquilidad del continente. Pero sabemos, por desgracia, que los tratados subsisten mientras no haya una nación poderosa que tenga interés en quebrantarlos.

\*  
\* \*

Los comentarios acerca de la visita del Príncipe Imperial de Alemania á la corte de España llena las columnas de todos los periódicos de Europa y en particular de los franceses.

Viene como representante de su padre y en su nombre á devolver al Rey, en Madrid, la visita que D. Alfonso XII hizo recientemente al Emperador Guillermo III en Homburgo. El Príncipe se embarcará dentro de breves días en Génova, escoltado por tres buques de guerra alemanes, y desembarcará en Barcelona.

Este viaje no es en realidad más que un epílogo de las fiestas de Homburgo. La corte de Berlín cumple con una deuda de atención que nos honra.

La visita del Príncipe Imperial de Alemania no puede tener alcance político, hallándose al frente de los asuntos españoles un Ministerio que tanto simpatiza con los franceses. Es simplemente una cuestión de etiqueta.

*Honni soit qui mal y pense.*

S.





## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

---

**Carlos Castel y Clemente.**—*Memoria sobre las condiciones naturales y producción agrícola y forestal de la península escandinava.*—Madrid, 4.º, 120 págs. y 2 láminas.

El Ministerio de Fomento ha costeado la publicación de esta excelente Memoria, cuyo autor, uno de los individuos más distinguidos del cuerpo de ingenieros de montes, goza ya de gran reputación como escritor científico, por las notables producciones, tanto forestales como geológicas, que ha dado á la estampa en otras ocasiones.

Es la Memoria de que hoy nos ocupamos un precioso bosquejo geográfico, agronómico y forestal de Suecia y Noruega, trazado con una gran discreción y tino, para hacer resaltar en pocas páginas los caracteres más salientes de aquel país poco conocido en España, aun entre las personas que no desdeñan el estudio por afición ó profesión. El Sr. Castel ha visitado la Escandinavia á sus espen-

sas, sin auxilio pecuniario alguno del Gobierno, si bien con carácter oficial, y esto, poco común en nuestro país, da más realce á su trabajo.

Siempre ajustada al rigorismo científico moderno, y expresados los conceptos con frase literaria, castiza y elegante, la Memoria en cuestión interesa mucho desde las primeras páginas, sin que se halle medio de dejarla caer de las manos, hasta que su total lectura está terminada.

Los que se interesan particularmente en cuestiones forestales hallarán en ella curiosas y útiles noticias sobre los trasportes de maderas por agua, aserrado de la madera y fabricación de pasta para papel, cartón, fósforos y otros productos.

Las láminas comprenden las figuras necesarias para la explicación de alguno de estos puntos y el trazado geográfico de las naciones á que el estudio se refiere.

\*  
\* \*

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

**Ramón Jordana.**—*Manual de la cria de animales domésticos.*—Madrid, 1883.—Un volumen en 8.º menor, de 232 páginas.

Corresponde esta reciente publicación á la acreditada y muy conocida *Biblioteca enciclopédica popular ilustrada*, de la que es editor D. Gregorio Estrada, cuyos esfuerzos para propagar la instrucción en todas las clases sociales son bien notorios. El Manual de que nos ocupamos hoy corresponde al núm. 69 de la lista general de los que han salido ya del establecimiento tipográfico de aquel laborioso editor, con especial aplicación á su *Biblioteca*.

Escrito en estilo sencillo y desprovisto de todo aparato científico que exija grandes conocimientos en el lector, el *Manual de la cria de animales domésticos* constituye un precioso compendio, útil en grado sumo á cuantos se interesen en el asunto á que la obrita está dedicada, en la cual encontrarán descrito con gran claridad y buenas formas literarias los procedimientos más recomendables y modernos relativos á la cría de los animales domésticos, especialmente de los ganados caballar, asnal, mular, vacuno, lanar, cabrío, de cerda, conejos, perros, gallinas, pavos, palomas, gansos y patos. Para cada especie de animales se estudian las razas, condiciones de existencia, reproducción, productos y enfermedades. Precede á todo esto la descripción de las habitaciones, alimentos generales y cuidados higiénicos que exigen los animales, y se exponen también las bases zoológicas para la definición y clasificación de dichos seres.

El autor, conocido ya por otras publicaciones, dió á luz no hace mu-

cho en la misma *Biblioteca* el *Manual de podas ó ingertos de árboles frutales y forestales*, que ha sido muy bien recibido del público. Esperamos que su nuevo libro tendrá también la misma lisonjera acogida, por las excelentes cualidades que reúne.

Por lo demás, el precio, como el de todos los *Manuales* de la *Biblioteca Estrada*, es muy módico, puesto que está fijado en 6 reales, pudiéndose adquirir en la mayor parte de las librerías de Madrid.

\* \*

**Sesiones del congreso nacional de arquitectos celebrado en 1881.**—Un tomo en 4.º de 281 páginas.—Madrid. Establecimiento tipográfico de Gregorio Juste. 1883.

La historia de tan importante certamen, desde la reunión general preparatoria del mismo, hasta su última sesión, con todos los documentos, memorias, discursos, comunicaciones y demás materiales que contribuyeron á su realización, se hallan metódicamente ordenados y coleccionados en el libro de que tratamos, impreso y publicado á expensas y por acuerdo de dicho congreso, para ser repartido entre los arquitectos que prestaron su adhesión á tan útil y trascendental pensamiento.

Como los temas discutidos en el certamen comprenden las cuestiones científicas y prácticas de mayor alcance y oportunidad, respecto de agricultura y construcciones, es indudable que el libro que examinamos encierra no escaso interés, no sólo para los que especialmente se consagran á esa clase de estudios, sino también para las personas ilustradas, y en general para cuantos deseen conocer una materia de evidente utilidad.— X.